



Cuentos de ciclismo

M. Antolín Rato Alfredo Bryce Echenique Carlos
Casares Martín Casariego Alfredo Conde Jesús Ferrero
Alejandro Gándara Luis G. Martín Javier García
Sánchez Ramón Irigoyen Luis Martínez de Mingo
Ignacio Martínez de Pisón Juan Madrid José M^a Merino
Cristina Peri Rossi Álvaro Pombo Sara Rosenberg
Miguel Sánchez-Ostiz Javier Tomeo Ignacio Vidal-Folch



Homenaje

Mariano Antolín Rato

Hace menos tiempo del que me parece aprendí algo importante de un ciclista profesional. Se llamaba Federico Jiménez y solía llegar el último, o de los últimos, en casi todas las carreras; y sobre todo en las grandes vueltas por etapas. Muy pocas veces se retiraba. Posteriormente quedó completamente olvidado, o eso creí yo durante años.

Supe de su existencia por la prensa. Un periodista y poeta amigo, Pablo Calvo, lo mencionaba en uno de los artículos que publicaba en las páginas dedicadas al Tour de Francia de aquel verano. Calvo no se ocupaba de los campeones, los que daban espectáculo. De hecho, sus artículos ni siquiera trataban de cuestiones estrictamente deportivas, sino de lo que en su periódico llamaban los aspectos humanos del ciclismo, según él mismo me diría. En aquella ocasión escribía sobre el último de la clasificación general; y sobre el último de todos, no solo de los españoles. Federico Jiménez llevaba ocupando ese puesto desde la tercera etapa cuando un fuerte viento que soplaba de costado produjo abanicos y cortes importantes. Quedaron descolgados algunos ciclistas, contaba Calvo en su artículo, y uno de ellos fue Jiménez. Estuvo a punto de llegar fuera de control.

Nacido en La Mancha, añadía mi amigo poeta y colaborador ocasional en las páginas deportivas del diario en cuya sección cultural trabajaba, Jiménez nunca había ganado ninguna carrera importante, marchaba mal contrarreloj y no le iba mejor en las etapas llanas. Además, por mucho que su nombre recordara el de dos gloriosos escaladores, El Águila de Toledo y El Relojero de Ávila, tampoco destacaba especialmente cuando se empinaba la carretera. Supuse que sería un sacrificado gregario, pero me equivocaba. En la etapa reina, transmitida íntegramente por televisión, no se le vio desfondarse mientras tiraba del líder de su equipo en los primeros puertos puntuables. Y por un diario deportivo me enteré de que había estado a punto de llegar nuevamente fuera de control. Al parecer, en el último puerto, uno de los míticos y más duros, incluso perdió rueda del grupo de los velocistas y lanzadores que pasaban las etapas de montaña como podían en espera de las

finales, de trazado menos duro, donde tendrían posibilidades de ganar al sprint.

Días después hablé por teléfono con Calvo. Mi amigo no sabía mucho más de aquel ciclista, contestó al preguntarle yo por Federico Jiménez. En realidad, se le había ocurrido ocuparse del último de la carrera, y resultó que era él. Luego, Pablo Calvo se refirió a la extrañeza que siempre le producía que algunos corredores participaran en una prueba sabiendo de antemano que nunca podrían ganar. Hacían tantos esfuerzos como los primeros, los famosos, y sin embargo pasaban desapercibidos. Algunos no tienen las cosas demasiado fáciles para ganarse la vida. Por cierto, continuó Calvo, a lo mejor yo no sabía que Jiménez se había visto implicado en una caída sin consecuencias de la etapa anterior. Y recordó a Alex Zulle, que no hacía mucho perdió una vuelta a España porque se cayó en el descenso de un puerto asturiano. También mencionó mi amigo a Ocaña entre risas maliciosas. Hay ciclistas importantes, dijo, que ni siquiera saben andar bien en bici. Colgó enseguida porque, devorado por la complejidad de las cosas, le estaba dando vueltas a un poema. Ya había ganado premios con otros. En el siguiente artículo, al hablar de intenso calor de la etapa pirenaica, se refirió a las cigarras que derraman sus penas al verano que también se iría. Poeta al fin.

Entonces yo no era tan aficionado al ciclismo como ahora, cuando debería venir alguien y dar marcha atrás a mi reloj. Sí mucho más competitivo. Pretendía hacerlo todo con intensidad, como si fuera la última vez que lo hacía, y lo supiera al hacerlo. Poeta todavía inédito, estaba dispuesto a llevarme por delante a lo que se interpusiera entre mí y las ambiciones de ese yo empeñado en respirar el aire de las alturas. Jamás podría aceptar que mi lucha por correrme más cerca del borde de la realidad quedara integrada en un proceso general del que todos participaban y del que yo no era sino un elemento más. Si pasaba eso, si como aquel ciclista, Federico Jiménez, nunca conseguía ocupar los puestos de cabeza y me veía obligado a desempeñar un papel muy secundario, se originaría un cataclismo de dimensiones cósmicas. La propia expansión del universo quedaría afectada, sin duda, reflejando así la magnitud de mi fallido intento. Ni más ni menos.

Algunos de los ratos que aquel mes de julio me dejaba libre semejante empresa titánica —es decir, casi todos—, los dediqué a seguir el Tour por la prensa, la tele, y menos por la radio. Nadie, tampoco Pablo Calvo, empeñado en su cruzada tan mal vista en favor de establecer dos clasificaciones, la de los que no usaban productos para mejorar su rendimiento y la de quienes recurrían al doping, volvió a mencionar a Federico Jiménez. Lo único que pude saber de él era que continuaba el último de la general, aunque al terminar el Tour su nombre ni siquiera aparecía detrás del número del puesto que ocupaba con el añadido de «y último». En las etapas finales, imaginé, había arañado, por lo que fuera, algo de tiempo y, en la clasificación definitiva, debajo de «F. Jiménez» venían otros dos ciclistas. No quedaría, pues, en el recuerdo de los aficionados como último clasificado de la vuelta ciclista de Francia de aquel año. Hasta ese mínimo honor se le negaba.

Una noche del invierno siguiente Calvo me invitó a cenar. Un libro de poemas suyo acababa de ganar un premio. A juzgar por la chaqueta y la corbata que llevaba puestas parecía que, si no existiera el mal gusto, no tendría gusto, decidí yo volviendo a preguntarle por Federico Jiménez. También había ocupado los últimos puestos de dos vueltas de una semana del mes de septiembre. Seguía sin entender que hubiera alguien capaz de conformarse con un destino tan ingrato, insistí yo. ¿Qué sentía un ser humano al saber que el agujero del anonimato iba a ser su residencia permanente? ¿Cómo no se rebelaba, retirándose, por ejemplo?, fueron algunas preguntas que hice, o me hice.

Todos perdemos, dijo más o menos Pablo Calvo. Se trataba de mantener la calma incluso cuando semejante idea se vuelve insoportable. Porque ningún consuelo, de nadie, vale. Las cosas son así, y peor hubiera sido nacer en Etiopía. Ya me enteraría yo que también iba dejando de ser joven y perdía esa habilidad especial que uno tiene en la adolescencia para imaginar que el final del mundo debía acompañar al propio descontento por cómo eran las cosas del mundo.

En cualquier caso, continuó mi amigo, aquel ciclista no merecía tanto interés. Estaba seguro de que sus respuestas a las cuestiones que yo planteaba serían, o se parecerían mucho a: Soy un profesional, el ciclismo es una rueda

que gira y siempre hay uno más fuerte que los demás. Los corredores hacemos nuestro trabajo lo mejor que podemos.

No sé, Pablo, dije yo. ¿Qué no sabes? —preguntó él—. No sé, Pablo.

Ten en cuenta, prosiguió él, que las cosas nunca son lo que parecen, pero tampoco son de otra manera. Ganar es mejor que perder, claro, pero el objetivo es correr. Perder no es lo peor. Retirarse, muchas veces, sí.

Después, Pablo Calvo afirmó que los últimos clasificados en las grandes carreras también tienen su lugar en la historia del ciclismo. Casi al comienzo de todo estaba la gesta de un tal Marangoni. Durante el Giro de 1913 llegó el último a la meta de Milán, después de una etapa en la que la lluvia produjo inundaciones y cortó la carretera en varios puntos. Ya eran más de las doce de la noche, y tuvo que recorrer varios hoteles en busca de los comisarios de la carrera que al final accedieron a incluirlo en la clasificación. Otro último famoso, o última porque era mujer, recordaba Calvo, se llamaba Alfonsina Strada. En el Giro de 1923 terminó a más de doce horas del ganador.

En el pasado Tour, el primero no le había sacado tanto tiempo a Federico Jiménez —alrededor de las cuatro horas, calculaba mi amigo—, por lo que no establecería un récord. Y ni siquiera pasaría a la historia como último clasificado de aquella vuelta. Terminada la temporada, quizá nunca se volviera a oír de él, ¿por qué mi empeño en recordarlo?

No fui capaz de explicar lo que para mí significaba aquel corredor. En primer lugar, no lo sabía, por mucho que me inquietase su mera existencia. Y, además, Pablo Calvo no me escuchaba porque de su boca de ogro de cuento infantil salían anécdotas de perdedores famosos. Robert Millar, por ejemplo, que debido a un error táctico del director deportivo de su equipo se quedó sin una Vuelta Ciclista a España que tenía prácticamente ganada. Fue una que ganó Perico Delgado en la escapada de la etapa con final en Destilerías DYC, continuaba Calvo, tomando su segundo whisky de después de la cena.

Pero mientras se pasaba la mano por la barba, enseguida estaba hablando del asunto que más le interesaba: él mismo. Varios poemas suyos figuraban en una antología que, a su juicio, no incluía a quienes debiera.

Sometió luego a una dura crítica el proceso de selección empleado, y yo lo envidiaba. De haberme atrevido a expresar unas opiniones parecidas, cualquiera que me oyese consideraría mis palabras fruto del resentimiento, porque, claro, mi nombre ni siquiera brillaba por su ausencia en las páginas de aquel tomo dedicado a la poesía española más reciente.

Años después, cuando mis poemas ya figuraban en algunas antologías —no en todas las importantes, ni mucho menos—, y de mi vida se podría decir cualquier cosa excepto que fuera bien, di una lectura de poemas en una ciudad de La Mancha de cuyo nombre me acuerdo perfectamente. En el centro cultural donde yo intervenía — con otros poetas locales, y también de segunda fila —, un cartel anunciaba un homenaje a Federico Jiménez. Tendría lugar hora y media después, y en la misma sala del recital. Durante el acto impondrían al ciclista retirado la insignia de honor de la peña local que llevaba su nombre.

Terminó la lectura de poemas, tan anodina como casi todas, y conseguí librarme de los organizadores. Volví a entrar. Y allí tenía al hombre que durante parte de un verano, cuando yo todavía ignoraba los límites y las condiciones en que se juega la partida de la vida con el destino, representó para mí la confluencia de los senderos mentales que llevan al fracaso. Ajeno, claro está, a que finalmente yo había tenido que aceptar que para cualquier historia de hoy solo puede haber comienzos malos, Federico Jiménez estaba de pie con un grupo de rezagados. El breve acto había finalizado y lo rodeaban tres o cuatro hombres de cuya existencia autónoma, aparte de la estadística, la que tienen los sujetos considerados en un sondeo, nunca había sospechado. Al acercarme me miraron como a un curioso ejemplar procedente del espacio exterior, de otra ciudad, de otro ambiente, de una dimensión sin ningún contacto con el mundo de momentos repetidos donde ellos, como todos, iban arrastrando la nada de sus vidas.

El ciclismo solo tiene sonido en directo, estaba diciendo uno de ellos. En la televisión se pierde el roce de los tubulares contra el asfalto, el chasquido de las cadenas, la estridencia de los frenazos del grupo. Los altavoces y las motos.

Federico Jiménez, más grueso que en la foto de los periódicos donde apareció con los otros componentes de su equipo, primero en París de aquel

Tour, lo miraba sin ninguna expresión, a menos que la falta de expresión sea una expresión. Se volvió hacia mí y no era precisamente el bello Cipollini. Al fin le conozco personalmente, le acababa de decir yo. Añadí algo más sobre el placer que eso suponía después de tantos años. Había seguido su carrera con atención, continué más o menos, en especial aquel Tour que ganó su equipo.

Pues no entiendo por qué, dijo él, y sus palabras surgieron como si llevaran mucho tiempo prisioneras en su boca. Dio un paso atrás. También a mí me hubiera costado sentirme cómodo con una persona como yo. Por fuera parecía segura de sí misma y, sin embargo, era de una fragilidad extrema después de años de falta de atención hacia sus intentos por dominar las artes del abismo que se elevaba y hundía prohibiéndole (prohibiéndome, la verdad) alcanzar el borde del otro lado donde habitaría segura.

Federico Jiménez clavó sus ojos en mí y tuve la impresión de que al nacer se había quedado perplejo ante la complejidad del mundo y su mirada lo seguía reflejando.

Estos amigos todavía se acuerdan de mí, continuó enseguida, abarcando con un torpe gesto muy tenso a los que tenía allí cerca. Pero usted no es de aquí. Y en aquel Tour, como casi siempre, terminé en uno de los últimos puestos.

Precisamente por eso mismo, estuve a punto de decir yo. Me contuve, y no solo porque, si el tiempo es lo que evita que todo ocurra a la vez, no funcionaba muy bien en aquel momento y aparecían juntos acontecimientos que yo sabía muy separados. Además, la intensa mirada de Federico Jiménez me envolvía como una red cuando, después de preguntarle imprudentemente por qué creía que nunca había ganado, dijo: Sería el peor de todos. Pero he sido ciclista.

Al día siguiente un periódico local dio noticia de los dos actos celebrados en el centro cultural.

El camino es así

(Con las piernas, pero también con la imaginación)

Alfredo Bryce Echenique

Todo era un día cualquiera de clases, cuando el hermano Tomás decidió hacer el anuncio: «El sábado haremos una excursión en bicicleta, a Chaclacayo». Más de treinta voces lo interrumpieron, gritando: «Rah». «¡Silencio! Aún no he terminado de hablar: dormiremos en nuestra residencia de Chaclacayo, y el domingo regresaremos a Lima. Habrá un ómnibus del colegio para los que prefieran regresar en él. ¡Silencio! Los que quieran participar, pueden inscribirse hasta el día jueves.» Era lunes. Lunes por la tarde, y no se hace un anuncio tan importante en plena clase de Geografía. «¡Silencio!, continuó dictando, la meseta del Collao es... ¡Silencio!»

Era martes, y alumnos de trece años venían al colegio con el permiso para ir al paseo, o sin el permiso para ir al paseo. Algunos llegaban muy nerviosos: «Mi padre dice que si mejoro en inglés, iré. Si no, no». «Eso es chantaje». El hermano Tomás se paseaba con la lista en el bolsillo, y la sacaba cada vez que un alumno se le acercaba para decirle: «Hermano, tengo permiso. Tengo permiso, hermano».

Miércoles, «Mañana se cierran las inscripciones». El amigo con permiso empieza a inquietarse por el amigo sin permiso. Era uno de esos momentos en que se escapan los pequeños secretos: «Mi madre dice que ella va a hablar con mi papá, pero ella también le tiene miedo. Si mi papá está de buen humor... Todo depende del humor de mi papá». (Es preciso ampliar, e imaginarse toda una educación que dependa «del humor de papá».) Miércoles por la tarde. El enemigo con permiso empieza a mirar burlonamente al enemigo sin permiso: «Yo iré. Él no». Y la mirada burlona y triunfal. Miércoles por la noche: la última oportunidad. Alumnos de trece años han descubierto el teléfono: sirve para comunicar la angustia, la alegría,

la tristeza, el miedo, la amistad. El colegio en la línea telefónica. El colegio fuera del colegio. Después del colegio. El colegio en todas partes.

—¿Aló?

—¿Juan?

—He mejorado en inglés.

—Irás, Juan. Iremos juntos. Tu papá dirá que sí. Le diré a mi papá que hable con el tuyo. Iremos juntos.

—Sí. Juntos.

—Yo siempre le hablo a mis padres de ti. Ellos saben que eres mi mejor amigo — un breve silencio después de estas palabras. Ruborizados, cada uno frente a su teléfono, Juan y Pepe empezaban a darse cuenta de muchas cosas. ¿Hasta qué punto esa posible separación los había unido? ¿Por qué esas palabras: «Mi mejor amigo»? La angustia y el teléfono.

—Mi padre llegará a las ocho.

—Te vuelvo a llamar. Chao.

Miércoles, aún, por la noche. Alegría y permiso. Tristeza porque no tiene permiso. Angustia. Angustia terrible porque quiere ir, y su padre aún no lo ha decidido.

—¿Aló?

—¿Octavio? No, Octavio. No me dejan ir. «Yo también me quedo. Tengo permiso, pero no iré...» —pensó Octavio.

—Si prefieres mi bicicleta, puedes usarla.

—Usaré la mía —fue todo lo que se atrevió a decir.

—Chao.

Jueves. Van a cerrar las inscripciones. Tres nombres más en la lista. Las inscripciones se han cerrado. Nueve no van. Van veinticinco. El hermano Tomás, ayudado por un alumno de quinto de media, tendrá a su cargo la excursión. «¡Rah!» El hermano Tomás es buena gente. Instrucciones: un buen

desayuno, al levantarse. Reunión en el colegio a las ocho de la mañana. Llevar el menor peso posible. Llevar una cantimplora con jugo de frutas para el camino. Llegaremos a Chaclacayo a la hora del almuerzo. «¡Rah!»

Jueves: aún. Ya no se habla de permisos. Todo aquello pertenece al pasado, y son los preparativos los que cuentan ahora. «Afilar las máquinas.» Alumnos de trece años consultan y cambian ideas. Piensan y deciden. Se unen formando grupos, y formando grupos se desunen. «Tengo dos cantimploras: te presto una.» Pero, también: «Mi bicicleta es mejor que la tuya. Con esa no llegas ni a la esquina». Víctor ha traído un mapa del camino. ¡Viva la Geografía!

Pero es jueves aún. Todo está decidido. Las horas duran como días. Jueves separado del sábado por un inmenso viernes. Un inmenso viernes cargado de horas y minutos. Cargado de horas y minutos que van a pasar lentos como una procesión. En sus casas, veinticinco excursionistas, con las manos sucias, dejan caer gotas de aceite sobre las cadenas de sus bicicletas. Las llantas están bien infladas. El inflador, en su lugar.

Viernes en el timbre del reloj despertador: unas sábanas muy arrugadas, saliva en la almohada, y una parte de la frazada en el suelo, indican que anoche no se ha dormido tranquilamente. Se busca nuevamente la almohada y su calor, pero se termina de pie, frente a un lavatorio. Agua fresca y jabón: «Hoy es viernes». Una mirada en el espejo: «La excursión». El tiempo se detiene, pesadamente.

Viernes en el colegio. Este viernes se llama vísperas. Imposible dictar clase en esa clase. El hermano Tomás lo sabe, pero actúa como si no lo supiera. «La disciplina», piensa, pero comprende y no castiga. Hacia el mediodía, ya nadie atiende. Nadie presta atención. Los profesores hablan, y sus palabras se las lleva el viento. El reloj, en la pared de la clase, es una tortura. El reloj, en la muñeca de algunos alumnos, es una verdadera tortura. Un profesor impone silencio, pero inmediatamente empiezan a circular papelitos que hablan en silencio: «Voy a sacarle los guardabarros a mi bicicleta para que pese menos». Otro papelito: «Ya se los saqué. Queda bestial».

Todo está listo, pero recién es viernes por la tarde. Imposible dictar clase en esa clase. El hermano Tomás lo sabe, pero actúa como si no lo supiera. Las horas se dividen en minutos; los minutos, en segundos. Los segundos se niegan a pasar. ¡Maldito viernes! Esta noche se dormirá con la cantimplora al lado, como los soldados con sus armas, listos para la campaña. Pero aún estamos en clase. ¡Viernes de mierda! Barullo e inquietud en esa clase. El hermano Tomás se ha contagiado. El hermano Tomás es buena gente y ha sonreído. ¡Al diablo con los cursos! «Aquí hay un mapa.» El hermano Tomás sonríe. Habla, ahora del itinerario: «Saldremos hacia la carretera por este camino».

Suena el despertador, y muchos corren desde el baño para apagarlo. ¡Sábado! El desayuno en la mesa, jugo de frutas en la cantimplora, y la bicicleta esperando. Hoy todo se hace a la carrera. «Adiós.»

Veinticinco muchachos de trece años. Veinticinco bicicletas. De hermano, el hermano Tomás solo tiene el pantalón negro: camisa sport verde, casaca color marrón, y pelos en el pecho. El hermano Tomás es joven y fuerte. «Es un hombre.» Veintiséis bicicletas con la suya. Veintisiete con la de Martínez, alumno del quinto curso de media que también parte. «Ocho de la mañana. ¿Estamos todos? Vamos.»

Cinco minutos para llegar hasta la avenida Petit Thouars. Por Petit Thouars, desde Miraflores hasta la prolongación Javier Prado Este. Luego, rumbo a la Panamericana Sur y hacia el camino que lleva a la Molina. Por el camino de la Molina, hasta la carretera central, hasta Chaclacayo. Más de treinta kilómetros, en subida. «Allá vamos.»

Una semana había pasado desde aquel día. Desde aquel sábado terrible para Manolo... Aquel sábado en que todo lo abandonó, en que todo lo traicionó. El profesor de castellano les había pedido que redactaran una composición: «Un paseo a Chaclacayo», pero él no presentó ese tema. Manolo se esforzaba por pensar en otra cosa. Imposible: no se olvida en una semana, lo que tal vez no se olvidará jamás.

Se veía en el camino: las bicicletas avanzaban por la avenida Petit Thouars, cuando notó que le costaba trabajo mantenerse entre los primeros. Empezaba a dejarse pasar, aunque le parecía que pedaleaba siempre con la

misma intensidad. Llegaron a la prolongación Javier Prado Este, y el hermano Tomás ordenó detenerse: «Traten de no separarse», dijo. Manolo miraba hacia las casas y hacia los árboles. No quería pensar. Partieron nuevamente con dirección a la Panamericana Sur. Pedaleaba. Contaba las fachadas de las casas: «Esta debe tener unos cuarenta metros de frente. Esta es más ancha todavía». Pedaleaba. «Estoy a unos cincuenta metros de los primeros.» Pero los de atrás eran cada vez menos. «Las casas.» Le fastidió una voz que decía: «Apúrate, Manolo», mientras lo pasaba. Sentía la cara hirviendo, y las manos heladas sobre el timón. Lo pasaron nuevamente. Miró hacia atrás: nadie. Los primeros estarían unos cien metros adelante. Más de cien metros. Miró hacia el suelo: el cemento de la pista le parecía demasiado áspero y duro. Presionaba los pedales con fuerza, pero estos parecían negarse a bajar. Miró hacia delante: los primeros empezaban a desaparecer: «Algunos se han detenido en un semáforo». Pedaleaba con fuerza y sin fuerza; con fuerza y sin ritmo. «Mi oportunidad.» Se acercaba al grupo que continuaba detenido en el semáforo. «El hermano Tomás.» Pedaleaba. «Luz verde. ¡Mierda!» Partieron, pero el hermano Tomás continuaba detenido. Lo estaba esperando.

—¿Qué pasa, Manolo?

—Nada, hermano —pero su cara decía lo contrario.

—Creo que sería mejor que regresaras.

—No, hermano. Estoy bien —pero el tono de su voz indicaba lo contrario.

—Regresa. No llegarás nunca.

—Hermano...

—No puedo detenerme por uno. Tengo que vigilar a los que van delante. Regresa.

Vamos, quiero verte regresar.

Manolo dio media vuelta a su bicicleta, y empezó a pedalear en la dirección contraria. Pedaleaba lentamente. «Ya debe haberse alejado. No me verá.» Había tomado una decisión: llegar a Chaclacayo. «Aunque sea de noche.» Cambió nuevamente de nimbo. Pedaleaba. «Ya me las arreglaré con

el hermano Tomás; también con los de la clase.» Se sentía bastante mejor, y le parecía que solo estaría más tranquilo. Además, podría detenerse cuando quisiera. Pedaleaba, y las casas empezaban a quedarse atrás. Cada vez había menos casas. «Jardines. Terrenos. Una granja.» El camino empezaba a convertirse en carretera para Manolo. Carretera con camiones en la carretera. «Interprovinciales.» Pedaleaba, y un carro lo pasó veloz. «Carreteras.» Pedaleaba. Alzó la mirada: «Estoy solo».

Estaba en el camino de la Molina. «Es por aquí.» Lo había recorrido en automóvil. No se perdería. Perderse no era el problema. «Mis piernas», pero trataba de no pensar. A ambos lados de la pista, los campos de algodón le parecían demasiado grandes. Miraba también algunos avisos pintados en los muros que encerraban los cultivos: «Champagne Poblete». Los leía en voz alta. «¿Cuántos avisos faltarán para llegar a Chaclacayo?» Pedaleaba. «El Perú es uno de los primeros productores de algodón en el mundo. Egipto. Geografía.» Nuevamente empezó a contar los avisos. «Vinos Santa Marta», pero su pie derecho resbaló por un costado del pedal, y sintió un ardor en el tobillo. Se detuvo, y descendió de la bicicleta: tenía una pequeña herida en el tobillo, bajo la media. No era nada. Descansó un momento, montó en la bicicleta, y le costó trabajo empezar nuevamente a pedalear.

Había llegado a la carretera Central. Eran las once de la mañana, y tuvo que descansar. Descendió de la bicicleta, dejándola caer sobre la tierra y se sentó sobre una piedra, a un lado del camino. Desde allí veía a los automóviles y camiones pasar en una y otra dirección: subían hacia la sierra, o bajaban hacia la costa, hacia Lima. Le hubiera gustado conversar con alguien, pero, a su lado, la bicicleta descansaba inerte. Pensaba en su perro, y en cómo le hablaba, a veces, cuando estaban solos en el jardín de su casa. Cogió una piedra que estaba al alcance de su mano, y vio salir de debajo de ella una araña. Era una araña negra y peluda, y se había detenido a unos cincuenta centímetros a su derecha. La miraba: «Pica». Pensó. Vio, hacia su izquierda, otra piedra, y decidió cogerla. Estiró su brazo, pero se detuvo. Volteó y miró a la araña nuevamente: continuaba inmóvil, y Manolo ya no pensaba matarla. Era preciso seguir adelante, pues se hacía cada vez más tarde, y aún faltaba la subida hasta Chaclacayo. «La peor parte.» Se puso de pie, y cogió la bicicleta. Montó, pero antes de empezar a pedalear, volteó una vez más para mirar a la araña: negra y peluda; la araña desaparecía bajo la

piedra en que acababa de estar sentado. «No la he matado», se dijo, y empezó a pedalear.

Pedaleaba buscando un letrero que dijera: «Vitarte». No recordaba a partir de qué momento había empezado a hablar solo, pero oír su voz en el camino le parecía gracioso y extraño. «Esta es mi voz», se decía, pronunciando lentamente cada sílaba: «Es-ta-es-mi-voz». Se callaba. «¿Es así como los demás la oyen?», se preguntaba. Un automóvil pasó a su lado, y Manolo pudo ver que alguien le hacía adiós, desde la ventana posterior. «Nadie que yo conozca. Me hubieran podido llevar», pensó, pero ese no era un paseo en automóvil, sino un paseo en bicicleta. «Cobarde», gritó, y se echó a pedalear con más y menos fuerza que nunca.

«Te prometo que solo es hasta Vitarte. Te lo juro. En Vitarte se acaba todo.» Trataba de convencerse; trataba de mentirse, y sacaba fuerzas de su mentira convirtiéndola en verdad. «Vamos, cuerpo.» Pedaleaba, y Vitarte no aparecía nunca. «Después de Vitarte viene Ñaña. ¡Cállate idiota!» Avanzaba lentamente y en subida; avanzaba contando cada bache que veía sobre la pista, y ya no alzaba los ojos para buscar el letrero que dijera «Vitarte». Tampoco miraba a los automóviles que escuchaba pasar a su lado. «Manolo», decía, de vez en cuando. «Manolo», pero no escuchaba respuesta alguna. «¡Manolo!, gritó, ¡Manolo! ¡Vitarte!» Era Vitarte. «Ñaña», pensó, y estuvo a punto de caerse al desmontar.

Descansaba sentado sobre una piedra, a un lado del camino. De vez en cuando miraba la bicicleta tirada sobre la tierra. «¿Qué hora será?», se preguntó, pero no miró su reloj. No le importaba la hora. Llegar era lo único que le importaba, sentado allí, agotado, sobre una piedra. El tiempo había desaparecido. Miraba su bicicleta, inerte sobre la tierra, y sentía toda su inmensa fatiga. Volteó a mirar, y vio, hacia su izquierda, tres o cuatro piedras. Una de ellas estaba al alcance de su mano. Miró nuevamente hacia ambos lados, hacia la tierra que lo rodeaba, y una extraña sensación se apoderó de él. Le parecía que ya antes había estado en ese lugar. Exactamente en ese lugar. Se sentía terriblemente fatigado, y le parecía que todo alrededor suyo era más grande que él. Escuchó cómo pronunciaba el nombre de su mejor amigo, aunque sin pensar que ya debería estar cerca de Chaclacayo. No relacionaba muy bien las cosas, pero continuaba sintiendo que había estado

antes en ese lugar. Cogió un puñado de tierra, lo miró, y lo dejó caer poco a poco. «Exactamente en este lugar.» A su derecha, al alcance de su mano, había una piedra. Manolo la levantó para ver qué había debajo, y luego, al cabo de unos minutos, la dejó caer nuevamente. Tenía que partir. Era preciso volver a creer que esta era la última etapa; que Ñaña era la última etapa. Se puso de pie, y se dio cuenta hasta qué punto estaban débiles sus piernas. Cogió la bicicleta, la enderezó y montó en ella. Ponía el pie derecho sobre el pedal, cuando algo lo hizo voltear y mirar hacia atrás: «Qué tonto», pensó, recordando que la araña estaba bajo la piedra, que le había servido de asiento. Empezó a pedalear, a pedalear...

Pedaleaba buscando un letrero que dijera «Ñaña». Miró hacia atrás, leyó «Vitarte» en un letrero, y sintió ganas de reírse: de reírse de Manolo. Ya no le dolían las piernas. Ahora, era peor, ya no estaban con él. Estaban allá, abajo, y hacían lo que les daba la gana. Eran ellas las que parecían querer reírse por boca de Manolo. «Cojudas», les gritó, al ver que una de ellas, la izquierda, se escapaba resbalando por delante del pedal. «¡Van a ver!» Manolo se puso de pie sobre los pedales, y los hizo descender, uno y otro, con todo el cuerpo, pero la bicicleta empezó a balancearse peligrosamente, y sus manos no lograban controlar el timón. «También ellas se me escapan», pensó Manolo, a punto de perder el equilibrio; a punto de caerse. Se sentó, y empezó a pedalear como si nada hubiera pasado; como si siempre fuera dueño de sus piernas y de sus manos. «No descansaré hasta llegar a Ñaña.» Pero Ñaña estaba aún muy lejos, y él parecía saberlo. «¿Qué hacer?» Se sentía prisionero de unas piernas que no querían llevarlo a ningún lado. No debía ceder. ¿Qué hacer? Las veía subir y bajar: unas veces lo hacían presionando los pedales, pero otras resbalaban por los lados como si se negaran a trabajar. Aquello que pasaba por su mente no llegaba hasta allá abajo, hasta sus piernas. «¡Manolo!», gritó, y empezó nuevamente a ser el jefe. Pedaleaba...

Caminaba. Había decidido caminar un rato, llevando la bicicleta a su lado. Se sentía extraño caminando, pero después de la segunda caída no le había quedado otra solución. Desde la caseta de un camión que pasaba lentamente a su lado, un hombre lo miraba sorprendido. Manolo miró hacia las ruedas del camión, y luego hacia las de su bicicleta. Leyó la placa del camión que se alejaba lentamente, y pensó que tardaría en desaparecer, pero

que llegaría a Ñaña mucho antes que él. Ya no distinguía los números de la placa. Le costaba trabajo pasar saliva.

«¡Manolo!», gritó. Saltó sobre la bicicleta. Se paró sobre los pedales. Se apoyó sobre el timón. Cerró los ojos y se olvidó de todo. El viento soplabla con dirección a Lima; soplabla llevando consigo esos alaridos furiosos que en la carretera nadie escucharía: «¡Aaaaa! ¡Aaaaaaaah! ¡Aaaaaaaaah!».

Estaba caído ante una reja abierta sobre un campo de algodón. A ambos lados de la reja, el muro seguía la línea de la carretera. Detrás de él, la pista, y la bicicleta al borde la pista, sobre la tierra. No podía recordar lo que había sucedido. Buscaba, tan solo, la oscuridad que podía brindarle su cabeza oculta entre sus brazos, contra la tierra. Pero no podía quedarse allí. No podía quedarse así. Trató de arrastrarse, y sintió que la rodilla izquierda le ardía: estaba herido. Sintió también que la pierna derecha le pesaba: al caer, el pantalón se le había enganchado en la cadena de la bicicleta. Avanzaba buscando esconderse detrás del muro, y sentía que arrastraba su herida sobre la tierra, y que la bicicleta le pesaba en la pierna derecha. Buscaba el muro para esconderse, y entró en el campo de algodón. Sabía que ya no resistiría más. Imposible detenerlo. «El muro.» Sus manos tocaron el muro. Había llegado hasta ahí, hasta ahí. Ahí nadie lo podría ver. Nadie lo vería. Estaba completamente solo. Vomitó sobre el muro, sobre la tierra y sobre la bicicleta. Vomitó hasta que se puso a llorar, y sus lágrimas descendían por sus mejillas, goteando sobre sus piernas. Lloraba detrás del muro, frente a los campos de algodón. No había nadie. Absolutamente nadie. Estaba allí solo, con su rabia, con su tristeza y con su verdad recién aprendida. Buscó nuevamente la oscuridad entre sus brazos, el muro, y la tierra. No podría decir cuánto tiempo había permanecido allí, pero jamás olvidaría que cuando se levantó había frente a él, al otro lado de la pista, un letrero verde con letras blancas: «Ñaña.».

Estaba parado frente a la residencia que los padres de su colegio tenían en Chaclacayo. Oscurecía. No recordaba muy bien cómo había llegado hasta allí, ni de dónde había sacado las fuerzas. ¿Por qué esta parte del camino le había parecido más fácil que las otras? Siempre se haría las mismas preguntas, pero se trataba ahora de ingresar a la residencia, de explicar su conducta, y de no dejar que jamás «nadie sepa...». A través de las ventanas

encendidas podía ver a sus compañeros moverse de un lado a otro de las habitaciones. Estaban aún en el tercer piso. «Comerán dentro de un momento», pensó. De pronto, la puerta que daba al jardín exterior se abrió, y Manolo pudo ver que el hermano Tomás salía. Estaba solo. Lo vio también coger una manguera y desplazarla hacia el otro lado del jardín. Tenía que enfrentarse a él. Avanzó llevando la bicicleta a su lado.

—Hermano Tomás...

— ¿Tú?

— Llegué, hermano.

— ¿Es todo lo que tienes que decir?

—Hermano...

— Ven. Sígueme. Estás en una facha horrible. Es preciso que nadie te vea hasta que no te laves. Por la puerta falsa. Ven.

Manolo siguió al hermano Tomás hasta una escalera. Subieron en silencio y sin ser vistos. El hermano llevaba puesta su casaca color marrón, y Manolo empezó a sentirse confiado. «Llegué», pensaba sonriente.

— Allí hay un baño. Lávate la cara mientras yo traigo algo para curarte.

— Sí, hermano — dijo Manolo, encendiendo la luz. Se acercó al lavatorio, y abrió el caño de agua fría. Parecía otro, con la cara lavada. Se miraba en el espejo: «No soy el mismo de hace unas horas».

— Listo — dijo el hermano —. Ven, acércate.

— No es nada, hermano.

— No es profunda — dijo el hermano Tomás, mirando la herida —. La lavaremos, primero, con agua oxigenada. ¿Arde?

— No — respondió Manolo, cerrando los ojos. Se sentía capaz de soportar cualquier dolor.

— Listo. Ahora, esta pomada. Ya está.

— No es nada, hermano. Yo puedo ponerme el parche.

— Bien. Pero apúrate. Toma el esparadrapo.

— Gracias.

Manolo miró su herida por última vez: no era muy grande, pero le ardía bastante. Pensaba en sus compañeros mientras preparaba el parche. Era preciso que fuera un señor parche. «Así está bien», se dijo, al comprobar que estaba resultando demasiado grande para la herida. «No se burlarán de mí», pensó, y lo agrandó aún más.

Cuando entró al comedor, sus compañeros empezaban ya a comer. Voltearon a mirarlo sorprendidos. Manolo, a su vez, miró al hermano Tomás, sentado al extremo de la mesa. Sus ojos se encontraron, y por un momento sintió temor, pero luego vio que el hermano sonreía. «No me ha delatado.» Avanzó hasta un lugar libre, y se sentó. Sus compañeros continuaban mirándolo insistentemente, y le hacían toda clase de señas, preguntándole qué le había pasado. Manolo respondía con un gesto de negación, y con una sonrisa en los labios.

— Manolo —dijo el hermano Tomás—, cuando termines de comer, subes y te acuestas. Debes estar muy cansado, y es preciso que duermas bien esta noche.

— Sí, hermano —respondió Manolo. Cambiaron nuevamente una sonrisa.

— ¿Qué te pasó? —preguntó su vecino.

— Nada. Hubo un accidente, y tuve que ayudar a una mujer herida.

— ¿Y la rodilla? —insistió, mientras Manolo se miraba el parche blanco, a través del pantalón desgarrado.

— No es nada —dijo—. Conocía a sus compañeros, y sabía que ellos se encargarían del resto de la historia. Hablarían de ello hasta dormirse. «Mañana también hablarán, pero menos. El lunes ya lo habrán olvidado.» Conocía a sus compañeros.

Poco antes de terminar la comida, Manolo vio que el hermano Tomás le hacía una seña: «Anda a dormir, antes de que se te tiren encima con sus preguntas». Obedeció encantado.

Dormía profundamente. Estaba solo en una habitación, que nadie salvo él ocuparía esa noche. Había tratado de pensar un poco, antes de dormirse, pero el colchón, bajo su cuerpo, empezaba a desaparecer, hasta que ya casi no lo sentía. Sus hombros ya no pensaban sobre nada, y las paredes, alrededor suyo, iban desapareciendo en la noche negra e invisible del sueño... Miles de bicicletas se deslizaban fácilmente hacia el sol de Chaclacayo. Se veía feliz al frente de tantos amigos, de tantas bicicletas, de tanta felicidad. El sol se perdía detrás de cada árbol, y reaparecía nuevamente detrás de cada árbol. Estaba tan feliz que le era imposible llevar la cuenta de los amigos que lo seguían. Todos iban hacia el sol, y él siempre adelante, camino del sol. De pronto, escuchó una voz: «¡Manolo! ¡Manolo!». Se detuvo. ¿De dónde vendría esa voz? «Continúen. Continúen», gritaba Manolo, y sus amigos pedaleaban sin darse cuenta de nada. «Continúen.» Buscaba la voz. «Llegaré de noche, pero también mañana brillará el sol.» Buscaba la voz entre unas piedras, a los lados del camino. La escuchó nuevamente, detrás de él, y volteó: su madre llevaba un prendedor en forma de araña, y el hermano Tomás sonreía. Estaban parados junto a su bicicleta...

Una semana había transcurrido, y ya nadie hablaba del paseo. Manolo se esforzaba por pensar en otra cosa. Imposible: no se olvida en una semana..., etcétera.

El caballo

Carlos Casares

No me gustó que tuvieras cara de caballo. Me recordaste a un compañero de escuela, un infeliz al que llamábamos Pepito Percherón, que se cagaba cada vez que el maestro le daba con la vara en la palma de la mano, y al que yo le tenía rabia, no porque se cagara, sino porque era feo y con cara de caballo, como tú. Le tenía rabia y un día estuve dándole patadas en las espinillas durante más de una hora, arrimado él contra una pared, en el callejón de La Perrera, llorando sin moverse y yo pegándole sin parar. Todavía hoy siento vergüenza por aquel episodio, que me hace sentir miserable y del que me consuelo pensando que todos los niños son muy crueles con los niños, no porque sean malos o atravesados, sino porque son niños.

Fue gracias a ti que descubrí a Charlie Gaul, elegante sobre la bicicleta, con el cabello rubio bien peinado y aquellas gafas oscuras de marca que le sentaban fantástico, como a un actor de cine o como a Porfirio Rubirosa, por ejemplo, que también lucía unos lentes como aquellos, que le quedaban muy bien. Si de repente empecé a fijarme en ti, fue por puro azar, por una cuestión patriótica que me sucedió con la madre de unos amigos franceses, Jean Marie y Elsa, con los que pasaba unos días de verano cerca de París, en una casa moderna y luminosa, un chalet de cemento y cristal diseñado por Josep Lluís Sert. Su madre, Marie, que era una mujer bella y elegantísima, parecida a Lauren Bacall, seguía el Tour de Francia todos los días a través de la radio, y yo con ella.

Hasta entonces, te lo digo sin animosidad, el ciclismo no me había interesado nunca, como tampoco me interesaba el fútbol. El primero, lo tuyo, me parecía vulgar y un poco ridículo, sobre todo por la indumentaria de los corredores, con aquellos culottes que deformaban las piernas, ya de por sí bastante feas por el tipo de desarrollo muscular que impone el esfuerzo y la forma del pedaleo sobre la bicicleta. El segundo, simplemente me parecía

detestable por bruto y por el sudor. Si te digo la verdad, una de las cosas que nunca le perdoné a mi admirado Nabokov fue precisamente que de joven jugara al fútbol. Y Rafael Alberti, si no fuese porque lo detesté siempre por ripioso y comunista, me bastaría el poema a Platko, el portero del Barcelona, para incluirlo en la lista de los mierdosos.

Pues en París sucedió que un día, mientras el pelotón iniciaba la subida al Tourmalet y tú te lanzaste, como una exhalación hacia la cumbre (la frase no es mía, sino del locutor), pasando a todos los contrarios con una facilidad y una ligereza de mariposa (asimismo dijo el comentarista), como si ellos llevasen plomo en las piernas y tú tuvieses un motorcito camuflado en el tubular de la bicicleta, el hombre de la radio empezó a cantar la gesta que estabas realizando con tal entusiasmo que dijo que eras como un águila. Hasta ese momento, te lo confieso sinceramente, yo no tenía idea de quién eras, no formabas parte de mi vida, no sabía cómo eras, ni si tenías cara de caballo, más bien te imaginaba como un joven alto y fornido, de pecho atlético, ancho en los hombros y estrecho en la cintura, y muslos redondeados y poderosos, de un color moreno tostado.

Cuando el locutor dijo que estabas escribiendo una de las páginas más gloriosas de la historia del Tour, Marie, la madre de Jean Pierre, sacudió el cigarrillo sobre el cenicero de cristal que tenía colocado sobre el brazo del sillón donde estaba sentada, y dijo con cara de asco, un asco displicente y distinguido: «¡Ce pauvre espagnol à la figure de cheval n'est pas un aigle, mais un vulgaire gitan!». Luego añadió en voz baja: «¡Oh, la colère des pauvres!». No me gustó el comentario, que encontré impertinente y ofensivo, incluso deliberado, como si pretendiese humillarme, a pesar de que Marie y yo teníamos una magnífica relación amistosa, sobre todo cuando hablábamos de literatura o de pintura, especialmente de Maurice de Vlaminck, el pintor que más nos gustaba a los dos y que varias tardes habíamos ido a ver juntos al Jeu de Pomme, después de comer en La Coupole.

Me adelanto a decirte que mi tipo no es la gente morena, sino la aria, es decir, el tópico ese de la gente de cabello rubio, los ojos azules y la piel blanca, de leche, con tal de que no tenga ni ronchas ni granos, sino esa tersura de mármol que con frecuencia se encuentra entre los nórdicos de la aristocracia o la burguesía urbana, no entre los que proceden de los slot o los

herrgård del campo, que por muy alta prosapia que tengan detrás, desde generaciones, no pasan de ser como manzanas coloradas, sanas y saludables, pero campesinas, al fin y al cabo, gentes de caza y pesca, muy de andar por el bosque, de montar a caballo, pero torpes y macizos, supervivientes de una clase destinada a desaparecer o a alquilar sus palacios a los turistas.

Digo esto de los rubios porque me gustan, como se deduce de lo dicho, más que los morenos, aunque entre estos últimos hay también algunas excepciones. Detesto en primer lugar el moreno latino, esa especie de tipo que yo llamo el delgado nacional y que solo se ve en España, en ninguna otra parte de Europa. Suele ser un birulillas con aspecto de hambriento, sin separación o marca entre el pecho plano y la cintura, sobre la que se anuda generalmente un cinto de cuero con casi doble vuelta, y que tiene una cara cetrina, entre famélica y estúpida, dominada por unos pómulos oscuros y pilosos y por un bigote ridículo, esa raya fina formada por una línea negra de tres o cuatro pelos trazada un centímetro por encima del labio.

Hay también otro moreno arabizado, de ojos negrísimos, como escarabajos de azabache, nariz aguileña y pómulo disparado hacia arriba, como zapato de punta requichada. Este suele tener pinta de macho y homme à femmes, de los que hacen estragos en cualquier corazón femenino. Me gusta más, pero tampoco es mi tipo, no porque sea feo o vulgar, sino porque lo encuentro agresivo, incluso vicioso, con aspecto depravado, mismamente como si no tuviese más que un coño en la cabeza. De estos he conocido a unos cuantos. Pululaban hace años por los clubes de Palma y de Marbella, siempre con alguna mujer madura al lado, rubias de frasco embadurnadas de crema, con la piel carbonizada por horas y horas de exposición al sol al borde de las piscinas o en la playa. Un desperdicio.

El caso fue que aquel día, cuando Marie hizo el comentario sobre le pauvre espagnol, me dio de repente un palpito patriótico que a mí mismo me sorprendió, pues nunca me he sentido español en el sentido pleno de la palabra, es decir, que como le ocurre a esas personas que nacen con cuerpo de hombre y alma de mujer, yo siempre me tuve por francés de alma, quiero decir que me hubiera gustado ser francés, asunto imposible desde el punto de vista físico, por otra parte, ya que yo nací en Orense, pero posible si pensamos en términos d'esprit. Entonces me dirigí a Marie y le dije que tú

eras grande, el mejor, un águila de verdad, el más fuerte, el único capaz de derrotar a los demás de una forma rotunda, humillándolos como estaba ocurriendo aquella tarde, según refería a gritos el locutor, cuando subías tú solo el Tourmalet.

Hablé por boca de ganso, naturalmente. No era yo, pues hasta aquel día ni sabía quién eras tú, como te dije, ni tenía la más remota idea de cómo eras ni había escuchado nunca tu nombre. Naciste de mi orgullo herido, de mi condición de habitante avergonzado de un país en el que multaban a las muchachas extranjeras que se ponían en bikini en nuestras playas, o en el que llamaban maricones a los homosexuales o mariquitas o sarasas, o en el que los curas expedían certificados de buena conducta y los cabos de la Guardia Civil avisaban de que en el pueblo, como fue mi caso, te lo juro, había gente que compraba demasiados libros. Notaba toda aquella mierda española pegada a mi piel francesa, como si fuera mía toda la mierda de España, como si yo mismo me hubiera cagado, con perdón, igual que aquel niño al que le pegaba patadas en la escuela.

Marie me miró extrañada y distante, con aquella frialdad superior de clase y de raza, sorprendida tal vez de que yo me sintiese aludido, nosotros que hablábamos siempre como cómplices de nuestras pasiones comunes, de Vlaminck y de Chagall, de Valéry, de Sartre y de Simone de Beauvoir, de Nelson Algren, de Albert Camus y de María Casares, de Gérard Philipe. El rostro de Marie seguía inmutable, sin dejar traslucir ni el más insignificante de sus sentimientos, pero sus labios y su boca, aun sin articular palabra, delataban su asombro y su incompreensión: yo tan vulgar, que me sentía aludido por aquellas frases dedicadas a un pobre ciclista español con aspecto de gitano. Fue esta última la única palabra que oí, quizás la única que salió de sus labios en aquel momento.

Casi al mismo tiempo alargó la mano hacia el revistero de madera (diseño de Rietveld), que tenía a su izquierda, cogió un ejemplar de *Le Nouvelle Observateur*, lo abrió con rapidez, pero sin furia, tal vez solo con una contundencia hecha de desdén y, sin decir nada, me mostró tu foto. ¡Qué desastre, hijo! Primero, la cara de caballo, aquella quijada saliente y aquellos pómulos de hambre heredada, como si fueses un punto intermedio entre la mula y el hombre. ¡Y las cejas! Dos matas oscuras y pobladas, unidas sobre la

parte superior de la nariz como si formasen una sola, igual que un turco o un agareno o un marroquí inculto y feo. ¡Y los dientes! Enormes y trampeados como un grupo de menhires torcidos. De las piernas prefiero no hablar.

Fue entonces cuando descubrí a Charlie Gaul. Estaba a tu lado, un poco más atrás, sentado con elegante desgana sobre la bicicleta, con aquellas gafas ray ban tan bien puestas, el pelo rubio, la cara labrada por el esfuerzo, no por siglos de hambre como la tuya, la nariz perfecta, las cejas insinuadas, casi invisibles, marcando como una leve transición de ensueño entre el ojo y la frente despejada, no estrecha y arrugada por el sol inclemente de la meseta como ocurría contigo, sino mimada por el frío de su tierra, aunque te parezca una contradicción, porque has de saber, ciclista del carajo, que el frío conserva mejor que el sol, que amojama y seca la piel y la envejece. Déjame que te diga que Charlie Gaul me pareció guapísimo.

Al día siguiente recorté su foto de la revista. Pronto tuve más. No las desempaqueté hasta que llegué a Madrid. Entonces las puse por las paredes, siempre para sorpresa de muchos de mis amigos, que no podían entender que de repente me gustase el ciclismo, a mí, tan reacio a cualquier deporte que no fuese el tenis, y para desesperación de otros, que no entendían aquella especie de culto a un noble bruto, aquel cachas con aspecto de leñador del bosque, probablemente inculto. Ni a unos ni a otros nunca les hice caso. De manera que me dediqué a seguir todas las carreras ciclistas, desde las clásicas hasta las grandes rondas, lo mismo el Tour que el Giro, un poco menos la Vuelta, pero sin desentenderme de ella completamente, sobre todo cuando corría Charlie Gaul.

Me he acordado de ti hoy, tantos años después, cuando el ciclismo, o mejor dicho Charlie Gaul, se han borrado, sino de mi memoria, al menos de mi corazón. Esta noche, sentado ante la chimenea, en la soledad de este viejo caserón familiar, con la nostalgia avivada por el fuego y la melancolía azuzada como un perro por el repicar furioso de la lluvia en los cristales, me he puesto a revolver entre papeles y carpetas. Allí estaba Charlie Gaul repetido cientos de veces, bello como un dios pagano, tan lejos de mí, sin embargo, ahora que la vida y el tiempo no me permiten esperar nada, a no ser la llegada apresurada de la muerte, que veo cada mañana en el espejo, avanzando veloz sobre la blancura creciente de mi rostro afilado y destruido

como la cara famélica y amarilla de un judío en un campo de concentración. He mirado algunas fotos y he deslizado mis dedos sin carne, solo piel y huesos, sobre la imagen de tu compañero, tu rival. Nada, ni el cosquilleo de una hormiga insignificante en alguna zona milagrosamente viva de mi vientre, nada.

Entonces apareciste tú, águila, caballo, cetrino nacional, en el recorte de una entrevista publicada en Le Monde por aquellos años, cuando te conocí en casa de Marie. Ignoro qué motivo me llevó a recortarla y a guardarla en esta carpeta azul, entre las fotos del luxemburgués. Desdoblé con trabajo las hojas, mis dedos tiemblan y se mueven como juncos azotados por el viento, y empecé a leer. De pronto me encontré con una frase. Traduzco: «El Tour no vale para mí lo que vale un hombre, el más pequeño, el más pobre, el más tonto de todos». ¿Dijiste tú esto, ciclista? ¿Por qué no lo recuerdo? ¿Por qué, cuando lo leí entonces, seguí pensando que eras una mierda de tío, una birria, un gitano horroroso, una mula? ¿Por qué tuve que convertirme en esta miseria amarilla que mete miedo a quien lo observa para darme cuenta de que no eras tan feo, cabroncísimo infinito, ciclista del carajo, caballo sin gracia ni elegancia? Te llevaré conmigo hasta el final, que ya escucho retumbando al otro lado del vendaval alocado de esta noche, casi a la puerta de esta vieja casa en la que me pudro. Lástima que ya no sea aquel corazón que se encabritaba de gozo cada vez que veía una foto de Charlie Gaul.

La bicicleta

Martín Casariego

Se acercaba la hora de comer, y su madre le encargó que fuera a buscar a su hermano. Era uno de esos días de verano sucios y debilitantes, sin viento y con un sol que parecía enfermo, de tanto que calentaba. Cruzó la calle, caminó por el rectángulo de arena, echando fugaces miradas al suelo para no pisar los excrementos de perro esparcidos aquí y allá, dejó atrás el tobogán y los dos despintados columpios, y se detuvo a unos cuarenta pasos del gran ciprés, para observar la escena con una medio sonrisa: de entre sus ramas salían despedidas gálbulas que Rober se apresuraba a guardar en los bolsillos de su abrigo. Esforzó la vista y distinguió, casi completamente oculto en el follaje, a Benja, el mejor amigo de Rober (o quizá era simplemente el único vecino de su edad y de su colegio), encaramado a una de las ramas.

— ¡Rober! —llamó.

Su hermano se volvió, y, al verle, alzó la mano para saludarle, e inmediatamente se abalanzó sobre un nuevo fruto, que tras rebotar contra el suelo recorrió varios metros. Pedro echó de nuevo a andar y se paró al lado de Rober.

— ¿Qué hacéis?

— Recogiendo esto —su hermano le enseñó uno de los frutos del ciprés: compacto, duro, de un verde como barnizado.

— ¿Y para qué los quieres?

— Para llevarlos a casa —contestó Rober sin mirarle, pues ya se agachaba para recoger una nueva gálbula.

— ¿Y para qué?

— Para meterlos en un bote de cristal.

— Ya, pero... ¿Para qué? —insistió Pedro, divertido.

Su hermano pequeño se volvió.

—Pues para tener un recuerdo —y adoptando una actitud de hermano mayor, algo que en cierto modo se correspondía con la conversación anterior, en la que las preguntas hasta llegar al final se las habían hecho al pequeño, aunque esta vez sí hubiera habido respuestas—: ¿Es que no sabes que nos mudamos, o qué?

—Tienes que ir a comer —recuperando el papel de adulto que no hace preguntas y da órdenes.

—¡Benja! ¡Benja!

De entre las ramas del ciprés asomó la cabeza de otro niño de seis o siete años.

— ¿Qué?

—Me las piro, es la hora de comer.

—Espérame.

Benja, con cuidado no exento de agilidad, bajó un par de ramas y saltó. Flexionó las piernas, golpeó con el culo en el suelo, rodó un par de metros y se puso en pie. Fue sacudiéndose el polvo hacia su bicicleta, que estaba tirada en la arena apoyada en la rueda trasera y el manillar, la levantó, montó en ella y se alejó pedaleando.

—¡Adiós! ¡A las cuatro voy a tu casa!

—No sé para qué quería que le esperara —observó Rober, algo compungido.

Los dos hermanos caminaron en silencio. Mientras esperaban a que el semáforo se pusiera verde para los peatones, el pequeño dijo:

—Me gustaría que mañana me regalaran una bicicleta como la de Benja.

El día siguiente cumplía siete años.

* * *

La noche empezaba a sustituir al día, y todo tenía un aire de despedida, también los besos de Virginia, por mucho que ella hablara de que la distancia no era ningún problema. Pero lo decía para convencerse a sí misma. Al atravesar la plaza que se encontraba a mitad de camino entre la casa de su novia y la suya, dos niños le adelantaron, montados en bici. Se pararon unos metros más allá. Discutían por algo. Una de las bicis estaba fea y vieja, gastada, pero la otra relucía con las débiles luces del atardecer, recién estrenada. Cuando Pedro pasó al lado de los chavales, uno de ellos, el de la bici nueva, le preguntó respetuosamente la hora. Le faltaban dos dientes, y tenía los ojos achinados. Sus pantalones estaban manchados de barro.

— Las ocho menos cinco.

Nada más contestar, Pedro dejó de existir para ellos.

— ¿Lo ves? ¡Nos da tiempo, idiota!

Se bajaron a toda prisa de las bicis, que tiraron despreocupadamente, y echaron una carrera.

— ¡Idiota tú! ¡Y tonto el último!

Los niños se perdieron en una loca carrera. Pedro dudó un segundo. Después cogió la bici reluciente y, sin montar en ella, se alejó a toda prisa. Cuando estuvo seguro de que había perdido a los niños, caminó a paso normal, y al llegar a su casa, escondió el robo en el trastero.

* * *

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue desayunar y felicitar a su hermano pequeño. Luego estuvo acabando de empaquetar sus pertenencias, y aprovechando un rato que se quedó solo, limpió la bici con un trapo húmedo, las ruedas con especial mimo. Los regalos se entregaban a la hora de la comida, porque era cuando regresaba el padre de la despedida de su trabajo y se reunían los cuatro. Cuando vio la bicicleta, Rober apenas

podía creerlo. Abrazó a Pedro con toda su fuerza, le estrujó como un oseño, y el mayor, contento, se dejó abrazar. Explicó que había estado ahorrando durante meses, porque sabía la ilusión que al pequeño le hacía tener una bicicleta. Sus padres le creyeron, o fingieron hacerlo.

* * *

Como siempre, llegó con Virginia de los primeros. Esa noche tenían aparentemente un motivo especial para hacerlo: sus colegas decían que esa fiesta era la de su despedida, pero ambos sabían que se habría celebrado igual. Todos los sábados alguien alquilaba el club para sacarse algunas perras. Un chico y una chica servían las bebidas, en una esquina del local, sobre un tablero apoyado en dos sillas, a modo de barra. El pinchadiscos estaba en el nivel superior, al que se accedía por una escalera de caracol. En el suelo de madera corrían en engañoso círculo las luces que provenían de una bola que giraba colgada del techo, persiguiéndose unas a otras. Pronto llegaron unas amigas de Virginia, y él se quedó apartado, junto a una de las ventanas, abiertas para que se refrescara un poco el salón, calentado a lo largo del día. Con una cerveza servida en un vaso de plástico, pensaba que tenía que saborear aquella noche, disfrutar de los últimos detalles tantas veces repetidos y a los que no había concedido hasta hora mayor importancia, grabarlos en su memoria. Pusieron una canción romántica, una de esas baladas en inglés que muchos de sus amigos despreciaban por considerarlas babosas. Miró por la ventana. En el edificio de enfrente, sobre la noble fachada limpia y blanca de pórtico con columnas y frontón, había una pintada que no estaba la semana anterior: De hacerte la cena / de hacerte la cama / se me fue la gana / de hacerte el amor. Le invadió una terrible melancolía. Supo que no era únicamente por la canción, ni por la pintada, ni porque se mudaba de ciudad, ni por la penumbra y el aspecto desvaído y mortecino del remedo de discoteca, ni por estar solo arrimado a la ventana mientras Virginia charlaba y reía con sus amigas. Ni siquiera porque seguramente dejaría de salir con ella. Supo que era, sobre todo, por el robo de la bicicleta, porque esa íntima derrota, esa vileza, fuera el precio que había tenido que pagar para hacer feliz a su hermano pequeño. Afuera había

empezado a llover, y las luces de colores hacían que las gruesas gotas semejaran piedras preciosas azules y verdes y rojas arrojadas con furia, lágrimas de Dios, imaginó. Pero no: Dios jamás lloraría por su causa, él no era tan importante. Ningún hombre lo era para Dios. Virginia se acercó y le cogió una mano.

—¿Por qué estás triste?

Él enfrentó sus ojos castaños, brillantes y esperanzados, no supo si llenos de amor o de vanidad.

—Es porque me marchó.

Ella era la única chica a la que había besado, y entendió que era porque se separaban. Se había puesto la camiseta que a él le gustaba tanto, que tan bien le sentaba, y, cosa excepcional en ella, tenía pintados los ojos, lo que le hacía parecer ante los suyos casi como una extraña. Virginia aproximó sus labios a la boca de él, y se besaron, mientras alguien cerraba las ventanas, porque el suelo de madera había empezado a mojarse.

Persecución a la americana

Alfredo Conde

Hoy me ha dado por correr, simplemente por correr y por hacerlo con aquella misma ansia, con aquel mismo e irreprimible afán que siempre creí adivinar posible cuando, durante las fiestas patronales de mi niñez, se celebraban las carreras que entonces se decían a la americana y que ahora se siguen llamando también así y disputando con la regularidad de siempre, también con la misma expectación; es decir, recorriendo los ciclistas un circuito más o menos elíptico, como es este que rodea la alameda aislándola del resto de la ciudad con unas avenidas amplias y desconocedoras entonces del enorme tráfico que hoy soportan. Un tráfico que las congestiona y que contamina el recinto prodigioso hasta hacerles perder sus hojas a los más de los árboles, plátanos no pocos de ellos, pero también arces y olmos, algún extraño chopo alternando con robles y encinas, castaños de las Indias, cedros portentosos, camelias que los más quieren exóticas y asientan en los márgenes laterales, mientras las palmeras, también las palmas reales, lo hacen en los parterres de los extremos; uno que da al mar que se puede contemplar al fondo, azul unas veces, verde o gris en otras, y otro que se asienta delante de la fachada del palacio de la Audiencia, sobre el que la luz se posa según y como llegue desde el mar, ese misterio.

Una tenue cortina de agua que brota sempiternamente de un estanque hermoso, deshabitado de peces y ocupado por nenúfares que se dirían succulentos, te obligaba y aún te obliga, creo, a fruncir el ceño para enfocar una visión que la capa de agua pulverizada te impone si pretendes observar la Audiencia desde la alameda. Durante los días de carrera acudí siempre allí para contemplar el paso ansioso de los ciclistas, desdibujados por la velocidad y el agua que flotaba y flota aún recortándose sobre el palacio de la Audiencia. Llegaba temprano y buscaba el mejor sitio, debajo de un enorme macetero de hierro pintado de verde, del que caían en aluvión los brotes de una hiedra amorosamente recortada por los jardineros del ayuntamiento.

Llegaba y me sentaba sobre el cubo de piedra que lo sostenía, el mismo que al profesor de matemáticas le servía de ejemplo, año tras año, lo sé porque repetí curso, para explicarnos que también se llamaba hexaedro, hexaedro o cubo, nos decía.

Llegaba y me sentaba de espaldas a los lugares de salida, sabiéndolos detrás de mí, mientras permanecía expectante a que llegase de la hora de la competición a la americana, ajeno a las pruebas anteriores, que solo consistían en que los ciclistas diesen vueltas y más vueltas con tal de poder llegar siempre entre los tres primeros. En las pruebas a la americana no sucedía eso. No sucede todavía. En ellas se sitúan los dos lugares de partida en medio de los dos lados más grandes del rectángulo que, con dos semicírculos adosados a los más pequeños, componen la silueta de la alameda y en ese momento magnífico circuito de la prueba. Daban la salida y mi corazón se disponía al latir más desacompasado. Ganaba quien alcanzase a ir eliminando a los del otro equipo..., que eran los que procuraban alcanzar a estos. No era posible la monotonía, y yo contemplaba el paso de los esforzados rodadores a través del agua que flotaba.

Si el día era de lluvia y el asfalto se humedecía, todo se tornaba ingrátido y especular. Entonces ninguna imagen era real. Tan solo el girar enloquecido de las ruedas de las bicicletas, cortando el agua del pavimento, adquiría la dimensión de lo cierto. En esos momentos mi corazón galopaba mientras mi mente se decidía a que, pasado el tiempo, yo participase en esas pruebas. Pero me parecía imposible.

Acabadas las fiestas y desalojada la alameda de las atracciones que la habían ocupado durante ellas, las casetas de tiro al blanco, las tómbolas y las churrerías, los pequeños teatros en los que actores tristes representaban imposibles lances de humor, todo volvía a la normalidad y los niños retornábamos a los espacios que nos habían sido enajenados durante unas semanas. Entonces yo me acercaba por allí y procuraba recuperar la amistad de los que tenían bicicleta para que me permitiesen dar una vuelta en ellas. Después de las fiestas, igual que después del invierno o en los primeros días de vacaciones, siempre temía que se hubiesen olvidado de mí. Pero siempre estaba dispuesto a empezar. Y siempre empezaba.

Circulábamos por el centro del lado oeste del amplio bulevar que rodea la alameda, pues por allí apenas circulaban coches y todo podía ser un vértigo zigzagueante. Docenas de ciclistas que se sonreían y admiraban pavoneándose delante de las niñas, que montaban bicicletas sin barra y adornadas con redes de múltiples colores que protegían los radios de sus ruedas traseras de las faldas de pliegues entablados. Eso era el ir y venir del vértigo, cuerpos humanos circulando a velocidades que solo son posibles a bordo de las máquinas y van contra las leyes de la gravedad, al tiempo que contra el común criterio que induce a los humanos a desplazarse a velocidades y distancias que les resulten propias.

Cuando conseguía una bicicleta en préstamo, o cuando acudía a alquilarla en el taller de un portugués, que me la facilitaba a cambio de cinco pesetas cada hora, me faltaba tiempo para abandonar aquel extraño picadero de niños centauros y extrañas niñas amazonas e ir a dar la vuelta completa al circuito, mientras me imaginaba perseguidor y perseguido, recortándome contra la fachada de la Audiencia, envuelto en el agua neblinosa, huyendo acaso de mí mismo. Así un año y otro año.

Eran días de penuria. Todavía hoy puedo soñar que vivimos en la misma casa en la que vivíamos entonces y padecer la angustia que guardé en el corazón, sin saberlo, para poder recuperarla en el sueño, con tan solo verme en la galena desolada que en invierno siempre era más triste. Yo no tenía bicicleta. De vez en cuando, el tío Samuel, un hermano de mi padre que había emigrado a los Estados Unidos de América del Norte y vivía en Nueva York, de donde no había regresado nunca, nos enviaba ropas e incluso alimentos, también dinero, que llegaban unas veces por correo o, en el caso de la ropa, a bordo de enormes transatlánticos metida en grandes bolsas de lona que él entregaba a algún marinero para que nos las diese a nosotros cuando previamente alertados por carta nos acercásemos al puerto a buscarlas.

Los envíos de ropa eran ocasionales, pero los de paquetes con alimentos eran más frecuentes. La ropa era la que él y su familia habían usado y dado por consumida y los alimentos los que habían superado su fecha de caducidad o incluso los que iban a comprar para nosotros, sabiendo como sabían de nuestras penalidades de entonces. El tío Samuel también sabía de

mi afición al ciclismo y había prometido mandarme una bicicleta encomendándosela a un marinero de unos de los transatlánticos que hacían escala en la ciudad, pero mientras no pudo hacerlo solía incluir unos dólares a fin de que yo mismo fuese ahorrando para una. Cuando sucedía eso, mi padre acostumbraba a darme algún dinero para alquilar una bicicleta en el taller del portugués y a quedarse él con los dólares para satisfacer necesidades familiares más perentorias que mi obsesión ciclista. Entonces yo alquilaba la bicicleta y no acudía a pedalear entre los niños y las niñas más favorecidos, sino que me ponía a dar vueltas al circuito, exponiéndome a los peligros del resto del tráfico rodado, feliz de poder hacerlo y de saberme flotando entre el polvo acuoso que surgía del estanque ocupado de nenúfares. Así he ido creciendo.

Hace apenas cuatro meses el tío Samuel cumplió su promesa y envió al fin mi bicicleta, un hermoso modelo de carreras con su cuadro pintado de azul y su manillar niquelado con tal precisión que se diría de plata. La engrasé apenas recibirla, le coloqué el sillín a la altura de mis necesidades, le gradué los frenos y me fui al circuito de la alameda, en donde ya son otros los niños que circulan observándose y ceden sus bicicletas a otro que se la pida con humildad y una sonrisa pronta y generalmente dulce. No pude resistir la tentación y monté en ella dando unas vueltas por los alrededores del entorno en el que suelen hacerlo los niños. Después, sabiéndome desplazado por los años, lamentando que no estuviesen allí los que habían sido mis amigos, me puse a dar vueltas a la alameda exponiéndome al tráfico que ahora es más intenso y mucho menos fluido de lo que entonces era. ¡Ah, qué placer! La bicicleta que me regaló el tío Samuel se trata de una máquina prodigiosa, aquí no hay otra igual. Tiene tres platos, que mis amigos aún llaman catalinas, y siete piñones. Puse el plato grande y el piñón pequeño y circulé como una flecha por entre los coches que se dirigían al puerto y los que venían de los pueblos del interior, ajenos a que del otro lado de la alameda los niños aún pueden andar en bicicleta, y alguno, más osado y ya no tan niño, aventurarse por en medio de ellos con total inconsciencia o ambición. Lo sé porque yo ya no soy uno de ellos y tengo preocupaciones que antes, hace muy pocos años, todavía no tenía.

Di algunas vueltas al circuito, paseé después por la ciudad, regresé de nuevo a la alameda y aún tuve humor para rodearla unas cuantas veces.

Luego regresé a casa. Desde entonces he estado yendo, noche tras noche, semana tras semana, a dar vueltas y vueltas con tal de saberme preparado para el gran día de darle una sorpresa al vecindario convirtiéndome en el ganador de la prueba de persecución a la americana. He dado vueltas y vueltas, imaginándome perseguido y a punto de ser alcanzado, sin que nunca nadie lo lograra, unas veces, perseguidor implacable otras, depositando siempre mi confianza no solo en mi propio esfuerzo sino también en la portentosa máquina del tío Samuel, impar con cualquiera de las que pueda montar los que habrían de combatir conmigo, tan ligera es, tan perfecta y acabada. ¡Ah, cuánto quise a tío Samuel desde el momento en que tuve la bicicleta en mi poder! Le escribí agradeciéndosela, me contestó dándome ánimos y asegurándome la victoria en la carrera de las fiestas. Siempre ha sido generoso y desprendido. Gracias a él hemos ido adquiriendo hábitos que no nos correspondían, y si algún día yo llego a ser alguien en el ciclismo se lo deberé a él, que nunca dejó de hacernos envíos que pudiesen reconciliarnos con la vida. Cuando no eran sobres de café soluble en agua, fueron diversos sopicaldos, especies exóticas, brebajes insolentes, pastillas diluibles en este o aquel condumio las que él nos enviaba, no solo las ropas o jabones de olores exóticos y para mí desconocidos.

Hace un mes que murió el tío Samuel. Fue una noticia triste e inoportuna, pues nada ansiaba yo más que poder comunicarle la noticia de que había ganado la prueba prodigiosa, pero esa llamada ya no podrá ser nunca posible. Al saberlo, mi madre se deprimió y decidimos venirnos a la aldea. Yo casi lo agradecí, pues desde entonces entrené ascendiendo por las empinadas cuestas de las montañas, sobre caminos de tierra y morrillo apisonado, siempre con el piñón pequeño y el plato grande, siempre sintiéndome acosado o persiguiendo a alguien, soñando con el llano circuito de la alameda y el triunfo esperado desde siempre. Y así un día tras otro, lloviese o no, y preferiblemente con lluvia, pues entonces los lodazales le restaban velocidad a mi marcha y le exigían un esfuerzo suplementario a mis piernas, pues yo me empeñé siempre en mantener la marcha alcanzada sin cambiar los recorridos que me había propuesto utilizar. Y así siempre regresaba a casa exhausto para sentir un hambre atroz al cabo de unas pocas horas.

Hace unos días mi padre regresó de la ciudad, a la que se desplaza a diario en su vieja motocicleta para acudir a su trabajo, trayendo un paquete remitido por mi difunto tío, lo que no nos sorprendió sabiendo como sabemos los problemas que atosigan al servicio de corrieros. Pero no dejó de resultarnos sorprendente. Lo abrimos en medio de la expectación que cualquiera se puede imaginar, tratándose como se trataba del último envío del finado del tío Samuel, tan generoso siempre con nosotros, tan atento a nuestras necesidades y caprichos.

Dentro del paquete venía una cajita con una bolsa de plástico envuelta con toda pulcritud por un papel de colores tenues y nada llamativos, pero él nunca fue en vida muy cuidadoso de detalles como este. Tampoco venía acompañada de nota alguna, lo que solía ser conducta habitual. El aspecto de la bolsa era extraño, pero no en exceso, y el papel de colorines ayudaba a mitigar cualquier sospecha de que pudiera tratarse de otra cosa. Después de mucho mirarla y remirla y de que mi madre hubiese mojado su dedo índice en saliva, para poder impregnarlo con los polvos que venían en la bolsa, decidimos que aquel último se trataba de uno de sus múltiples envíos de pasta para sopa y mi madre se dispuso a prepararla hirviendo agua con un hueso de caña que le aportase sustancia, pues siempre argumentó que las sopas americanas, mucha química, mucha química, pero poco o ningún sabor, así que nada como un caldo limpio que la ilustrase nada más verterlo sobre ella. Así lo hizo.

La comida tuvo un carácter solemne y ritual, e incluso, al bendecir la mesa, mi padre tuvo un emocionado recuerdo para el que en vida había sido su cuñado y amigo de aventuras de juventud. Tanto nos emocionaron las palabras de mi padre que tomamos la sopa en silencio, sin hablar apenas, rompiéndolo tan solo para evocar la memoria del finado, entrañable en todos los aspectos, mientras yo sabía apoyada mi bicicleta en la pared de la casa, justo al lado de la puerta de entrada. Debo reconocer que la sopa tenía un gusto raro y que, pese a que todos estábamos de acuerdo, nos la tomamos en silencio, acaso en merecido homenaje al difunto. Después yo seguí entrenando. Se acercaban los días de las fiestas.

Entrené con dureza y eficacia durante los pocos días que faltaban, hasta ayer mismo, en que me acerqué a la alameda para recorrer el circuito a

primera hora de la mañana cuando decae la vigilancia y los ocupantes de las casetas y de los tióvivos no pudiesen entorpecer con su curiosidad mi incursión de combatiente preparándose a la lid. Recorrí el circuito un par de veces y en la segunda probé mis fuerzas a satisfacción plena, convenciéndome de que la victoria estaba a mi alcance y de que hoy habría de ser el primer día de gloria de mi vida. Ahora que por fin piso el circuito compitiendo con alguien más que conmigo mismo, corro, simplemente corro, sin preciso afán de competir, anonadado todavía por la noticia recibida esta mañana.

El cartero trajo a primera hora de la mañana una carta de Nueva York que venía firmada por mi tía. En ella nos rogaba que cuando recibiésemos las cenizas de su difunto esposo, las fuésemos a aventar sobre el mar del puerto por el que él abandonó el país para no regresar ya nunca más a él, como no fuese ocupando una bolsita de plástico a bordo de un jet de Iberia, qué tristeza. Por eso corro ahora, de forma que ni alcanzo, ni soy alcanzado, sabiéndome al borde del pasmo y sintiendo un extraño sabor en el cielo de la boca, el único al que tengo la certeza de que haya ascendido mi pobre y difunto tío. Corro de forma mecánica, ajeno a todo, sintiendo que llevo a mi tío a dar una vuelta en bicicleta para que sepa de las excelencias deportivas de su sobrino o de la hermosura del mar que se adivina al final de la alameda y que él tanto amó en vida.

Mientras pedaleo, sin furia y con calma, pero también con la potencia adquirida a lo largo de tanto y tanto tiempo de esfuerzos controlados, siento irreprimibles tentaciones de desviarme del circuito e irme en busca del mar del puerto, para lanzarme sobre el agua sin abandonar la bicicleta, en la sospecha de que a mi tío le gustaría el chapuzón, tanto que si lo llevo a cabo sonreirá feliz desde el otro lado de la volátil ceniza en la que el fuego ha convertido su cuerpo, el mismo que él siempre supo que habría de ser su cadáver, aunque nunca hubiese imaginado que habría de serlo durante tan pocas horas, durante un tan corto espacio de tiempo y breve desasosiego.

Pedaleo y corro sin decidirme a ganar o a perder esta carrera. Ni supero a nadie, ni dejo que nadie me rebase a mí. Cuando veo que puedo alcanzar a alguien, reduzco el ritmo de mi esfuerzo, pero si veo que alguien me puede aventajar, lo incremento y me despego fácilmente de aquel que me acosa

amenazando eliminarme. Y mientras tanto voy oyendo cómo grita la multitud, no sé si exasperada por la duración de esta carrera que se empieza a adivinar con la apariencia de ser interminable, o si excitada por el ritmo que le impongo con mi pedalada cierta y poderosa. Me siento capaz de rodar así durante horas, hasta que se despueblen los márgenes de la alameda, las aceras que la circundan y el atardecer haya anunciado sin dilación la noche. Solo entonces a lo mejor paro y me dirijo al puerto. Únicamente una duda me lo impide, y es ella la sola razón que me mantiene rodando al bordo del pasmo y el misterio, pues temo que después de este esfuerzo, que algunos han de estar considerando sobrehumano, decidan someterme al control antidopaje y este acabe dando positivo.

Casa da Pedra Aguda, 13 de septiembre de 1999

La prueba de la tortuga

Jesús Ferrero

En el estadio de Olimpia la expectación era máxima. Aquiles el de los pies ligeros iba a competir con una tortuga.

Es sabido que, por esa época, Aquiles recorría casi todas las ciudades griegas haciendo exhibiciones de velocidad.

Sus éxitos estaban llegando tan lejos que, para acentuar la emoción de su público, Aquiles había llegado a retar a cualquier animal racional o irracional (le daba igual al magnífico) a una prueba de velocidad.

Poseído por la «hibris megalómana» (como refirió un pedantísimo escritor ateniense, si bien nosotros preferimos decir «euforia del triunfador», pues no hay que olvidar que en esa época Aquiles era un ídolo de masas), el venturoso corredor se jactaba de poder batir a un gamo, a un caballo, a un león, a un elefante. Tan solo no se atrevía a retar a las aves, circunstancia que le deparó, en algunas ciudades griegas, el irónico atributo de «Aquiles el Prudente».

El fervor que Aquiles provocaba en Grecia no incluía a la ciudad de Olimpia (la pura, la despejada, la hiperbórea).

Los problemas habían comenzado con la Primera Olimpiada, cuando el jurado de Olimpia dio por vendedor en la prueba de los cien saltos a Arquínodes, oriundo de Olimpia, cuando resultaba evidente que Patroclo había llegado un instante antes, un levísimo pero perceptible instante antes. Aquiles, que se hallaba junto a la meta, lo había visto, y desde entonces manifestaba un ostentoso desprecio a la ciudad de las Olimpiadas, acusándola de corrupta y mezquina.

En todas las ciudades en las que Aquiles exhibía su divina presencia y sus magníficas piernas, en todas hablaba mal de Olimpia, a la que calificaba de «gran ramera». A veces su odio contra la ciudad se hacía tan manifiesto

que sus ojos parecían inyectados en sangre y su voz adquiría las resonancias de un profeta predicando el fin del tiempo.

De ese modo Aquiles había conseguido enemistar contra Olimpia a buena parte de las polis griegas. El milagro se debía a su don de gentes, a su velocidad, y a esa extraña alegría de vivir y competir que Aquiles sabía demostrar casi siempre. Digamos que su carisma era extraordinario. Cuando Aquiles llegaba a un puerto, los muelles se llenaban de gente que acudía a recibirlo. Era el hombre más querido de la confederación helénica, y ese hombre había hecho todo lo que podía para desacreditar el vínculo más sólido entre los griegos, las Olimpiadas, y para mancillar el nombre de la ciudad que las organizaba.

Las autoridades de Olimpia se hallaban tan preocupadas por el mal que el fuego verbal de Aquiles les estaba infligiendo que acudieron a Delfos para consultar a la pitonisa.

La pitonisa, que procedía de Elea, les dijo:

—Proponedle a Aquiles competir con una tortuga en la Tercera Olimpiada.

—¿Con una tortuga? —clamaron a la vez los representantes de Olimpia.

—Sí, con un pobre galápago.

—¿Y qué sentido tiene tal certamen? —preguntó uno de los visitantes—. ¿La humillación?

—Sí —respondió la pitonisa—, pero no en el sentido que creéis. Por descontado que Aquiles se sentirá humillado en cuanto le propongáis competir con un galápago. Imagino su sonrisa sardónica. Pensará que la mezquindad de Olimpia no tiene límites... Dirá: ¿Qué se proponen esos espíritus ínfimos con ese mal chiste? Pensará que es una broma; pero acabará aceptando, y todo el estadio se reirá de él...

—¿Estáis segura?

—Lo estoy —dijo la pitonisa, antes de desaparecer tras las humaredas del oráculo.

Todos saben lo que pensó Aquiles cuando llegó a sus oídos tan curiosa proposición. Se inquietó sobremanera, y en eso demostró que estaba lejos de ser un espíritu simple. Inmediatamente detectó que le estaban tendiendo una trampa mortal. Si decía que no al certamen, por toda Grecia se propagaría la leyenda de que «la furia de los pies ligeros» no se atrevía a medirse con una tortuga. Esa clase de rumores que incitaban a la risa, una risa que mataba la leyenda, una risa que quemaba como el deshonor, no eran buenos para un héroe popular. Negarse a competir con el galápago era lo mismo que darle la razón a los infames que habían defendido y legitimado el falso triunfo de Arquínodes: un acto para el que no cabía el perdón. Olimpia lo sabía, y justamente porque lo sabía, expelía la culpa de aquella anomalía burlándose de él y proponiéndole competir con un galápago. Era como llamarlo Nada, como llamarlo Nadie. Pero el asunto no era menos lamentable si aceptaba competir con la tortuga. ¿Quién podía enorgullecerse de vencer a una tortuga? Si aceptaba participar, Aquiles corría el peligro de ser considerado por toda Grecia un deficiente mental. Y si no aceptaba, también. Qué miserables, pensó. De sobra se ve que solo los desesperados recurren a las paradojas... Creo que voy a aceptar, se dijo a sí mismo. Es preciso que comprendan que Aquiles es capaz, entre otras muchas cosas, de cambiar las reglas del juego. ¡Y no saben de qué manera!

Y fue así cómo el tercer día de la Tercera Olimpiada Aquiles se dispuso a competir con un hermoso galápago en el estadio lleno de gente.

Los fanáticos del hombre de los pies ligeros, que eran muchos, se sentían tan heridos como desconcertados. No podían comprender por qué Aquiles se prestaba a protagonizar una farsa que por su misma evidencia estaba muy lejos de parecer graciosa. Todos hubiesen preferido un poco más de sutileza en él y en los organizadores.

La crispación de los partidarios de Aquiles aumentó cuando empezaron a escuchar las carcajadas de los enemigos del corredor. Eran carcajadas muy contagiosas, que empezaban a propagarse por todo el estadio. A todos les hacía mucha gracia ver al hombre de los pies ligeros junto a una tortuga, ambos sobre la raya misma de la meta.

De pronto Aquiles alzó las manos y se hizo el silencio. El corredor se acercó a la tribuna del consejo y le dijo al gran arconte:

— Antes de comenzar la prueba, ¿puedo proponer algo al consejo?

— Adelante — dijo el arconte.

— Es legendaria la lentitud de los galápagos, como es legendaria vuestra liberalidad, y como es legendario mi sentido de la dignidad... Por eso quisiera darle una ventaja de cien pasos a mi rival...

La carcajada fue general, el arconte dijo:

— Vuestra proposición es aceptada. Adelantad cien pasos por delante de la meta a la tortuga y que se inicie la carrera.

El arconte dio la señal de salida y Aquiles empezó a correr. Sus pies se movían a gran velocidad pero no avanzaba, como si estuviese recorriendo un espacio infinitamente divisible, o como si estuviese recorriendo un estadio infinito en su misma limitación.

De las risas, los espectadores pasaron a un silencio clamoroso por su misma tensión. El hombre de los pies ligeros parecía incapaz de alcanzar a la tortuga. Todos advertían la prodigiosa velocidad de sus piernas al moverse, pero cuanto más deprisa se movían menos avanzaban, de forma que a veces parecía que el héroe corriese hacia atrás. Hasta que finalmente se detuvo y, jadeando como una bestia, gritó que se retiraba y que era incapaz de vencer a la tortuga. La aclamación llenó el estadio. Para la gente, Aquiles había vencido una vez más y se había burlado del consejo de Olimpia organizando una farsa por encima de la que ellos habían establecido, negándose a alcanzar al galápago y demostrando que bastaba con un poco de sentido del humor para modificar el argumento que los otros le habían impuesto, además del planteamiento, el nudo y el desenlace.

Lo que os acabo de narrar me lo contó en una ocasión mi amigo Durgen, junto al fuego de la chimenea de su casa en el alpe de Huez. Y Durgen acabó su fábula diciendo:

— La prueba por la que pasó Aquiles, y que resolvió perdiéndola, es la verdadera prueba de todo gran ciclista. Antes de ganar un tour y tener tus gregarios de lujo, pierdes secretamente más de una vuelta que podías haber ganado, y te comportas como Aquiles con la tortuga. Ya llegará la hora de

que otros empiecen a pedalear hacia atrás para que tú puedas hacerlo hacia delante y ya no parar.

El puente de Cantarriján

Luis G. Martín

A Francisco Bueno, que vivió este espanto de Cantarriján.

Cuando era muy pequeño, oía a mi padre contar en la taberna de Marcelino historias de la carrera de bicicletas que había en Francia. Mi padre había viajado a Grenoble en los veranos de la hambruna, y allí, mientras trabajaba en la cosecha, había visto pasar las filas de ciclistas corriendo entre los campos de fresas. Marcelino y sus parroquianos le pedían que hablara de los cabarets de París o de las mujeres francesas, pero él prefería embobarse con aquellos recuerdos de ciclistas. Luego, al salir de la taberna, se subía al sillín descuajeringado de su bicicleta con el porte de un campeón, inclinando el cuerpo hacia delante hasta casi apoyar la frente en la cruz del manillar, y se lanzaba por la cuesta del mar pedaleando fieramente hasta casa.

Yo comencé a montar con el sueño de convertirme en uno de esos héroes franceses que mi padre admiraba. Le robaba la bicicleta por la noche, cuando se dormía, y me iba con ella a la Sierra de Lújar hasta que empezaba a amanecer. Fue en aquellos días cuando aprendí las pericias que conozco, porque guiar a oscuras en caminos de guijarros, entre peñas negras y bosques, curte las habilidades. Pasaba horas haciendo cabriolas, dejándome caer por las cuestas de la montaña, serpenteando entre la espesura de árboles o recorriendo cuevas y desfiladeros. Volvía justo antes de que se hiciera de día y me lavaba en el agua del corral el óxido que la bicicleta me había dejado en las manos y en la ropa. Me acostaba descostillado, molido, y a veces no tenía tiempo ni de dormirme, pues enseguida llegaba mi padre para avisarme del alba y llevarme con él a trabajar al campo.

En esa época, yo tenía siempre un aire sombrío, con unas grandes ojeras violáceas y unas pupilas amarillentas como de enfermo, pero aquellas

correrías nocturnales que me estropeaban la salud me iban convirtiendo poco a poco en el mejor explorador de la sierra. Conocía todas las rutas, los atajos y las guaridas. Sabía el nombre de los cerrillos y de los arenales más escondidos. Era capaz de reconocer cañadas y de trepar a farallones desde los que se divisaban las playas de Almuñécar o la Punta de la Mona. A veces abandonaba la bicicleta en algún talud y llegaba escalando hasta los ventisqueros. Guardaba tesoros en los troncos de árboles caídos o en cuevas perdidas que después podía encontrar sin dificultad, guiándome únicamente por las líneas de la tierra. Nadia podía competir conmigo rastreando.

Me hice amigo de Esteban porque tenía una bicicleta de la marca Arelli con la que se podía volar por las carreteras. Se la había regalado su padre, que era cortijero del patrón y ganaba mucho dinero. Esteban iba siempre vestido con ropas nuevas y oliendo a aguas perfumadas. Le gustaba jugar con nosotros, aunque su padre le castigaba si le veía hacerlo. A mí me prestaba su bicicleta Arelli a cambio de algunos favores. Me llevaba de guía a sus expediciones y a veces me mandaba a hacerle recados. Los niños del pueblo le decían Serpiente, porque era muy delgado y se enroscaba en los árboles cuando subía a robar frutas con nosotros, pero yo le llamaba Esteban para que me tuviera confianza.

En verano íbamos muchos días a bañarnos al río de la Miel. Nos tirábamos dando saltos desde el puente de Cantarriján y nadábamos en una poza profunda que había allí. Aquilino el Bizco era el mayor de la cuadrilla y se bañaba desnudo para probar bien su superioridad. Buceaba en el fondo de la poza durante minutos y, al fin, cuando le creíamos muerto, ahogado, salía a la superficie con las manos llenas de guijarros brillantes. Todos le obedecíamos; incluso Esteban, que entre nosotros tenía privilegios de señorito. La Arelli, sin embargo, solo me la prestaba a mí, pues a pesar de los excesos y de las temeridades que me veía hacer subido en ella, sabía que en mis manos estaba segura. Era capaz de rodar por la ladera de una colina llena de manzanos subido de pie en la bicicleta y llegar abajo con una bolsa de frutas recién cogidas. Hacía zascandiles por la barra, sentándome de espaldas en el manillar y atravesando el cuadro hacia un lado y otro como si fuera un contorsionista, encogido en forma de bola mientras las ruedas de la bicicleta seguían rectas por el camino. Luego se la devolvía a Esteban impecable, sin una sola abolladura ni un araño. A veces, más limpia que cuando él me la

había entregado, pues si pasaba cerca de un arroyo o de una fuente, me paraba a abrillantarle los tubos y los guardabarros y a quitar el polvo de las llantas.

Mis destrezas de explorador y mi maestría de ciclista me convirtieron pronto en el recadero de la región. Me mandaban de pueblo a pueblo en busca de mercancías, me enviaban a rescatar rebaños perdidos o me empleaban para dar avisos al médico cuando había algún enfermo. A veces tenía que llevar al cura cargado en el sillín de atrás hasta alguna casa en la que alguien se estaba muriendo. El cura llegaba siempre blanco del susto por la velocidad a la que atravesábamos los bosques y los campos, y daba la extremaunción medio desmayado. Por la mayoría de estos encargos no me pagaban ni medio céntimo, pues sabían que hacerlos me divertía. Obtenía, sin embargo, otros beneficios: la señora Petra me regalaba ropas casi nuevas de su hijo Teodoro, que era mayor que yo; el tío Florencio me dejaba recoger frutas en sus huertos; y don Eusebio me permitía visitar sin vigilancia a su hija Isabel, que era la chica a la que Aquilino el Bizco rondaba para que fuera su novia.

Cuando cumplí dieciséis años, mi padre me regaló su bicicleta, pero como éramos tan pobres que no podía comprarse otra para ir a labrar, la seguía usando él durante el día igual que antes, y después, cuando se acostaba, yo tenía que robarla también igual que antes, sigilosamente, pues mi madre jamás me habría dado permiso para salir de noche a hacer aquellas imprudencias. Yo soñaba todavía con llegar a ser el mejor campeón de la carrera de Francia. Parado en la sierra en mitad de un ventisquero, a oscuras, imaginaba que mi padre hablaba de mí orgullosamente en la taberna de Marcelino y que Isabel se casaba conmigo. Entre aquellas tinieblas, apartado del mundo, era feliz.

Aquel año hubo muchos sucesos importantes. En la primavera se convocó una carrera de bicicletas en España que trastornó a mi padre, pues comenzó a entrenar cada día como si a su edad pudiera aún correr junto a los campeones. Las filas de ciclistas vestidos de verde y azul no pasaron por la comarca, y en el pueblo tuvimos que conformarnos con las crónicas del diario Informaciones y con los relatos que daban algunos noticiarios de la radio. Los parroquianos de la taberna de Marcelino se encolerizaban con el triunfo de

los corredores extranjeros, y mi padre, que rabiaba más que ninguno, intensificaba sus entrenamientos para tomar la revancha en la siguiente carrera. En uno de esos entrenamientos se cayó por la pendiente de una loma y se rompió los dos brazos, de modo que la cosecha hubo que recogerla con jornaleros y nos hicimos más pobres.

Pocos días después de que terminara la carrera en Madrid, cuando ya el calor del verano abrasaba, Esteban me dijo que me iba a regalar la Arelli. Estábamos en la orilla del río, tumbados al sol durmiendo, y yo me desperecé de repente para mirarle a los ojos por ver si bromeaba.

—¿No quieres ser un campeón? Pues con tu bicicleta no creo que puedas conseguirlo, y mucho menos después de la costalada de tu padre.

Se calló y lio uno de los cigarrillos que había empezado a fumar y a los que a veces me convidaba. Luego lo encendió con el chisquero y siguió hablando. Por primera vez le vi un rostro de hombre, tajado por señales, madurado, casi juicioso.

—Pero la Arelli te la tendrás que ganar.

Esteban llegó a ser muchos años después un industrial rico gracias a los negocios ingeniosos que se le ocurrían, como aquel de la Arelli, en el que consiguió su primer capital. Una semana más tarde del día en el que me había hecho el anuncio, dio el aviso de que celebraría en el puente de Cantarriján una competición entre los muchachos del pueblo que quisieran inscribirse. La cuota era de medio real, y cualquiera podía hacer apuestas. La prueba que había que superar no sería dicha hasta el momento mismo del concurso.

La noticia corrió como el fuego entre la paja, y el día señalado había en el puente de Cantarriján una multitud llegada de todas las esquinas de la región. Se inscribieron en la prueba cincuenta y dos participantes, e hicieron apuestas por unos o por otros más de un centenar de personas: los padres por sus hijos, los amigos por sus amigos, los forasteros por sus paisanos y las novias por sus galanes. En total, Esteban reunió doscientas quince pesetas, el doble de lo que valía la Arelli. Hizo las cuentas, dio a cada uno sus boletos, y explicó después en qué consistía el desafío.

—Los participantes tendrán que cruzar el puente desde un extremo al otro con los ojos vendados. El que lo consiga sin caerse se llevará el premio.

La multitud se quedó de repente en silencio mirando detenidamente hacia el puente, examinándolo como si lo vieran por primera vez. Tenía más o menos cien metros de recorrido. No era completamente recto, pues hacia la mitad comenzaba a girar ligeramente y acababa en una suave curva, de modo que el principio del pretil izquierdo de un extremo estaba alineado con el final del pretil derecho del otro. Los pretilles eran bajos y estaban hechos de piedras de sillería: desde sus alturas nos tirábamos a la poza profunda del río para nadar.

Esteban buscó mi rostro entre los de la gente y me sonrió. Yo no le devolví el gesto, pues no tenía ninguna seguridad de ganar aquella prueba entre tantos competidores, y el medio real que me había costado participar era toda mi fortuna. En aquel momento, mientras el primer muchacho iba hacia la boca del puente y se agachaba un poco para que le anudaran un pañuelo en la cabeza, volví a soñar con ser un campeón.

Aquilino el Bizco, que había venido acompañado de Isabel, fue el séptimo participante. Los seis anteriores se habían caído antes de llegar o habían chocado contra el pretil. Uno de ellos, un mozo de Maro, había estado incluso a punto de caerse al río de cabeza. Aquilino se subió a la bicicleta con aire de soberbia, mordiendo un cáñamo y diciendo bravuconadas. Se quitó la camisa e hizo que le vendaran los ojos también con ella, atándola por encima del otro pañuelo, para mayor demostración de su ceguera. Agarró el manillar con firmeza, apoyó los pies descalzos en los pedales y comenzó a rodar por la superficie del puente sin titubear. No iba muy deprisa, pero avanzaba con seguridad. La rueda delantera no trompicaba. A medio camino, torció un poco el rumbo siguiendo la curva y enfiló la salida. Acabó el recorrido por el centro mismo, lejos de los dos pretilles. La multitud recibió la llegada con una aclamación de las que solo merecen los campeones. Yo espí a Isabel, que le estaba mirando lánguidamente.

Nadie volvió a cruzar el puente hasta que fue mi turno, casi al final de la competición. La bicicleta estaba llena de polvo y tenía algunas raspaduras de las caídas, pero ningún desperfecto era demasiado grave. Cuando mi

nombre fue voceado, me acerqué temblando al puesto de salida y me senté ceremoniosamente en el sillín.

— La Arelli ya es tuya, campeón — me dijo Esteban mientras me ataba el pañolón alrededor de la cabeza.

A pesar del susto y de los escalofríos que tenía, corrí a la misma velocidad a la que habría corrido con los ojos abiertos, y crucé el puente en un suspiro. La costumbre de recorrer la montaña de noche y de pedalear a oscuras me permitía manejar la bicicleta en la más absoluta tiniebla con la misma pericia que a plena luz. Cuando llegué al final del puente y escuché el griterío de vítores, las ovaciones, me quedé parado sobre el sillín y sin quitarme la venda giré la cabeza para mirar hacia donde estaba Isabel. Estuve así unos instantes, mirándola a ciegas. Luego sentí los brazos de quienes me felicitaban y me alzaban en volandas.

Esteban decidió que El Bizco y yo atravesáramos de nuevo el puente con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda para desempatar. Los apostantes estuvieron de acuerdo. Se tiró entonces una moneda al aire para sortear turno y salió la cara que había pedido Aquilino. Con la misma altivez que antes, se quitó la camisa y se dirigió hacia la Arelli. Cerró los ojos y cruzó las muñecas en la espalda. Cuando le hubieron anudado las dos vendas, se alzó sobre la bicicleta con equilibristas y comenzó a avanzar. La explanada del puente estaba en silencio, como si no hubiera nadie. Los más pequeños se habían subido a rocas o a árboles para ver bien. Algunas mujeres, angustiadas, se tapaban también los ojos.

El Bizco no llegó ni siquiera a la mitad del puente. Cuando movió el cuerpo para cambiar el rumbo de la bicicleta en la curva, la rueda delantera se torció demasiado, y al intentar rectificar enderezándola, perdió la estabilidad y se fue al suelo con acrobacias. Las carnes del hombro sobre el que cayó se le abrieron, y al ver la sangre, algunos comenzaron a espantarse. También Isabel, que miraba fijamente hacia el fondo del río para no ver a Aquilino herido. Pasó un rato antes de que todo se calmara y me llevaran a mí a la línea de salida. Ya no temblaba, no sentía nerviosismo. Sabía que cruzaría el puente sin esfuerzo, como si la bicicleta caminara sola llevándome. Cuando estuve listo, pisé los pedales con fuerza y oí el chirrido de los rodamientos. Llegué al otro extremo antes de que el suspiro de alguna mujer

asustada se acabara de escuchar, pero justo cuando calculé que la rueda delantera estaría tocando la meta, me detuve. Inmovilicé la bicicleta y me puse en pie sobre ella para distinguir mejor los resuellos de la gente. Luego di la última pedalada, y la Arelli, que ya era mía, entró suavemente en el camino de gravilla.

Aquel fue quizás el día más feliz de mi vida. Me di cuenta de que algunos méritos tenían su recompensa y de que la vida de los hombres podía llegar a ser provechosa. No conseguí con mi triunfo, sin embargo, el amor de Isabel, que comenzó a visitar a Aquilino para curarle las heridas de la caída y poco después se prometió con él. Yo la olvidé enseguida gracias a una chica extremeña que acababa de llegar al pueblo. Aunque tardé mucho en hablar con ella, la rondaba en los bailes y le daba señas de mis intenciones. Mi madre me había regalado ya unos pantalones largos de los que se vestían los mozos y un corbatín, y en la misa de los domingos iba con los de la cuadrilla a merodear. Pero no tenía mucho tiempo para gastarlo en mujeres, porque empecé a entrenar con el propósito de presentarme a la carrera del año siguiente. Hacía cada jornada más de treinta kilómetros en bicicleta, y los días de fiesta, cuando no tenía que ir al campo a labrar, pedaleaba por la carretera hasta Calahonda o hasta Málaga.

Los años de la juventud transcurren muy despacio, pero no es verdad que sean tan fecundos como creemos. Los míos no lo fueron, aunque en aquel tiempo lo parecían. Ni siquiera fui capaz en ese invierno de prepararme suficientemente para correr la carrera de España. Mi padre murió en diciembre, poco antes de las Navidades, y mi madre, que no había conocido otra compañía nunca, se fue apagando poco a poco como un brasero abandonado. Hablé por fin con la chica extremeña y la hice mi novia. Salíamos juntos a pasear todos los días, al anochecer, y los domingos la llevaba al baile de algún pueblo de los alrededores y le compraba altramuces con el único dinero que tenía. Seguía saliendo con la bicicleta por las noches, cuando todos se habían acostado, y me iba hasta los lugares más lejanos para estar solo.

La nueva carrera, que se celebró otra vez en el mes de abril, la ganó también un extranjero. Los parroquianos de la taberna de Marcelino me animaban a seguir entrenando para competir al año siguiente y demostrar la

fiereza de los españoles, pero la guerra estalló de repente y tuve que dejar de salir cada día a la carretera. Las tropas de los fascistas conquistaron enseguida Jaén, Córdoba, Sevilla, Cádiz y Granada, pero no lograron entrar en Málaga. En el pueblo solo se escuchaban intrigas y parlerías. Nadie podía contar lo que estaba ocurriendo de verdad. Don Eulogio, el veterinario, traía de sus viajes por la región algunos chismes confusos y los repetía en la taberna a la hora de la cena: que los tanques de Queipo de Llano avanzaban hacia el sur, que los ejércitos de la República habían sofocado la algarada, que algunas unidades de carabineros contraatacaban cerca de Motril o que Azaña había huido a Francia.

Yo no sabía nada de política, pero un hermano de mi madre era sargento de carabineros y eso nos convertía a todos en republicanos. En el pueblo, los bandos estaban embarullados. Esteban, que era señorito cortijero, apoyaba a la República, y Aquilino el Bizco, pobre de miseria, hacía arengas a favor de los fascistas. A principios de septiembre mataron a un campesino comunista, pero no se supo con certeza si era una venganza política o un crimen de adulterios.

Los aires de guerra multiplicaron las bodas en todas las aldeas de la comarca, pues el cura andaba de lado a lado casando a los mozos que iban a ser llamados a filas. Yo hablé con el padre de mi novia extremeña y le dije que quería a su hija con todo mi corazón, pero que no merecía quedarse viuda siendo tan niña. Él aceptó mis explicaciones y me dio su consentimiento para aplazar el matrimonio. Lo que no quise aplazar por más tiempo fue el desfloramiento de la muchacha, pues mi edad era ya imperiosa y la pobreza me impedía gastar en putas lo necesario. Hubo algunos meses de aquella época en que fui feliz como solo pueden serlo los menesterosos: tenía una hembra y un campo que labrar; me gustaba oler la madera mojada y los guisos de pollo que hacía mi madre; bebía a veces un vaso de vino en la taberna fanfarroneando como los machos, y me iba lejos con la bicicleta, soñando igual que siempre con ganar algún día la carrera de España.

En febrero del año siguiente bombardearon Málaga y tuve que huir de prisa. Mi novia extremeña no me dejó marchar sin haber celebrado la boda que nos comprometía, pues según dijo prefería quedarse viuda que deshonorada. Nos casamos de noche en un pajar. Luego, después de besarnos

delante del cura, yo recogí mis aperos, me monté en la Arelli y me fui a una cueva de la Sierra de Lújar que no conocía nadie. Conmigo vinieron los mozos más valientes del pueblo: Gregorio el de Tomasa, Bernardo Albarrán, Rufino el Aguilucho y Esteban, que vendió a escondidas algunas de las riquezas de su padre para comprar las provisiones que nos llevamos.

Pasamos encerrados en la cueva varias semanas. Yo bajaba algunos días al pueblo, de noche, para traer noticias y pan fresco. En uno de esos viajes me encontré con una columna de milicianos que había acampado en las faldas de la sierra. Me ofrecieron uniformes para todos si nos alistábamos. Les dije que no, pero al volver a la cueva se lo propuse a los muchachos. Gregorio, Bernardo y El Aguilucho no querían, pero Esteban acabó convenciéndoles. Les dijo que no teníamos otra alternativa para salir de allí; que la guerra duraría mucho; que solo se esconden los cobardes. Esa misma noche, antes de que terminara de amanecer, bajamos al campamento y nos vestimos de milicianos. Yo tenía miedo de la guerra y sentía pena por dejar aquellas tierras, pero lo que verdaderamente me entristeció fue abandonar allí, entre unas rocas, la bicicleta que había ganado con mis méritos.

A Bernardo Albarrán le mataron enseguida, en el primer enfrentamiento de tropas que tuvimos. Gregorio y Esteban fueron destinados a otro batallón que subía hacia el norte, y no volví a saber nada de ellos hasta muchos años después, cuando la guerra ya había terminado. El Aguilucho continuó conmigo y sobrevivió a las dos incursiones que hicimos antes de llegar a la costa de Almería, donde teníamos que asaltar un fuerte para liberar a milicianos prisioneros. En ese asalto me convertí en un héroe, pues logré entrar dentro sin ser advertido, con artimañas, y abrir las puertas para que el batallón atacara. Como premio, me ascendieron a sargento y me llevaron a la comandancia para encomendarme una misión de alta responsabilidad que solo alguien con mis virtudes y mis conocimientos de la tierra podía desempeñar: volar el puente de Cantarriján.

—No puedo hacerlo, señor —le dije al comandante con firmeza—. No puedo volar ese puente. Encárgueme cualquier otra misión y la cumpliré. Pídame que mate al carnicerito de Arias Navarro o a Franco, si usted quiere. Soy un soldado valiente, señor, pero no puedo volar el puente de Cantarriján.

Yo tenía aún el sentimentalismo de los niños, pero la guerra no consiente esas debilidades. El comandante me explicó que yo era el único que conocía el terreno tan bien como para guiar a ochenta hombres sin ponerlos en peligro y que la audacia que había demostrado en las batallas y en el asalto al fuerte me hacían digno del empeño. Me dio la orden de que preparara mi impedimenta para partir a la mañana siguiente.

El puente de Cantarriján, en el que había ganado yo mi primera bicicleta de carreras cruzándolo a ciegas, no lo cruzaba ya nadie, porque al hacerlo se pasaba de un bando a otro. Ese puente era ahora un filo entre los dos ejércitos, un paso muerto que solo atravesaban centinelas y ojeadores. La comandancia republicana quería destruirlo para poder desembarcar en la zona de Granada sin temer un rápido contraataque de los fascistas. Acababa de terminar la batalla del Ebro y no quedaban ya muchas oportunidades de reconquistar España.

Embarqué con ochenta guerrilleros en La Juana, cerca de Adra. La lancha tardó tres horas en llegar a la playa de Almuñécar. Era de noche y llovía aguanieve. Estuvimos un rato agazapados, observando los alrededores, pero no había señales de vida. Cuando nos pusimos en marcha, una gran nube cubrió aún más el arco de la luna y el aire se volvió completamente negro. Avanzamos despacio siguiendo el cauce del río de la Miel y llegamos a Cantarriján enseguida. Vi el puente desde un repecho y sentí un repeluzno de frío. Di inmediatamente las órdenes para no flaquear. A lo lejos, al otro lado del puente, se divisaba entre nieblas la garita de la Guardia Civil. Oscura, como deshabitada.

Los soldados especialistas prepararon los cartuchos de dinamita mientras los demás esperábamos repartidos en la orilla del río. Luego diez hombres y yo nos arrastramos hasta el pie del puente. Había que hacerlo con mucha precaución, sigilosamente, pues tal vez había algún guardián vigilando emboscado al otro lado. Me acordé de Esteban, el Serpiente, que era el mejor culebreador del pueblo y que habría podido llegar hasta el puente mismo y cruzarlo sin que se dieran cuenta los propios compañeros que reptaban junto a él.

Pusimos las cargas de dinamita en los bajos del puente, en sus pilares y en su misma panza. Luego regresamos hasta donde estaban aguardando los

demás hombres. Yo esperé unos segundos para contemplar por última vez aquel paisaje. Después cerré los ojos y di la orden de que lo volaran. Las piedras saltaron por los aires con estampida. Cuando la fosca de polvo y de arenilla desapareció, vi el puente partido, sin vientre, y me acordé de repente del rostro de Isabel que había mirado con los ojos vendados aquel día de la competición, ese rostro sin expresión que yo únicamente había imaginado. Se oyeron ladridos de perro, pero ninguna voz de hombre, ningún grito de espanto. Mientras regresábamos a la playa, me di cuenta de que había sido allí mismo donde llegué a creer, al ganar la Arelli, que algunos méritos tienen su recompensa y que la vida de los hombres puede llegar a ser provechosa.

La guerra terminó y tuve que marcharme a África, a Orán, donde me esperaba ya mi esposa. Allí gané una carrera de bicicletas en la que solo participaban árabes y comunistas españoles. El sueño de vencer a los campeones belgas y franceses que triunfaban en España nunca lo cumplí. Muchos años después, cuando regresé del exilio a mi casa de Nerja, subí hasta la cueva en la que había abandonado la Arelli. Estaba todavía allí, en el mismo sitio, pero ya era solo un amasijo de óxido y verdín. Como yo mismo.

La gloria de los nuestros

Alejandro Gándara

Desde que Ciolín, el gran ciclista del pueblo, se había convertido en una estrella por participar en el Campeonato de España para aficionados, Jano no había dejado de dar la lata a su padre. Su padre conocía a la familia de Ciolín y Jano quería conocer la vida privada, seguramente plagada de secretas novedades, de quienes habían dado al mundo un ser tan extraordinario. Era un hecho que Ciolín no era como el resto de la gente de La Fronda. Primero, porque tenía una bicicleta de competición, algo que costaba mucho dinero y que había que comprar lejos, muy lejos de aquel valle rodeado de altos picos casi siempre nevados y que, según decía el cura, habían sido puestos allí para facilitar la vida interior. Segundo, porque había que tener mucha imaginación para querer ser ciclista cuando todo el mundo quería ser lo que ya era, a saber, dueño de cuatro vacas pastueñas a las que subir y bajar de los invernales. Si es que alguna vez se habían preguntado qué era eso de ser algo. Tercero, porque resultó que Ciolín, aparte de imaginación y dinero, tenía cualidades deportivas y que venían de la capital a hablar con él. En el Campeonato de España quedó entre los cincuenta primeros, aunque Jano no recordaba exactamente la posición. Pero pertenecer al grupo de los cincuenta mejores ciclistas del país, en cualquier país suficientemente habitado, era una hazaña al alcance de los elegidos, no digamos si además había nacido en La Fronda. Y cuarto, que también podría entrar en lo tercero, la Gaceta sacaba fotos de Ciolín y debajo ponía siempre: «El ciclista frondeño pedaleando». ¿Había otros motivos para que se encogiera el corazón de un pueblo?

—Pero ¿qué es lo que quieres ver? —le preguntó el padre a la hora del almuerzo

— . Lo más seguro es que Ciolín no esté allí. — Tú, llévame.

Por la tarde se juntó con los amigos en la puentecilla y les informó de que su padre le llevaría a la casa de Ciolín el día menos pensado. Todos pusieron cara de admiración, menos uno que se llamaba Fernando y que se

había quedado en la época en que todos querían ser toreros. Visto desde la perspectiva del ciclismo, aquello fue una tontería. De hecho, no les duró más de un año. El hijo de unos que emigraron bastantes años atrás a la capital se hizo novillero y escogió el apodo de El Niño de La Fronda. Como era lógico, esto causó un gran impacto en el pueblo, sobre todo cuando contempló su nombre en un cartel taurino que hacía referencia a una plaza de toros de la provincia de Salamanca, un lugar del que se dudaba que existiera y que volvía todo más mágico, más inalcanzable y absolutamente más misterioso. Estuvieron un año toreando con las chaquetas y los impermeables, después de agenciarse un par de astas de ciervo que, por alguna razón, don Herminio, el maestro, utilizaba como perchero a la entrada del aula. Las astas desaparecieron un buen día, el maestro puso el grito en el cielo, hubo hasta una reunión de padres, pero ellos se comportaron como auténticos juramentados y no abrieron la boca. Cuando se les pasó la fiebre, enterraron las astas en el monte del polvorín y dejaron que Fernando se convirtiera en un resentido, probablemente de por vida. Pero así eran las cosas. De El Niño de La Fronda nunca más se supo y, como decía don Herminio, la pasión sin alimento no es más que un pato.

La tarde en que Jano declaró las intenciones de su padre en la puentecilla no hacía demasiado calor. Estaban a finales de junio y empezaba un largo verano en el que habría que trabajar mucho para sobrevivir a la peste del aburrimiento.

— Propongo que cojamos las bicicletas y hagamos una carrera para ver a Elias — dijo Jano.

— A mí me da cosa — dijo uno al que llamaban Fonseca.

— No hay que estarse allí mirándolo todo el rato. Lo importante es la carrera. Una para ir y otra para volver. El que mejor haya quedado entre las dos, gana — insistió Jano.

— ¿Sigue todavía paralítico? — preguntó otro llamado Aitor.

— No es un paralítico. Está así por la meningitis — contestó Fonseca.

— ¿Y se va a morir?

— A lo mejor, no.

Al final fueron a casa a por las bicicletas y subieron en pelotón, eran ocho, por la comarcal de Poblaciones, una aldea a doce kilómetros de La Fronda y bien metida en la montaña. Empezaron muy deprisa y a mitad del puerto se bajaron de las bicis resollando como bueyes. Los vehículos fueron abandonados en la cuneta y ellos tardaron un cuarto de hora en recuperar el habla.

— Hay que ir más despacio — dijo Jano.

— ¿No era una carrera? — contestó alguien.

— Oye — dijo Fonseca —, ¿a qué hora pasa la carrera de Ciolín?

— El próximo domingo a las doce — dijo Jano.

— Ya sé que es el domingo. Pero me extraña que pueda saberse la hora, por eso se me olvida.

— Los ciclistas son relojes. Claro que se sabe. Y todo el mundo dice que va a ganar.

— Pero vienen ciclistas de muchas partes. No será fácil.

— A mí me han dicho que gana seguro. Imagínate, Ciolín el de La Fronda, gana la Vuelta a la Región.

Cuando llegaron a Poblaciones, se habían olvidado ya de su carrera. Se presentaron en la casa de Elias y les abrió la madre, una mujer muy guapa, con la cara muy triste, pero que les dio las gracias por venir, les sonrió mucho y les sirvió vasos de gaseosa. Elias estaba en la cama, mucho más delgado y pálido que cuando iba a la escuela. El cuarto tenía un olor especial y la luz entraba por un ventanuco. Elias les dijo que pronto le darían una silla de ruedas y a continuación les contó unos cuantos chistes, que él sabía contar como nadie. Ellos le hablaron de Ciolín y de la Vuelta a la Región y se despidieron enseguida, un poco angustiados. No consiguieron estar allí más de veinte minutos. Regresaron en silencio, bajando el puerto a toda velocidad. Fernando se cayó cuando entraban en el pueblo, una cosa un poco ridícula, y lo lavaron debajo de la puentecilla.

Por la noche, después de cenar, volvieron a reunirse. Fernando se había quedado en casa. No estaban muy animados. Vieron que el cura, don

Herminio y el secretario del ayuntamiento, un tipo regalimoso que llevaba toda su vida escribiendo la historia de La Fronda con unas palabras que nadie entendía, y que se llamaba a sí mismo «cronista de la villa», estaban en la terraza del arroyo, cincuenta metros más allá de la puentecilla. Tomaban café bajo los faroles y parecían tener un tema de conversación, porque el regalimoso movía mucho las manos y los otros le hacían caso. Lo que no era una buena señal. Por alguna razón que ya habían olvidado o que nunca tuvieron, ellos habían decidido odiar a aquel individuo que además se apellidaba Pestaña, aspecto que acrecentaba el odio hasta límites insoportables.

—Vamos a acercarnos en secreto por la ribera y a escuchar lo que hablan — propuso Jano.

Descendieron a oscuras y fueron por el arroyo hasta la pared de la terraza, tres metros de altura sobre la ribera. Luego subieron por un sendero lateral y permanecieron a cubierto y a unos tres metros de los contertulios. Había que admitir, pensó Jano, que sus amigos eran auténticos apaches, silenciosos y mortíferos. Se habían acurrucado contra la pared del pretil y a resguardo de la luz de los faroles.

—Este pueblo ha dado héroes al mundo, asunto este poco sabido, porque, nadie se engañe, los frondeños no son partidarios de la memoria y menos de la épica. Desde los tiempos del Descubrimiento, ya hay noticia de originarios de este lugar aventurándose por el Orinoco y acompañando a De las Casas —decía el cronista.

—Usted, Pestaña, siempre cuenta lo mismo, pero yo no sé de qué sirve eso. Si nos hace mejores o peores el saberlo, o si es mejor saberlo que no saberlo, o qué — contestaba el cura.

—¿No cree usted que es importante que un pueblo conozca su historia?

—Ni idea. A mí lo que me importa es saber lo que pasa aquí y ahora, en la cordillera Cantábrica y a fecha de 1966.

—Muy bien. Ahí tiene usted a Ciolín. ¿Podría existir alguien así si no procediese de una contrastada estirpe de héroes, aquí, en estas montañas olvidadas de Dios?

—Deje usted en paz a Dios, que siempre aparece cuando algo no tiene arreglo — dijo el cura—. Por cierto, ¿a qué hora pasa la carrera?

—A las once —dijo don Herminio—. De camino a Carrales, que es donde han puesto la meta.

—Ya lo ve usted... —dijo Pestaña.

—Ya veo ¿qué? —dijo el cura.

—Si este pueblo tuviera conciencia, habría exigido que pusieran la meta en La Fronda.

—Qué tendrá eso que ver. Pestaña, acostúmbrese a que todo el agua no puede ir a parar a su molino.

—Desde la curva del ayuntamiento se les verá entrar en el pueblo y salir. Me parece que es el mejor sitio —terció don Herminio.

—De todos modos, la conciencia... —empezó a insistir Pestaña.

—La conciencia, señor secretario —le cortó don Herminio—, es una cosa que puede arruinarnos este café y esta espléndida noche.

Jano hizo una señal a los emboscados y el grupo se retiró en dirección a la puentecilla, manteniendo su impecable sigilo. Allí, Jano pidió silencio a los compañeros de partida, que nada más llegar se habían dedicado a imitar cómicamente a Pestaña.

—No hemos pensado en el sitio —dijo.

—¿Qué sitio?

—El sitio desde el que veremos pasar la carrera.

—Bueno, donde todo el mundo —dijo el gordito Royuela, que temía cualquier clase de alteración de la normalidad.

Jano no le hizo caso y expuso su opinión. Y su opinión señalaba al peñasco que había debajo de la ermita y que hacía una especie de balcón sobre la carretera general. A los demás les pareció bien.

—Pero hay que prepararlo. Hay que poner asientos y tiene que ser el mejor sitio del pueblo —explicó Jano.

Al resto siguió pareciéndole bien.

—Vamos a vivir un momento histórico —sentenció Jano.

Quedaron para la tarde del domingo, que era el día siguiente, en el peñasco de la iglesia. Y al día siguiente, cuando salían de misa, su padre le comunicó que irían a ver a la familia de Ciolín, porque no quería escucharle más.

La familia de Ciolín vivía al otro lado del arroyo y había una caminata de media hora. Su padre era un hombre silencioso y, desde que pasó aquello, Jano siempre le veía preocupado. Lo normal es que hubiera estado triste; sin embargo, el muchacho estaba seguro de que era preocupación más que otra cosa. «Aquello» fue la muerte de su madre, el viernes de Pascua del año anterior.

—Vas a cumplir trece años y cada vez hay más pájaros en tu cabeza —dijo el padre sin mirarlo, mientras cogían la trocha del polvorín, al lado de un monte lleno de grutas y atravesado por un manantial con una pequeña cascada en lo alto.

Jano no dijo nada. A su padre le gustaba decir lo que tenía que decir sin entrar en discusiones. Las discusiones solo conseguían que repitiera lo mismo todas las veces que fuese necesario.

—Don Herminio dice que eres buen estudiante, pero que no te interesas por nada. Y yo no veo más que pájaros en tu cabeza. Primero te dio por ayudar al cura en la misa de siete y te quedabas sin dormir de la emoción. Luego vino lo del toreo y ahora toca el ciclismo. De un tiempo a esta parte... —el padre hizo aquí una pausa—, tan pronto te vuelves loco por algo como se te olvida.

Les abrió la puerta una mujer mayor, vestida de negro y con aspecto de campesina, que resultó ser la madre de Ciolín. Les invitó a pasar y trató a su padre con mucha deferencia, algo que pasaba a menudo y que le gustaba bastante a Jano, aunque también lo encontraba normal. Su padre era el

mecánico del pueblo y él presentía que, fuera de ser un oficio especial, una parte importante de la vida del lugar dependía de cómo él hiciera su trabajo.

Era una casa diminuta y aislada en un promontorio sobre el arroyo. Pasaron directamente a un saloncito y, oh, maravilla, allí estaba Ciolín, vestido con un chándal azul y rojo, unas zapatillas de felpa a cuadros, hundido en un sillón algo estropeado y escuchando atentamente un serial de la radio. Les puso una sonrisa de dientes perfectos, que tocó el corazón de Jano, y volvió a sumirse en las desgracias de una mujer con siete hijos abandonada por el marido y maltratada por los vecinos. El padre se dedicó a hablar con la mujer de asuntos nada interesantes y él se quedó concentrado en Ciolín, que de vez en cuando lo miraba y le lanzaba aquella increíble sonrisa. Al cabo de un rato, el ciclista se levantó y cogió de la mesa una lata gigante de leche condensada, de las de tres litros, la levantó en el aire como si nada y bebió de ella durante un minuto por lo menos. Luego regresó al sillón y al serial.

La mujer tocó en el hombro a Jano y le dijo:

—¿Has visto? Algún día también tú te beberás así la leche condensada.

Miró a su padre con orgullo, pero en la cara del padre no había ninguna expresión. Ellos siguieron hablando y él mirando al superhombre, con su chándal y sus zapatillas, sonriéndole de vez en cuando y levantándose a por la lata de leche condensada antes de regresar a su sillón y reflexionar profundamente sobre las desgracias del serial.

Por la tarde, ya en el peñasco de la ermita, contó a los amigos el encuentro con Ciolín, y lo cierto es que hubo gran expectación y que nadie, ni siquiera Fernando, se sintió decepcionado. Enseguida, y terriblemente estimulados por las noticias sobre su héroe, se pusieron a discutir sobre las características del emplazamiento desde el que verían la carrera.

—Lo menos que hay que poner es una valla, para que se vea que es un lugar importante y para que nadie nos lo quite —dijo Fonseca.

—Una valla de qué —dijo Fernando.

—De piedra, como es natural.

—Por aquí no hay piedras, solo rocas —dijo el gordito Royuela.

—Pues las traemos de la cantera —dijo Jano.

—Pero si está a un kilómetro —protestó el gordo.

—Mi padre nos puede prestar un par de carretillas de la obra —propuso Aitor. Fueron a por las carretillas, de las carretillas a la cantera, cargaron las piedras y volvieron al peñasco.

—La mitad que se quede aquí colocando y la otra mitad que traiga las piedras —dijo Jano—. Como a los que coloquen les va a sobrar tiempo, que busquen troncos para sentarse, o que construyan asientos. Yo me voy con los de la cantera.

A última hora de la tarde habían conseguido levantar medio metro de empalizada, de otros dos de largo, y no habían avanzado nada en lo de los asientos. Jano estaba enfadado con los responsables, pero a él tampoco se le ocurrió gran cosa. Cuando por la noche se reunieron en la puentecilla, Jano volvió a contar lo de Ciolín y, como el tema no daba más de sí, se fueron a dar vueltas por la plaza y a seguir a las francesas, las hijas de unos emigrantes que venían a veranear al pueblo. Siempre salían con la pandilla de la hija del alcalde, que era una pandilla mixta, que nunca se movía de la plaza y a la que era difícil acercarse. Al final, los otros muchachos se enfadaron con ellos y por poco llegan a las manos. No les gustaba que los espieran. Eran gente melindrosa.

El lunes por la tarde, la valla de piedra estaba hecha y los asientos sin solucionar, de modo que decidieron prolongar la valla. En eso ocuparon el martes y el miércoles. Luego decidieron que fuese más alta. Más tarde se les ocurrió poner un toldo clavando cuatro palos y cosiendo con hilo de coco media docena de sacos.

El jueves, y en opinión de los constructores, el tinglado tenía un aspecto impresionante, aunque faltaban los asientos. La prueba fue que don Herminio y el cura, que bajaban de la ermita, se quedaron mirando y después se presentaron allí. Los mayores preguntaron y ellos les explicaron.

—Cuánto trabajo —dijo don Herminio con seriedad.

El cura no abrió la boca, pero se marchó hablando con don Herminio.

—¿Y si lo cerrásemos? —dijo Jano, en quien había hecho mella la seriedad con que habían observado los adultos el trabajo.

—¿Qué quiere decir cerrarlo? —preguntó Fernando.

—Hacer las otras tres paredes.

Hubo una exclamación general de rechazo.

—Si lo hacemos, todo quedará perfecto, porque tengo una idea para lo de los asientos.

Aun así, le costó convencerlos. El nuevo proyecto significaba trabajar el viernes y el sábado de la mañana a la noche, y además ya se vería.

La paliza de aquellos días fue de las que hacen época. Pero, finalmente, tuvieron ante la vista una construcción de cuatro lados, entoldada y presidiendo el valle con el arroyo y la carretera general, casi con la misma prestancia que la ermita. Sin embargo, como no hay gran esfuerzo que no esté acompañado de grandes errores, resultó que se habían olvidado de la puerta y que en el último momento hubo que deshacer una parte de la trasera para que los que habían llevado las piedras pudiesen entrar sin tener que saltar y los que las habían colocado pudiesen salir. Eso sin contar con que la idea de Jano para los asientos implicaba la existencia de una puerta.

La idea era bastante simple y simplemente peligrosa, pero factible. Se trataba de entrar en la ermita y coger un par de bancos pequeños, de los de a cuatro.

—Pero si nos sentamos en los bancos, no veremos nada. La pared es muy alta — repuso Fonseca.

Ciertamente. Habían estado tan obsesionados por los asientos, que no habían contado con ellos.

—Eso ya está previsto —dijo Jano, que no lo tenía previsto de ninguna manera y que salió al paso como pudo—. Nos sentaremos en el respaldo. Lo importante es estar sentados.

El domingo por la mañana esperaron a que los feligreses salieran de misa de ocho. La misa siguiente era la de doce. Tendrían tiempo para devolver los bancos. El cura se fue a las nueve y media. De su breve y apasionada época como monaguillo, Jano conocía el escondite de la llave de la puerta de la sacristía. Era una llave algo grande para cargar con ella y el cura la dejaba escondida en el interior del canalón.

A las diez y pico la operación de secuestro de los bancos de la ermita estaba concluida. El segundo banco no servía para nada, de modo que todos tuvieron que ponerse en primera fila y al final acabaron de pie y apoyados sobre la pared delantera para poder ver algo de lo que sucedía abajo, en la carretera general. Pero estaban satisfechos y alegres.

Observaron cómo la curva del ayuntamiento se iba llenando de gente y sintieron la superioridad moral de quienes habían elegido el sitio por excelencia. Aislados y a mayor altura que la multitud comprendieron mejor que nunca el sentido del esfuerzo de tantos días. Además, ellos ofrecían a Ciolín un verdadero recibimiento.

—Lo más probable es que ya venga destacado —dijo Aitor.

—Casi seguro.

—Hoy es la primera etapa, y más vale que les gane desde el principio.

A las once y cuarto todavía no habían llegado. Jano estaba un poco nervioso. El cura diría su misa de doce, tanto si los corredores habían pasado como si no. Y ellos tendrían que devolverlos antes. De pronto, cruzó un coche con un altavoz desde el que alguien daba gritos que no se entendían. Luego, una furgoneta con música. A continuación, varios coches a bastante velocidad y dos minutos más tarde una pareja de motoristas de la Guardia Civil. Vieron al pelotón de ciclistas en la curva de la gasolinera, un instante más tarde en la del ayuntamiento y otros después había desaparecido en dirección a Carrales. Todo debió durar treinta segundos. Quizá un poco más. Quizá no tanto.

—Yo creo que Ciolín iba el primero —dijo Fonseca.

—No, iba en el medio —dijo el gordo.

—Iba detrás, para saludar a su familia —opinó Fernando.

Se quedaron todavía un rato mirando a la carretera. La multitud, de unas doscientas personas, empezó a dispersarse.

— Yo le he visto. Se estaba reservando.

— ¿Os imaginabais que pasaban a esa velocidad?

— Es que es una carrera profesional.

Dejaron los bancos en la ermita y volvieron a tiempo para ver cómo el cura subía por la cuesta. Se quedaron en su cabaña hasta la hora de comer, aunque nadie decía nada y tampoco a nadie se le ocurría qué hacer esa tarde.

— Podíamos coger las bicicletas — dijo Fernando.

Pero nadie le contestó.

La larga marcha

Javier Garda Sánchez

En sus sueños más dulces no había chicas lascivas, ni se pegaba soberanos atracones de marisco, que tanto le gustaba, ni siquiera se complacía torturando lentamente a su jefe de la oficina, un sádico autoritario que demasiado a menudo conseguía amargarle la existencia. No, en sus sueños más dulces y emotivos él iba en bici de carreras, ascendía empinadas montañas con las cunetas llenas de público que lo aclamaba, y así llegaba desde atrás luego de haber sufrido un ligero desfallecimiento al inicio de aquel puerto onírico e infernal: remontando uno a uno a sus rivales, que le habían tomado bastantes metros de delantera. Así, también en su sueño rebasaba al odiado jefe, a algunos familiares, a compañeros del trabajo, a su portera, que tampoco le parecía un anacronismo vestida con culotte y maillot. Incluso a su suegra, que tantos años lo martirizó con sus reproches, pero a la que ahora, desde que ya no estaba, había llegado a echar de menos. Porque, como se decía en el argot de la bici, aquella fiera le daba caña.

Paco, otrora llamado La Ardilla o El Ardilla por algunos colegas del club cicloturista al que pertenecía —calificativo que se debía a sus cualidades de escalador cuando estaba en forma, a lo que sin duda contribuía su escaso peso y una innata capacidad de sufrimiento—, llevaba un par de años desanimado y, como él decía a modo de excusa, con «la moral pocha». Había engordado la friolera de diez kilos y, claro, cuando ahora cogía la bici y soplaba un considerable viento de cola, iba como una moto. El sobrepeso y su experiencia obraban portentos. Cuesta arriba, cuando alguien le pegaba un demarraje seco o le hacía ir a tirones en un terreno sinuoso, obligándole a cambiar frecuentemente de desarrollo, era otro cantar, mucho más amargo y mortificante. Ya no se sentía El Ardilla, sino un torpe elefante que a duras penas lograba mantener la rueda de quien cerrase el grupo de turno.

Por desgracia, no era el de antes. Los años, la buena vida y la pereza lo habían llevado a una situación curiosa y por cierto desagradable: se

engripaba a la menor de cambio, a diferencia de antes, época en la que, cuanto más se machacaba con la bici, más sano se sentía. Pero durante el pasado invierno, a pesar de todo, tuvo fuerza de voluntad para retomar viejas costumbres: salir a rodar algún rato en días alternos. Primero en llano y luego, aunque le costaba bastante, atreviéndose con un puertecillo que había no lejos de la localidad donde vivía. Como siempre hizo: primero subió el puertecillo lentamente, dosificándose. Días después, de modo gradual, exigiéndose más y más. Así hasta desvencijarse él solito. Porque solo así podía alcanzar un nivel verdaderamente competitivo.

Y esa era la palabra clave: «competitivo». Su familia no lo entendía. Teniendo un trabajo estable y no viéndose obligado a ganarse la vida montando en bicicleta, como esos muchachos que empiezan llenos de ilusión, entrega y expectativas, ¿a qué castigarse tanto?

«Competitivo», en su particular código de valores, podía traducirse por «ser capaz de machacar a sus compañeros del club cicloturista», los domingos por la mañana, en las salidas que se organizaban. Porque, como el que no quiere la cosa, tales salidas, en principio excursiones en bici de intenciones casi bucólicas, desde siempre fueron demenciales y feroces escabechinas larvadas. Los del club, o al menos los que podían permitirse tal lujo, salían a entrenar en secreto varias tardes por semana. A veces incluso por las noches. Más de uno, «compitiendo», había llegado a tomar sustancias para «mejorar el rendimiento» o, también, para «propiciar una rápida recuperación». Puras y simples sesiones de canibalismo sobre ruedas.

Allí, domingo a domingo, se trajinaban lides de honor y quedaban venganzas pendientes, lo cual hacía que cada cual procurase mejorar en la medida de lo posible para, en cuanto llegase el momento clave de la próxima salida del grupo y, aunque en principio todo fuesen bromas, chistes y pacíficos propósitos de la enmienda, se montara la gran batalla semanal en el preciso instante en el que aparecían las primeras rampas del recorrido.

La verdad es que El Ardilla estaba ya un poco harto de toda esa historia. Total, tanto esfuerzo y privaciones para apenas nada. Porque siempre había sobresaltos con los que no contaba. El típico chavalote que aparecía por el club, se apuntaba a la salida de rigor y le daba un repaso en las cuestas. «Juventud, divino tesoro...!», se lamentaba entonces con una

paternal sonrisa en los labios, pero en el fondo de su corazón pensaba: «Pedazo de cabrón, como te descuides un par de semanitas verás el ocho que voy a hacerte aquí mismo...». Así no podía seguir, decidió un buen día. Pero salir a rodar solo era aburrido, y muy peligroso por los coches. Por eso no rompió su vinculación con el club. Le daba morbo, a qué engañarse.

Como esa marcha cicloturista de alta montaña a la que se había apuntado, y que le traía de cabeza desde hacía más de un mes. Entrenó como un poseso. Era larga y muy dura. Ciento sesenta y cinco kilómetros, con cuatro puertos, tres de ellos de primera categoría. Pero el problema no era tanto la dureza de la marcha sino el ritmo despiadado al que, lo sabía a la perfección, se iba a rodar. Uno siempre puede decir aquello de «pienso ir a mi aire» y tal, pero no. Luego se contagia de ese delirio colectivo, y pasa lo que pasa. Ahora ya no había vuelta atrás: el pique con los elementos más «competitivos» del club se declaró en toda su virulencia. Lo grave es que iba a ir lo más selecto y peleón del club, con él de veterano y punto de referencia. Algunos se la tenían jurada de años atrás. Otros, sencillamente, de apenas dos o tres semanas, en las que El Ardilla ya les dio canela. Y otro problema añadido a esa marcha era que el «pique» era extendible a un club rival, sito en la localidad de al lado, con los que solía haber refriega en las carreteras en cuanto se juntaban. Parece que ahora andaban como tiros, y esa certidumbre lo traía angustiado.

Llevar a cabo una de tales marchas con cierta serenidad, o rodando en solitario, no constituía ningún problema para alguien con experiencia. Pero iba a haber guerra, lo sabía, y eso lo cambiaba todo. Para empezar, y desde que supo que iba a ir a la marcha, sentía los nervios en el estómago. Conciliaba mal el sueño y hasta digería penosamente los alimentos, cosa que nunca le había ocurrido. Por haber participado en otras marchas similares de años anteriores, cuando se encontraba mejor de forma, sabía que eran devastadoras. Uno se «picaba en su amor propio», y ¡ya estaba montado el exterminio! Vivía sumido en un estado de absoluta alteración desde varias semanas antes y, eso mismo, a la hora de la verdad, le privaba de una buena parte de sus fuerzas. Eran, sí, como aquella Larga Marcha de los comunistas chinos de Mao, de la que leyó un libro hacía tiempo.

Mogollón de chinos pedaleando sin parar. Mogollón de problemas y adversidades que solo podían superarse con la tenacidad propia de los orientales. Además, esas marchas requerían un cierto espíritu no únicamente combativo, sino mesiánico, religioso. Constituían revoluciones privadas que cada cual libraba contra sus propios límites y miedos. En alguna marcha se vio junto a cientos y cientos de hombres como él, de todas las edades y aspectos, pero a los que unía una similar predisposición al sufrimiento. Y todo, a diferencia de lo que alguna gente le había dicho, no por obtener algún trofeo o diploma, sino por superarse a sí mismos. En cierta ocasión, en los Pirineos, bajo un sol de justicia, corrió, sufrió y agonizó durante cerca de diez horas junto a casi tres mil cicloturistas. Unos llegaron con horas de adelanto sobre su propio tiempo, y otros horas después, pero en el fondo todos estaban hermanados en esa peripecia de índole acaso veladamente comunista, en el sentido de mística, iniciática. Un proceso de ascesis, purificación y despanzurramiento colectivo. Y todos, sin excepción, llegaban a meta no solo exhaustos y deshidratados, y eso quien no se había retirado en plena marcha o había sido evacuado por los servicios médicos que, a veces, no daban abasto, con los ojos rasgados del cansancio. Tal que chinos en plena guerra civil revolucionaria. Incapaces de articular palabra, rotos física y anímicamente, se palpaban con fraternal cariño cruzando torpes onomatopeyas, igual que harían aquellos bravos soldados de la revolución maoísta.

El Ardilla afrontó hecho un mar de nervios la semana previa a la marcha. Cada día repasaba una y otra vez su bicicleta, limpiándola con un mimo tan exagerado que su esposa le dijo un par de ocasiones:

— Ya le gustaría a una ser tratada así de vez en cuando...

Y se lo había dicho con retintín, de manera insinuante y hasta sexy. En esos momentos El Ardilla vacilaba. Era verdad: ponía tanto esmero en el cuidado de su bici que, de ser volcado en el cuerpo de su mujer tan higiénica y meticulosa patología, la habría llevado, teniendo en cuenta lo apasionada que podía ser, a cotas de placer inimaginable. Pero precisamente ese tipo de pensamientos eran los que debía evitar a toda costa, al menos con una marcha tan próxima. Y ella, como si viera el percal, le apretaba las clavijas del deseo y, justo en esos días previos en los que toda su atención se centraba en

la inminente marcha cicloturista, parecía ofrecerse con especial deleite. Seguramente, pensaba El Ardilla al poco, eran alucinaciones suyas. Como las tentaciones del diablo a Cristo. «Todo esto te daré...»

Pero no, él iba a machacar a esos insolentes jóvenes del club, como los grandes campeones veteranos a los que, cuando todo el mundo creía muertos en vida, parecen resucitar de entre sus cenizas. Entonces, llegando de menos a más y de detrás adelante, realizan gestas épicas y hazañas inigualables.

«Aahhhhhggggg», así se dormía en las noches previas. Plácida y a la vez inquietantemente. Recién evitada la última sugerencia de su esposa —ese pie en el lecho, ese suspiro en la oscuridad, ese beso demorado, esa mirada líquida o esa mano olvidada en zonas de su cuerpo que por lo general no existían, como las ingles, los riñones, el vientre, alto, medio y bajo— volvía a verse en sueños, victorioso en lo alto de las cumbres, entre mares de sudor y pavorosas muecas de los rivales, rendidos ante su empuje animal.

Aunque sabía que en la marcha iba a marcar un tiempo intermedio, quería el diploma de oro. Nada de plata o bronce. Y, sobre todo, deseaba ver hundidos y destrozados a esos osados que le habían provocado veladamente: «A ver si eres tan Ardilla como dicen...» Se iban a enterar.

Aun sin haber alcanzado un nivel óptimo de forma, se sentía más o menos satisfecho. Entrenó con esmero, se había cuidado al máximo, incluso cayendo en ciertas bobadas que creía ya superadas: atiborrarse de salvado durante su ya de por sí liviano desayuno, para ir al lavabo con frecuencia y perder rápido ese par de kilos que juzgaba en todo punto necesariamente prescindibles para sentirse bien el día de la marcha; tomar ginseng por un tubo; realizar ejercicios de yoga, según el método del Mahatma Mahareshi Maeshu: «Puedo hacerlo y lo haré, puedo hacerlo y lo haré...».

Y luego, a punto de caer en las dulces garras del sueño, repetirse igual que un lorito: «Soy dúctil como una pluma, soy dúctil como una pluma...».

Al despertar, excitado y sudoroso, estaba convencido de ser capaz de ascender esos puertos de primera a una media de diez o trece kilómetros por hora. Sí, ya sabía que los ciclistas profesionales esos mismos puertos, en carrera, los subirían a casi treinta, pero él no vivía de esto. Él, como los dos mil quinientos treinta y siete participantes en la marcha, solo vivía para esto.

Igual que en eventos anteriores de tal guisa, a mitad de semana empezó a obsesionarle el tiempo. ¿Y si llovía? Qué horror. Se recordó a sí mismo en otra marcha de características similares: una burrada de kilómetros y varios puertos a superar. Entonces no se sintió paquidermo reptante, abotargado, sino algo a medio camino entre crustáceo y lamelibranquio: como mejillón pegado a la roca del asfalto, como ostra silenciosa y neutra en el corazón del océano, pues llevaba tamaño trancazo encima que no sabía ni quién era. Y aquellos últimos puertos pasados ya a un ritmo patético, entre gente que le animaba diciendo:

—¡Venga, que ya falta poco...! —cuando aún restaban cuatro o cinco interminables kilómetros, y él iba en zigzag, o más exactamente de cuneta a cuneta, casi ciego de dolor, pero impulsado por una fuerza salvaje y mayor, diríase que igual a la que empuja a algunos ciclistas profesionales en las etapas memorables y antropófagas del Tour o una de las grandes vueltas de tres semanas, que habían constituido su auténtica religión desde que poseía uso de razón, si alguna vez la tuvo para otra cosa que no fuese ir en bici forzando el organismo hasta un extremo en el que incluso llegaba a asustarse, al pensarlo después.

Y fue justo tres días antes de la larga marcha cuando su mujer le vino con aquella historia de que el sábado, o sea la noche anterior a la prueba, debían asistir a una cena, compromiso ineludible al que de hecho acudían con gusto cada año por estas mismas fechas, solo que por estas mismas fechas otros años él no había decidido participar en ninguna marcha, y por lo tanto podía dedicarse a disfrutar de los susodichos ágapes.

Viendo que era imposible no asistir si no quería tener un serio problema conyugal de secuelas impredecibles, transigió, aunque pensando que se comportaría de modo recatado en la comida y sobre todo en la bebida. Porque, se lo enseñaron sus experiencias en la bici, así como la comida se quema relativamente rápido al hacer kilómetros, la bebida es un veneno que cuesta mucho eliminar del todo. Da flojera de piernas, aturde durante demasiadas horas y, lo que es peor, amedrenta psicológicamente a cualquiera. Tras una de esas traidoras bacanales pantagruélicas, uno va en bici tocado sin remedio. Vencido de antemano. Aparte de que, aunque se mantenga en secreto, parece que los colegas lo sepan por instinto y decidan ir

a muerte ese día, precisamente ese día, atacando de modo enloquecido y sin tregua en cada tramo del recorrido, como suelen hacer los corredores jóvenes en sus carreras, que por algo son jóvenes.

A sus retortijones de estómago en las horas previas a la cena del sábado —tenía miedo del miedo— se sumó un malestar incierto, pero no por ello menos crónico e intranquilizador. Prácticamente amenazaba a su mujer, la pobre, espetándole que no pensaba comer más que lo justo. Como un gorrión. Picoteando, vamos. Lo suyo iba a ser una abstinencia camuflada y apenas oculta por el decoro social pertinente. Una huelga de hambre a medias. Ella le decía a todo que sí. Mientras, El Ardilla seguía dándole vueltas a lo que, preveía, iban a ser los pormenores de la jornada siguiente, pletórica de heroicas gestas y, tampoco lo dudaba, sufrimientos indecibles. Estaba tan excitado con ello que hasta tuvo cagarrinas. Y ahí empezó su verdadera preocupación. Ya conocía de sobra qué significaba tener el estómago suelto en situaciones así. Diarrea en la víspera de una marcha, según regla aritmética del cicloturismo, suponía pajarón descomunal a mitad de recorrido. No solo el cuerpo, sino sobre todo el coco no estaban en su sitio. Prefirió no pensar.

En la cena, con los amigos de siempre, se animó sin darse cuenta. Y lo hizo, cómo no, mientras hablaban de ciclismo, de bicis y de gestas mil. ¡Qué tiempos, aquellos idos! Copa por aquí, incluso una caladita al cigarro por allá, pese a que hacía más de tres años que oficialmente había dejado de fumar. Pero la copa invariablemente llena. ¿Quién le atendía tan diligentemente en esos avituallamientos? El caso es que siempre había rioja a punto de echárselo al colete. Estaba tan bueno, tanto, que se decía: «Un trago más, solo uno». Y risas.

De pronto, proveniente de dos flancos de la mesa, oyó idéntico comentario:

«Mañana lloverá, dicen».

Cierta considerable amargura, pero acompañada de una tibia bocanada de tranquilidad, se hizo fuerte en su pecho. A partir de ese instante ya no recordó nada.

Lo siguiente fue la oscuridad de su alcoba y el calor del cuerpo de su mujer, pequeño y frágil, pero lleno de un fuego que casi había olvidado a fuerza de rehuirlo inconscientemente.

Él se había depilado con diligencia las piernas, lo que a ella le provocaba una risa considerable. Ella, tras hacerle cosquillas, le colocó, en medio de bromas, una patita entre las suyas. Y, que recordase, por primera vez en su vida le llamó por el apodo con el que cariñosamente le conocían en el club. Solo que dijo: «Mi Ardilla» en un momento determinado y comprometedor.

El Ardilla ya no era un crío para estas cosas. De hecho, con poco se conformaba. Mejor calidad que cantidad, fue su lema desde siempre. En ciclismo, igual: «Cuando realizas un ataque, tiene que ser definitivo. Al rival, o lo aniquilas o acabará destrozándote en cuanto pueda recuperarse». Pero es que también a su mujer parecía ocurrirle algo anormal aquella noche, precisamente aquella noche, horas antes de la marcha. ¡Y él que había quedado con los colegas a una hora temprana en la plaza del ayuntamiento! Se consoló, mientras pudo, pensando que al menos dormiría profundamente cuatro horas.

No contaba con esa patita, ni con el beso que le dio en el cuello, un auténtico bocado en la paletilla, mientras frotaba su cuerpo menudo y ávido contra un aterrorizado Ardilla, que gimoteaba suplicando: «Mañana, cariño, mañana...».

Ni mañana ni leches. La patita era la patita. Esa y no otra era su etapa del Tour, esa su larga marcha. Fue épico, en efecto. Hubo gritos apenas amortiguados, pues los niños dormían un tabique más allá, y hasta arañazos en su espalda tensa. Como cuando eran novios y él disputase sobre el cuerpo de ella un imaginario y rabioso sprint en la meta de los Campos Elíseos de París, jugándose todo a una carta.

No fueron cuatro puertos hors-categoríe, sino dos, aquella noche loca. Dos polvos como dos catedrales, ¡y en apenas unas horas! Aunque el último fue realizado por El Ardilla con síntomas de desfallecimiento y entre estertores, como quien insinúa un demarraje pero en realidad solo está asustando o probando al contrario. Poca savia le quedaba ya, tan poca que

cayó roque y hasta con leves temblores en un sueño viscoso, incierto, lleno de luz, incluido podio y flores.

En algún momento de ese sueño se veía a sí mismo incapaz de subir una pendiente de nada, pese a que utilizaba un piñón que más parecía una paellera, entre el pitorreo de sus colegas.

Dolorido, se irguió con un sobresalto cuando sonó el despertador, a la hora fijada para levantarse. Pudo oír nítidamente el golpeteo de la lluvia sobre el tejado, y varios truenos voraginosos que inmisericordes resquebrajaban los cielos. Pensó en sus colegas y en los cientos de chinos que, pese al tiempo, realizarían la larga marcha. Y con alivio pensó: «Que se jodan».

Habría otras ocasiones para la solidaridad en ruta, para la lucha y para la modesta, anónima gloria. El Ardilla aún miró de soslayo a su mujer, que ahora le recordaba a una marmota. Al pensar en la noche reciente, algo se contrajo en su estómago. Si ella lo deseaba, en un rato podía volverse mimoso como un koala. Más duros eran el Tourmalet o el Galibier.

Ya puestos...

Y se durmió.

Un loroñista de Bahamontes

Ramón Irigoyen

Ayer, 12 de agosto de 1998, murió en Bilbao El León, mi ídolo, a regañadientes, de los años cincuenta. La noticia me ha pillado en Altea, donde paso las vacaciones, desde hace treinta años, con mi mujer y mis cuatro hijos. Para tener una demostración palpable de que la vida no dura más de dos minutos, no hay nada como una necrológica emitida por el telediario. En quizá menos de cien segundos de imágenes, vi ayer, en el tobogán del telediario, a Jesús Loroño vestido de primera comunión, de soldado (su capitán le convenció, durante el servicio militar, para que compitiera en la Subida al Naranco: fue su primera victoria; y luego habrá cabrones que hablen mal del ejército), vestido, diez segundos después, con el maillot de topos de ganador del Premio de la Montaña del Tour de 1953, y luego embutido, hasta siete veces, en el maillot amarillo de ganador de la Vuelta a España. De las diez ediciones de la Vuelta a España en que participó, aquella estrella, tan fugaz por la alada velocidad de su pedaleo, se enfundó nada menos que siete victorias. Y, tras las imágenes triunfales en blanco y negro, como corresponden a la televisión, todavía en pañales, de los años cincuenta, y tan adecuadas para una noticia, como esta, luctuosa, la imagen de su féretro cercado de asfixiantes coronas de flores... Cuando veo, en un entierro, las coronas de flores sobre el féretro, siempre pienso que los parientes y amigos las depositan allí para obstaculizar, como diría Platón, el Anquetil del idealismo, la fuga del alma, en el caso de que, a última hora, Dios se saque un milagrito de la manga y ponga al cadáver a andar, como, en su día, al resucitado Jesucristo.

Al ver muerto a Jesús Loroño, a este inmenso héroe, que tantas alegrías y odios suscitó, aunque he intentado reprimirme, se me han saltado las lágrimas. He derramado por El León un puñadito de lágrimas y, en mi instantáneo viaje a los años cincuenta, en que él tanto triunfó, me he acordado, al punto, de Javier Otegui, el alumno, para mí entonces, más idiota de los jesuitas. En el infecto colegio de San Ignacio, del que, por fortuna,

aunque demasiado tarde, terminaron echándome (un buen día sufrí la iluminación de echarle una meadilla a una imagen de San Pancraccio, que estaba aparcada en la sacristía), tuve que padecer a este cretino, que no se zampaba las hostias de cuatro en cuatro porque su padre tuvo la precaución de tatuarle, en el brazo derecho, el artículo cuarto del reglamento tenístico del Vaticano que obliga a no engullir más de una hostia por día.

He derramado, unos segundos, mansa, silenciosamente, por Jesús Loroño, algunas lágrimas, con la amarga suavidad de esa lluvia fina que amortigua la tragedia de algunos entierros. Así llovía, con levísima percusión, en Mansilla, la tarde en que enterramos a mi tío Gregorio, que tantas veces me dio, en mi infancia, la alegría de montarme en el trillo, y aquella lluvia, en alguna manera, dulcificaba mi profunda melancolía. Y, tras las lágrimas por Jesús Loroño, he estallado, de repente, en una carcajada al recordar el día en que, con un palo de billar, le di tal golpe en el cráneo al gilipollas de Javi Otegui, que era hinch de Bahamontes, que, si no hubiera mediado la buena suerte, quizá allí mismo, en los billares de la avenida de San Ignacio, podía haberlo desgraciado para siempre. Pero, ya digo, hubo suerte, y el hostión con el palo de billar solo le produjo un llamativo chichón, que cantaba, en la distancia, como una alegre cresta de gallo y que, quizá en dos o tres semanas, el simple paso del tiempo terminó evaporando. Ya se sabe que el tiempo funciona así: lo suyo es hinchar y deshinchar melones.

Como, de aquel incidente, Javier y yo nunca llegamos a hablar, porque fue lo más parecido a un intento de homicidio inconscientemente voluntario, la verdad es que ignoro el tiempo que, con exactitud, necesitó su cuero cabelludo para volver por sus fueros. Y la alusión a los fueros es oportuna, porque el local de los billares estaba domiciliado, en la católica Pamplona, a apenas doscientos metros de la Diputación Foral de Navarra.

A comienzos de los años cincuenta, yo era hinch de Bahamontes. Mi padre, un guardia civil riojano destinado en Pamplona, era bahamontista y, por aquellas fechas, yo compartía todas las filias y fobias de mi padre, incluido su anticlericalismo visceral, que él había mamado de mi abuelo. Los curas hicieron estragos en Mansilla, el pueblo natal de mi abuelo paterno, y ahí tuvo su raíz su odio a la Iglesia. Pero, en cuanto entré en los jesuitas (mi padre, aunque también era anticlerical, quería para mí una educación de

colegio de pago y se las apañó para conseguirme la beca Duque de Ahumada, auspiciada, en homenaje a su fundador, por la Benemérita), coincidí en el mismo curso con Javier y, por mi incompatibilidad con él, cambié de ídolo y, forzando los dictados de mi simpatía, me hice pronto loroñista, aunque mi corazón infiel, al menos, al principio se alegraba secretamente de los éxitos de Bahamontes.

Otegui era un chico alto, rubio, atlético. Tenía una pequeña cicatriz en la barbilla, fruto de un accidente en la nieve. Siempre nos estaba contando batallitas de sus viajes con su familia, los domingos de invierno, a Candanchú, donde iban a esquiar, y de sus viajes, en primavera y otoño, a Zarauz, donde sus padres tenían una finca. A mí los jesuitas, en mi adolescencia, simplemente, me venían grandes. Siempre admiré el esfuerzo de mi padre por que yo me educara bien, pero era una cabronada ser becario en un colegio donde predominaba la gente de clase media y, lo peor, de clase alta, que todavía me miraba más por encima del hombro. Mi apodo, en los jesuitas, era El Tricornio y todo dios me refrotaba por mi incipiente bozo que era hijo de guardia civil. Nunca llegué a sentirme amigo de Javier, pero teníamos algunos puntos en común (los dos teníamos, por ejemplo, una buena colección de sellos) y, alguna vez, incluso quedábamos para ir juntos al fútbol. Nunca olvidaré los abrazos que me di con Javi, un afortunado domingo en que Osasuna ganó, creo, al Sabadell y, con aquel maravilloso triunfo, alcanzó el ascenso a Primera. Como digo, yo era seguidor de Bahamontes, pero llegó el crudo momento en que, por mi rivalidad con Otegui, acérrimo hincha de El Águila de Toledo, me lié la manta y me hice loroñista.

«Los vascos teníamos por aquel entonces al Athletic y a Loroño», dijo el alcalde de Bilbao, hace un mes, en una recepción ofrecida por su Ayuntamiento al ídolo de mi adolescencia, el hijo más ilustre de Larrabetzu. Yo era ya entonces, al menos, fonéticamente, vasco. Mis arabescos de apellidos (Goikoetxea, Zabalza, Errazu, Beloqui, y cuatro etcéteras más de indiscutible origen euskaldún) y mi nacimiento en Elizondo, en cuyo cuartel estuvo destinado mi padre, antes de que viviéramos en Pamplona, probablemente apuntan a que soy vasco. Pero, por aquellas fechas, yo tenía extremadamente confusa mi identidad étnica, patriótica y cultural. Y, por ejemplo, aunque amaba a Loroño, odiaba a ese equipo al que el alcalde llama

el Athletic, y al que yo siempre, con hostilidad, he llamado el Bilbao. ¿Hubo, aquellos años, alguna noticia mejor, los domingos, que una derrota del Bilbao en su propio campo? Por supuesto, ninguna. Ni siquiera una hepatitis del obispo de Pamplona, de la que tuvimos noticia a través de la prensa local, podía producirme tanta alegría. Una derrota del Bilbao (¡Y qué bien suena!, lo repito dos veces: u-na de-rro-ta del Bil-ba-o, u-na de-rro-ta del Bil-ba-o..., bueno, mejor, tres: u-na de-rro-ta del Bil-ba-o...), un batacazo del Bilbao, digo, en su feudo de San Mamés me levantaba la moral para el resto de la semana. El alcalde de Bilbao, Josu Ortuondo, generaliza con mucha alegría, pero entonces hubo gente, que, probablemente, éramos vascos (respecto a mí, nunca lo he sabido bien, nunca me he hecho, en la Seguridad Social, una biopsia étnica), hubo vascos, digo, a los que las criminales victorias de los leones del Bilbao nos hundían en la miseria. Cuántas veces, cuando venía a jugar a Pamplona el Bilbao de aquella mítica delantera —Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo, Gaínza...—, cantábamos en San Juan, el antiguo campo de Osasuna «Los leones, los leones, ay, me tocan los cojones...», un fantástico estribillo, digno, por su excelente rima, de Garcilaso, quien, por cierto, como escalador de castillos, fue también un indiscutible precursor del ciclismo. ¿Reconoció alguna vez Bahamontes lo que ya hacía por el ciclismo, en el siglo XVI, su paisano Garcilaso en la fortaleza de Muy, a dos pasos de la provenzal Fréjus, donde un hijoputa, que ignoro si jugaba al billar, le pegó al poeta una pedrada en el cráneo, de la que murió, unos días después, en Niza? Y, volviendo de Toledo y de Val de Santo Domingo, ciudad y pueblo natal, respectivamente, de Garcilaso y Bahamontes, al campo pamplonés de San Juan, hay que recordar que diez mil gargantas profundas de hombres, y unas dos docenas de no menos hondas gargantas de mujeres, cantando, enfebrecidamente, aquella canción antibilbaína de «Zarra, Zarra, nunca metes goles en Navarra...», nos los ponían, realmente, de pajarita, exactamente igual que (solo que, en este caso, de pánico) cuando Gaínza, un extremo genial, corría, como un galgo atizado con coca, por la banda izquierda contra la portería que defendía Goyo.

No obstante, sí había un momento en que debo reconocer que tiene razón el alcalde de Bilbao porque, además de ser hinchas de Loroño, yo también, un vasco con los cables de la identidad delirantemente cruzados, sentía simpatía por el Athletic. Cuando el equipo bilbaíno, cuya portería

guardaba el soberbio Carmelo, ganaba la Copa del Generalísimo, y Francisco Franco, en persona (en persona, o lo que fuera aquel feroz destripador de niños, de adolescentes, de ancianos, y hasta de muertos, porque también fue profanador de tumbas), cuando aquel infame matarife, digo, le entregaba la Copa al capitán vasco, pensaba en mi abuelo materno, asesinado en la guerra civil por los carlistas en Errazu, y sentía un odio liberador contra el franquismo, que, con los años, terminaría encauzando hacia la más profunda rebelión contra la mayoría de los valores inculcados por la familia, municipio y sindicato isósceles. La recepción de la Copa por el capitán del Athletic, en Chamartín, me hacía vivir unos instantes de la más irónica ambivalencia de sentimientos: mi enemigo —el Bilbao—, por un rato, era para mí ya el dulce Athletic que le hacía pasar un momento amargo a Franco y a toda aquella banda de gángsteres que le acompañaba en el palco. Era el único momento en que, por aquellas fechas, me sentía también enemigo de mi padre o, más exactamente, del guardia civil que era mi padre. También, en aquellos momentos, comenzaba a sentir una leve simpatía, que no me duraba mucho, por el pueblo vasco. El lavado de cerebro que yo había sufrido (mi padre, ¿qué iba a hacer el pobrecillo con aquel duro oficio?, con la excepción de su sabio anticlericalismo, me había transmitido la debilidad cerebral por vía genética), el lavado de cerebro con lejía de Cuelgamuros, digo, me impedía poner un poco de luz en aquel caos de la identidad vasca. Para mí, por la envenenada siembra de la confusión patriótica fomentada por el franquismo, el vascuence era el único signo posible de identidad cultural vasca y, como yo solo hablaba castellano, nunca me pude imaginar que yo pudiera ser vasco.

Con una caterva de apellidos vascos en su partida de nacimiento, mi padre, por razones que entonces yo no entendía, odiaba a los vascos como solo un guardia civil podía odiar, por aquellos años, a los gitanos o, a los únicos seres para ellos, y para tantos compatriotas, todavía más despreciables: a los negros. Mi padre, por ejemplo, se negaba a consumir productos fabricados —o elaborados, según el tipo de producto—, en Vizcaya, Guipúzcoa o Álava, por puro odio antivasquista. Una vez que mi madre compró, por error, una caja de leche, de marca Gurelesa, elaborada en Guipúzcoa, mi padre se cogió tal cabreo que terminó derramando la leche sobre la cabra de un gitano que, a menudo, tocaba valientemente el acordeón

a unos trescientos metros del cuartel de la Guardia Civil, que entonces estaba, junto a la Cámara de Comptos Reales, en la calle Ansoleaga.

—En esta casa solo se bebe leche navarra, mecagüendiós. ¿No tengo dicho mil veces que aquí solo se bebe leche de la marca Kaiku? —decía mi padre, pronunciando juntas las cuatro palabras de la blasfemia y, por supuesto, sin pronunciar nunca Dios con mayúscula—. Como me traigas otra caja de leche de Guipúzcoa —insistía mi padre dirigiéndose a mi madre—, cuelgo el uniforme y os pongo a trabajar a todos. —Mi madre, mis tres hermanas y yo temblábamos como cardelinas apresadas en cardos untados con liga. Quien ha cazado pájaros nunca puede olvidar esos terroríficos temblores de la agonía.

En mi rivalidad ciclista con Otegui, como corresponde a un periodo de casi seis años (se inició en el segundo curso de bachillerato y terminó en el preuniversitario, el año en que fui expulsado del colegio), por la alternancia de éxitos y derrotas de nuestros ídolos, hubo, tanto para él como para mí, muchos momentos de felicidad y también de desgracia en que había que encajar las pullas del enemigo. Recordaré, brevemente, el momento en que más me reí del mamón de Otegui (en la primavera de 1957: Loroño le birló a Bahamontes la Vuelta a España) y el momento en que Javi me machacó a mí a burlas (en octubre de 1959, al empezar el curso, tras la victoria, en julio, de Bahamontes en el Tour: ¡era el primer español que se enfundaba ese triunfo!). Y, luego, el desenlace de nuestra rivalidad, dos meses y medio después, en vísperas de Navidad, cuando le aticé a Javi con aquel endemoniado palo de billar.

Federico Martín Bahamontes tenía todos los elementos a su favor para ganar la Vuelta a España de 1957, cuya primera etapa era Bilbao-Vitoria. Su estado de forma era tan bueno que, por su nivel casi milagroso, más que de estado de forma, en su caso, era pertinente hablar de estado de hostia. Su estado de hostia era, pues, tan magnífico que, sobre todo, la prensa madrileña ya lo daba como vencedor casi un mes antes de empezar la carrera. Bahamontes tenía un fantástico equipo, pero, por encima de todo, él gozaba de la confianza total de su director, Luis Puig, aquel valenciano que más tarde, cuando fue nombrado presidente de la Federación Española y de la

Unión Ciclista Internacional, nos terminó a media España, hinchando la polla de sopor.

La sintonía de Puig con Bahamontes era de juzgado de guardia. Sin el menor ánimo de hacer ninguna insinuación sexual, en sentido figurado, el valenciano solo veía por el ano del toledano. Pero, a estos incautos, les iba a salir un forúnculo en el culo... y ese forúnculo se llamaba Jesús Loroño.

En aquella primavera de 1957, que nunca olvidaré porque un cronista deportivo de la Cadena Ser, refiriéndose a Loroño, dijo, con el pecho inflamado de pasión: «¡Sí, las primaveras te necesitan!», un verso de no recuerdo qué poeta alemán, El León había recuperado aquel prodigioso vuelo de pedal que le había llevado, casi en volandas, a ganar el Premio de la Montaña del Tour de 1953 y, naturalmente, estaba decidido a arrebatarse el triunfo a su enemigo más odiado en las carreteras. Pero, ay, corrían tiempos no tan felices, como los actuales, para los ciclistas, desde el punto de vista de la elección de equipo y, como la Vuelta no se corría por marcas comerciales sino por equipos nacionales (¡y hasta por equipos regionales!; ¿dónde andáis, equipo Mediterráneo, equipo Pirenaico, equipo Cántabro...?, ¿dónde fue a repostar vuestra maravillosa serpiente multicolor que tanto alegraba aquellas precarias carreteras?...), como se corría por equipos nacionales, digo, Loroño tuvo que acatar las órdenes de la Federación y no tuvo más remedio que correr con la selección nacional, someterse a las órdenes de Luis Puig y aceptar, al menos, de boquilla, ser un esclavo de Bahamontes, el jefe de filas.

El comienzo de Loroño fue fulgurante.

—Javi, gilipollas, ¿qué te han parecido esos dos minutitos largos que, ya en la primera etapa, le ha sacado Loroño a Bahamontes? —le dije a Otegui partiéndome de risa.

La cuarta etapa, desde los primeros kilómetros, fue una auténtica cabronada. Botella y Bahamontes se fugaron. Loroño, en ese momento, era jefe de filas puesto que estaba mejor clasificado que ellos. Quiso salir en su persecución pero Puig se lo prohibió tajantemente. El director no solo no le permitió salir en su persecución sino que le ordenó que frenase al pelotón para que Bahamontes adquiriera la mayor ventaja posible.

—¿Qué tal has encajado el maillot amarillo de Bahamontes, Tricornio?, ¡qué manta es ese Loroño! —se cachondeó de mí Otegui al día siguiente.

La Vuelta a España de 1957 era de Bahamontes, que hasta llegó a sacarle a Loroño más de quince minutos de ventaja.

—¡Qué corazón de oro tiene Loroño! —me dijo Otegui, soltando una carcajada, después de la etapa Madrid-Madrid—. Cuando pinchó Bahamontes, Loroño parecía San Francisco de Asís tirando de él. Si no le llega a ayudar tanto, Bahamontes habría perdido mucho más de dos minutos —y tenía razón el cabrón de Javi—. Aquellos pinchazos de entonces, por el tiempo que se invertía en cambiar la rueda, eran, en complicación técnica, como explosiones de motor de avión. Quien sufría un pinchazo podía perder hasta ocho o diez minutos en la clasificación.

Pero llegó un día de principios de mayo (¿el seis?, ¿el ocho?, ¿el diez del mes de las fresas...?) y se corrió la etapa Valencia-Tortosa, de algo más de ciento setenta y cinco kilómetros. Bernardo Ruiz, Escola y Campillo rompieron el pelotón. Loroño saltó como una alimaña mientras a Bahamontes se le agarrotaban las piernas. Loroño tiró desesperadamente del pelotón, y Escolá, Barbosa y Da Silva colaboraron para hacer triunfar la escapada. Luis Puig, en el coche, se abanicaba los cojones con un ABC y le ordenaba a gritos a Loroño que bajara el ritmo.

—Loroño, animal, frena —insistía Luis Puig desesperado, porque veía el grave riesgo que corría el liderato de su niñita del ojo del culo, su Bahamontes querido—. Frena, salvaje, frena, vasco de bellota, te juro que, en cuanto pises la meta, te sanciono para tus restos.

Pero Loroño era tan terco como La Dolores, la mula de Calatayud, y aceleró con todas sus fuerzas. Luis Puig no era precisamente un acojonado corderito de pascua y, dirigiéndose al conductor del coche en que seguía la carrera, dijo:

—Venga, hostia, pisa a fondo el acelerador y cruza el coche delante de ese alcornoque. Por mis muertos, que a este le hago ahora mismo desistir de su fuga.

Pero Loroño esquivó valientemente el coche, cruzado transversalmente en la carretera, y siguió pedaleando con cabeza, tronco y extremidades. Cuando Bahamontes llevaba perdidos nada menos que doce minutos en la etapa, un motorista de enlace se acercó a Loroño y le mostró la pizarra con tan fantástica diferencia.

—Muy bien. Ya lo he visto. ¿Y a mí qué cojones me importa? —dijo Loroño, ante la insistencia del motorista de que leyera bien la pizarra.

—¡Pues, imagínate lo que me importa a mí! Puedes tener la seguridad de que vuestras batallitas a mí no me quitan el apetito esta noche —respondió el motorista, cuya opinión sobre el caso no le había solicitado nadie.

La victoria de los escapados en Tortosa fue épica: ¡lograron 21 minutos y 59 segundos de ventaja sobre sus inmediatos seguidores! Loroño, nuevo líder de la carrera, fue el alma de aquella olímpica escapada. Bahamontes, desesperado, se encerró en sí mismo, como un pobre cangrejillo (no en vano nació, un nueve de julio, bajo el pusilánime signo de Cáncer) y, a las asediantes preguntas de los periodistas interesados en saber qué le parecía el triunfo de su compañero de equipo, solo respondió, como si, aturdido por el éxito de su enemigo, militara en el nihilismo budista o confundiera el ciclismo con la natación: «Nada, nada, nada».

Para celebrar el sublime triunfo de Loroño, todas las campanas de las putas iglesias de Vizcaya, lanzadas al sprint por sus párrocos, repiquetearon delirantemente durante varias horas. El cura de Larrabetzu, arremangándose la sotana, aceleró hacia la oficina de telégrafos y dictó el siguiente telegrama dirigido al nuevo e inmenso líder de la Vuelta a España: «Te felicita y desea que presentes maillot amarillo a Virgen de Begoña, tocaya de tu esposa. ¡Aúpa Loroño! Firmado: Cipriano, párroco».

Pero Bahamontes tenía, realmente, alma de gitano inasequible a la persecución de la Guardia Civil (y que mi padre, que ya está en el infierno — ya está bien claro que él no iba a cometer el error de ir al cielo —, me perdone desde allí esta pullita contra la Benemérita, que, durante tantos años, nos dio de comer), Bahamontes, digo, tenía alma de noble gitanillo empecinado en no dejarse pisar y no se dio por vencido. Entre los aficionados, era un secreto a voces que Luis Puig había comentado, en su círculo de íntimos, que a él se la

sudaba la ventaja de Loroño y que su hombre para la Vuelta seguía siendo, absurdamente, Bahamontes. ¿No acababa Loroño de dejarlo en la cuneta? Pues no, opinaba Luis Puig, que azuzó a Bahamontes para que atacara sin piedad en la etapa Barcelona-Zaragoza. En los últimos veinte kilómetros, fue demoledor el ataque de Bahamontes y, al día siguiente, La Gaceta del Norte abrió portada con este justísimo titular: «Bahamontes, enemigo público número uno de Loroño». No había que buscarle, pues, enemigos a Loroño entre los franceses y los italianos: ¡Los tenía emboscados en su propio equipo de españoles! Algún día antes de este criminal ataque de Bahamontes, Loroño también tuvo que librar, literalmente, a palos —aunque no sé si a palos de billar, como yo terminaría actuando con Otegui — una cruda batalla con Nencini cuando este degenerado italiano le agarró por el sillín en el momento en que El León intentó saltar en persecución de unos escapados. En aquella refriega, al pobre Crespo le pegaron, entre cuatro italianos, en el pelotón, y una de aquellas bestias salvajes, entre empujón y empujón, hasta llegó a utilizar contra el ciclista español la bomba de hinchar neumáticos.

—¿Qué te ha parecido el ataque de Bahamontes? —le preguntaron repetidamente a Loroño al acabar la etapa Barcelona-Zaragoza.

—Una vergüenza que no tiene nombre —respondió, con cólera reprimida, Loroño, a quien el cuerpo le pedía una réplica todavía más dura contra su compañero de equipo—. Hice el idiota al salvarlo en Navacerrada cuando lo esperé en aquel pinchazo.

Pero, en el deporte, las victorias vuelan muy rápidas.

—Javito, imbécil, ¿qué te han parecido los tres segundos que Loroño le ha sacado a Bahamontes en la contrarreloj Zaragoza-Huesca? —le dije a Otegui después de aquel triunfo que sirvió para consolidar a Loroño como líder virtual de la Vuelta.

Y así fue. Los ciclistas del equipo español, por fin, renunciaron a soplarle a Loroño en el escroto, y El León entró vencedor en San Mamés, La Catedral, el campo de fútbol de mi odiado Bilbao. El triunfo de mi ídolo me sirvió para refrotárselo cientos de veces, por sus belfos de pijo, a Otegui, que acabó de mí hasta los huevos de San Ignacio, el patrón de nuestro colegio, en

cuyo honor tantas veces entonamos juntos, en la capilla, el pachanguero himno Iñasio gure patro aundia...

Pero, ay, el tiempo vuela, como lo vemos todos los días en el telediario, y dos años después, en julio de 1959, Bahamontes ganó el Tour y yo tuve que oír de todo.

—Tricornio, mamón, ¿qué te ha parecido el triunfo de Bahamontes en Francia? —me saludó Otegui, con estas palabras, a nuestra vuelta al colegio—. ¿No crees que un Tour vale por treinta victorias en la Vuelta a España? Loroño, con sus victorias en la Vuelta a España, ha ganado algo así como un 0,20 de Tour. Si sigue ganando Vueltas hasta los cincuenta años, puede que alcance a ganar hasta un 0,70 de Tour. ¡Loroño es un ciclista enorme!

Otegui me machacó a pullas durante dos meses y medio. Javi era bastante más alto y más fuerte que yo y, cuando nos liábamos en alguna pelea, yo siempre recibía más golpes. Es verdad que, si me animaba a poner en práctica todos los recursos a mi alcance, quizá yo tenía más posibilidades de aniquilarlo. Pero mi rivalidad con él no era tan grave como para irme al colegio con el fusil de mi padre y descerrajarle cuatro tiros en clase de matemáticas, la asignatura en la que más brillaba aquel buen chico, elegido innumerables veces, como Príncipe, el honor más ansiado por los alumnos de los jesuitas.

Y, sin embargo, unos días antes de aquella Navidad de 1959 en que no paraba de sonar, en todas las emisoras, la canción Un telegrama, cantada por Monna Bell, ejercí la más inocente venganza contra el cráneo de Otegui con una actuación cuyo recuerdo me ha hecho soltar una carcajada, pero que, ahora, naturalmente, también me produce pena. Aquel día de autos, estuvimos jugando al fútbolín, y luego al billar, Otegui, Fernández y Leránoz, el hijo de un ferretero de Tafalla. Tras unas partidas de billar, de repente, se me ocurrió gastarles a mis compañeros una broma. Elevé mi palo de billar por encima de mi cabeza y, desplazándolo hacia atrás, para intensificar el impulso, lo descargué, con rostro ceñudo, contra el cráneo de Fernández. Cuando el palo llegó a medio palmo de su cabeza, naturalmente, detuve el palo, y los cuatro nos reímos. A continuación, repetí la broma y apunté contra el cráneo de Leránoz. Volví a frenar, naturalmente, el golpe a unos diez centímetros de su excelente cabeza (él siempre sacaba muy buenas notas), y

los cuatro volvimos a estallar en una carcajada. Por supuesto, cuando le tocó el turno al cráneo de Otegui, juro, por la memoria de mi padre, que lo último en lo que yo pensaba era en hacerle daño. Estábamos pasando una tarde agradable y no percibí en mí el menor deseo de rajarle el cráneo. Y, sin embargo, alcé el palo de billar siguiendo el itinerario de las dos veces anteriores y, cuando inicié el descenso, se me fue un poco la mano... Y, ¡zaaaas!, contra mi voluntad, lo vuelvo a jurar, sonó un hostión tan seco en el cráneo de Otegui que todos, salvo Javi, que se quedó helado y quizá hasta perdió la vista, nos miramos aterrorizados. La impresión del absurdo palazzo fue tan fuerte que nadie pudo ya volver a abrir la boca. Poco a poco, cada uno fue recogiendo sus litros y todos, de uno en uno, en silencio, nos fuimos a casa. Otegui no llegó a sangrar. La inmensa brecha que aquel accidental palazzo abrió entre nosotros hizo, sin duda, que nunca comentáramos, entre nosotros, aquel incidente. A la vuelta de las vacaciones de Navidad, le proporcioné, en la sacristía del colegio, una higiénica duchita de orina a San Pancracio, y me expulsaron del colegio. Y, ya a partir de entonces, recuperé mi libertad de elección de ídolo y, sin perder mi inmensa simpatía por Jesús Loroño, restauradas por un milagroso palo de billar mis facultades mentales..., volví a ser hinchas de Bahamontes, el inmortal paisano del sublime escalador Garcilaso.

Última vuelta

Juan Madrid

Si volviera a nacer, sería ciclista, no sé si ustedes saben lo que les digo. El ciclismo es más que un deporte, más que una vocación, y eso lo sé yo muy bien porque llevo sesenta años de ciclista. Sí, no pongan ustedes esa cara, que yo todavía cojo la máquina y me hago mis marcas. Sin ir más lejos, el año pasado me llevé el campeonato de aquí del barrio, una carrerita que organizaron los de la comisión de fiestas. Me dijeron: Eulalio, tú vas a ser el presidente del jurado de esta carrerita que vamos a montar, y yo les dije: Quitá payá yo voy a correr, y me miraron con una cara... El caso es que gané y me lo hice en un tiempo que no estuvo mal del todo... Claro, eso es, en mi categoría, en sénior, pero no me hubiera importado ir con los jóvenes; aunque no me dejaron, insistieron en que yo no estaba para carreras, los muy gilipollas, con perdón de ustedes. Yo hablo muy claro y no tengo pelos en la lengua. Les decía que si me hubiesen dejado participar en la general del barrio habría quedado el cuarto, fíjense ustedes, compitiendo con todos chavales jóvenes con esas máquinas que hay ahora de dieciocho marchas y todas esas gaitas. Me hubiera llevado por delante a la mayoría.

¿Qué?... Disculpe, alce un poco la voz... No, yo no tengo máquina de marchas, eso sí que no... Nunca las he tenido, ¿para qué? A donde no puede subir un hombre y una máquina, pues no se sube, y santas pascuas. Además, no me gustan y se acabó... Deje que le siga contando, que pierdo el hilo... ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!... Que todavía tengo fuelle, ya lo creo, sin ir más lejos me llevé el Primer Premio, sénior, claro de la Vuelta a Getafe en las fiestas últimas. Pero ya no voy a correr más, esa ha sido la última, tengo como un soplo, me dijeron los médicos del seguro... o un infarto, o sea, parece que el corazón ya no es el que era antes, y es comprensible, setenta y cinco tacos hice el invierno pasado. Y pensar que la primera vez que me miraron la tensión, cuando gané el Tour de Francia en 1956, los médicos de la Federación Internacional se quedaron pasmados y me lo hicieron dos veces por si se habían equivocado... Tenía 41 pulsaciones por minuto, fíjense ustedes; yo

podía estar un día entero dale que te dale a pedalear en mi Orbea y acababa con 100 pulsaciones, y, luego, con diez minutos tenía suficiente para que las pulsaciones volvieran otra vez a ponerse en 40 ó 50.

No crea, muchas veces me he preguntado de dónde he sacado yo esa resistencia física que antes tenía, y la verdad es que no tengo una respuesta clara. Los periodistas me lo han preguntado muchas veces y ya he contestado en las entrevistas, pero mentía. Entreviús me han hecho ya un mogollón de ellas, aunque hace ya mucho tiempo que no viene nadie de la prensa por mi casa... Ahora el ciclismo es otra cosa, es de publicidad, de ganar pasta, de llevársela a espuestas, no es como antes, antes era de vocación.

No sé si ustedes lo saben, pero mi padre era albañil, analfabeto, igual que mi madre, que en gloria estén los dos. Tuvieron once hijos, pero les vivieron solo siete y se vinieron andando desde Málaga para Madrid porque había trabajo en la construcción de la Gran Vía, que se hizo tirando mogollón de casas que había entonces... No, coño, ¿cómo voy yo a ver eso? Eso fue en 1927 y me lo contó mi padre... Todavía me acuerdo de él. Eulalio, me decía, aprende a leer y a escribir, aprende cultura que eso nos hará libres. Que razón tenía... El hombre se deslomó para que fuéramos a la escuela mi hermano Toni y yo... A mi hermano Toni lo mataron los fascistas... Bueno, nos mataron a tres hermanos y otros tres murieron de tuberculosis... Solo quedamos mi hermana Águeda y yo.

¿Perdonen, no quieren tomar algo? ¿Una cervecita, un vinito? Vale, como quieran... les decía que ahora los chavales con posibilidades, que los hay, y ahí tienen de muestra a mi chaval, al Julián, que es un monstruo aunque esté mal que yo lo diga. Mi chaval, en una sola carrera se lleva más de lo que he conseguido yo corriendo durante toda mi vida. Que digo más, diez veces más o mil veces más, ¡yo qué sé! Lo que son las cosas, ¿verdad? Bueno, pues mi chaval, el Julián, no corre si no es por pasta y pasta cantidad. Me dijo que el año pasado se llevó casi quinientos kilos entre primas y sobrecito bajo cuerda para engañar a Hacienda. Quinientos kilos. Ahí es nada para un chaval de veintitrés años, el acabóse, vamos. Y fíjense ustedes que yo me llevé un millón de pesetas por el Tour, nada menos, un millón de entonces con el que le compré esta casita a mi Reme y nos casamos y el tallercito de bicicletas que, ahí lo ven ustedes, es una mina, porque ya nadie quiere saber nada de

reparar máquinas, los equipos las compran por docenas; a ver, tienen pasta a mogollón, y cuando se estropean pues las tiran. Y los particulares, los que tienen bicis por distracción, cuando se estropean las tiran y se compran otras. Estamos en el derroche, en el despelote puro.

Mi chaval, cuando corrió en el último Tour, que quedó el tercero en la general, usaba de veinte a veinticinco máquinas, esas máquinas especiales que parecen aviones... ¿Saben ustedes cuántas utilicé yo en mi Tour? ¿No lo saben? Coño, vino en todos los periódicos, pero, claro, ustedes a lo mejor no habían nacido. Pues utilicé tres... Venancio me las iba preparando mientras yo las iba jodiendo, porque yo me jodía una máquina en cada carrera. Venancio, por tu madre, le decía yo, arréglamela como Dios manda que se me ha soltado la cadena dos veces, cabrón. Y el Venancio, Dios lo tenga en su gloria, me las tenía siempre a punto, engrasaditas, con el aire justo en las gomas... ¡Cómo me acuerdo del Venancio!... Y de Valdés, el chaval que venía conmigo. Herranz, el preparador; Lucas, Inchausti, el vasquito; Loren, que era de Madrid, como yo, el jodido del Muñoz, que le llamábamos el «Verbenas», que tenía facultades para dar y tomar, pero que se iba de farra, el tío después de las carreras, cogía unas moñas de aquí te espero y al otro día... hala, a correr como si nada... Qué tiempos...

¿Cómo, que por qué mentía yo en los interviús? Je, je, je... es que usted no se acuerda, joven, de lo que fue con Franco, ¿verdad?... No, ustedes son muy jóvenes... Yo mentía porque estaba Franco, y si llego a decir la verdad, pues el delegado de Deportes, el señor Elola de Olaso, que era general, pues me quitaba de la Federación y santas pascuas... Por eso, cuando me preguntaban por mi forma física, por mis facultades a resultas de llevarme el Tour delante de todos esos ciclistas del mundo entero, pues yo decía que era la furia española y a vivir que son dos días. Hasta Franco me recibió, fíjense ustedes y le tuve que dar la mano. Mi Reme me decía: Eulalio no vayas a hacer una de las tuyas y no lo saludes. Yo, de cachondeo, de broma, le decía: Reme, chata, a ese asesino no le doy yo la mano, y mi Reme se ponía malita y me pedía por Dios que le diera la mano a ese sapo ladrón.

Al final le di la mano, nos ha jodido, pero no le di confianza, como los otros compañeros del equipo; yo no abrí la boca, yo, calladito, chipén. Mientras lo veía con esa cara impasible, esa tripa asquerosa, me decía:

Eulalio, qué lástima de no estrangularlo ahora mismo. En fin, la vida... Ahora voy, ahora les cuento eso de mentir en las interviús. Les decía que mentía con ese rollo de la furia española, por no decir la verdad, era de que yo me entrené mientras estuve en el Quinto Regimiento con mi general, el camarada Líster, sí señor, como oyen ustedes. ¿Qué no saben quién era el general Líster? Coño, cómo está el país, ¿seguro que no? ¿Y el Quinto Regimiento? ¿Tampoco? Coño, la cosa es grave, ya lo creo... Sí, eso es, un regimiento comunista, vamos, porque aunque se apuntaba cualquiera, los mandos eran comunistas.

Yo me fui con ellos con dieciséis años, mintiendo en la edad... y como ya había quedado en segundo lugar en la Vuelta a España 1935, me metieron como enlace del Estado Mayor del camarada Listen... y ahí estaba yo en bicicleta yendo y viniendo de los frentes al puesto de mando y del puesto de mando a los frentes o a los lugares donde estaban las compañías. Al principio me dieron una moto, una de esas rusas con sidecar, pero era un armatoste y a mí nunca me han gustado las motos, qué le vamos a hacer, a mí las bicis. Bueno, como no había gasolina yo le dije al camarada Líster que podíamos ahorrar si me daban una bici. La gasolina para los tanques, mi general, le dije yo, yo pedaleo mejor y voy más rápido... y así fue...

Yo iba en mi bici, una bici inglesa que no sé dónde salió, una máquina que era una maravilla, con mi macuto con las órdenes, el correo... y el mosquetón y una ración de rancho porque a veces los viajes duraban un día entre ir y venir.

Y no se crean, a veces hacía viajes de ochenta kilómetros, cuarenta de ida y cuarenta de vuelta, que los hacía sin descansar. Llegaba, daba los partes y el correo, me sentaba a comer lo que fuera y otra vez al puesto de mando. No se crean, no fue una vez ni dos, porque muchas veces cuando llegaba al puesto de mando resulta que no lo encontraba, estaba en otro sitio... Tampoco fue una vez, ni dos, que crucé el frente en bici escuchando los obuses y la fusilería de los fascistas, que me tiraban como a los patos en el tiro al blanco.

Luego me metieron en el talego... que me querían fusilar y todo solo por servir a la República... qué gentuza con mala leche, coño. Fueron vengativos, canallas sin entrañas, ni perdonar supieron, los muy cabrones...

Pero, bueno, voy a dejar de hablar de política que se me sube la sangre a la cabeza. Pero lo que les digo es que si no llega a ser por el ciclismo yo seguiría de albañil, seguiría con las chapuzas, ¡Dios sabe de qué!... Bueno, les sigo contando, yo pillé el entrenamiento con la bici, mi maestría, ahí en el frente, cuando fui enlace, ahí fue cuando yo cogí el tranquillo a la máquina, que luego el subir los puertos en el Pirineo o los Alpes era pan comido, un paseo de domingo. Me acuerdo que en el Tour yo mismo me decía: Eulalio, tira para adelante que ahí están los fascistas... y no vean ustedes cómo jalaba yo... parecía que tenía alas en los pies, según escribieron los periodistas de entonces.

Claro, todo eso del frente yo no se lo podía decir a los periodistas de entonces, que eran todos del régimen, ¿me comprenden ahora ustedes? Yo les decía que era la furia española, vaya mierda. Luego, con la democracia, fui a ver a mi general Líster, cuando volvió a España, y no me reconoció, Coño, mi general, ¿no se acuerda usted de mí? Y él, pues no, no caigo. Y yo le decía, Eulalio Muñoz, mi general, enlace del Estado Mayor. Gané el Tour en 1956, salió en los periódicos de todo el mundo, mi general. Y él, ¿Eulalio, Eulalio...? Coño, me dio pena, un poco de tristeza... aunque bien mirado, mi general debía de tener muchos nombres, mucha gente en la cabeza después de la vida que llevó... Pero esto es ya agua pasada, como yo digo.

A mi hijo, al Julián, lo entrené yo desde niño, desde pequeño, y lo entrené a mi manera, luego, cuando ganó la Vuelta Juvenil a España me lo contrataron en el equipo ese en el que está y me lo quitaron de las manos... Ahí tenían un médico, un no sé qué, dos masajistas... un entrenador, no sé cuántos mecánicos... ¡Yo qué sé! ¡La intemerata, tenían!, pero él, cuando el año pasado quedó el tercero, y fue por el accidente ese, que si no queda el segundo, dijo a la prensa que todo se lo debía a su padre, o sea a mí, a Eulalio Muñoz, buen chaval mi Julián.

Yo le dije: Julián, manda a tomar por el culo a esa caterva de entrenadores y chorizos, dosifícate un poco, que te cubran los demás, no pilles tanta marcha en las bajadas que te vas a escoñar, que las máquinas de ahora son una puta mierda, que no pesan, que son de aire... Tú a las subidas, a aprovecharte de ese corazón y de esas piernas que tienes... ¿Mi manera de entrenar? Pues muy sencilla, muy fácil, no tiene secreto ninguno. Ya de

chavalillo, de bien niño, con una maquinita que le compré de piñón fijo, lo ponía a dar vueltas, a aprender a fundirse con la máquina, como una extensión de los brazos, de las piernas... de todo el cuerpo, vamos. Yo diría, y perdone usted, que es como estar con una mujer. Y sobre todo, a darle, a darle... y luego hacíamos gimnasia, corríamos por aquí, monte a través, que no había tantas casas, para conseguir fuelle y corazón... y cojones, dicho sea de paso y perdonen mi lengua... Bueno, eso y no fumar, nada de bebida que es la lacra de los hombres, nada de cachondeo con mujeres... o sea, un atleta. Mi Julián, cuando ganó el juvenil, era un atleta, un pedazo de atleta.

El lleva ya dos Tours ganados, una vez el Giro de Italia... un palmarás que no lo tiene nadie ahora mismo en el mundo... y con veintitrés tacos que tiene mi Julián, no le queda cuerda ni nada, le queda cuerda para dar y tomar. Es un ciclista de elite, un atleta, ya le digo... Joder que serios están ustedes, ¿no? Yo es que hablo mucho ya antes, de joven, también me gustaba hablar, pero ahora, de viejo, es que no hago otra cosa. Me lío con el primero que pillo, je, je, je... no se ofendan es que cuando estoy contento es que me salen las palabras sin querer. Ustedes se preguntarán si yo creo que va a ganar mi chaval y yo le digo que sí, que se lleva este Tour. Esta vez no va a pasar como el del año pasado.

No, hace mucho que no nos vemos. No, que va, enfadados no estamos, lo que pasa es que... bueno, que gana mucho parné, es rico, se ha comprado ese chalé y se ha casado con la tía esa, la modelo, actriz, puta o lo que sea... la atorrante esa que tiene más peligro que un mono con una navaja... Todo el día con el cigarrito en la boca, todo el día de fiestas... Julián, le digo yo, no se te ocurra hacerte un golfo, que se acaba tu vida de atleta... Un vinito, sí, unas cañitas con los amigos, también... Pero tantas fiestas, tanto cachondeo... venga ya...

Pero él, bueno, él es que tiene un físico, una resistencia que da gusto verlo... Pero todo se acaba, como yo le digo, todo se gasta y a él le quedan diez años de ciclista... Si se cuida, si no le quedan tres días y pare usted de contar. Mi Julián, si se lo propone, puede llegar a donde quiera. ¿Saben lo que se va a llevar en este Tour? Si gana, casi mil kilos... Sí, no me miren con esa cara, casi mil kilos... y si queda entre los tres primeros, la mitad... Solo por correr le dan cien millones... Es para joderse, cien kilos.

Bueno, según la prensa de ayer va el primero a doce minutos del segundo, el italiano ese tan bueno... Qué alegría me entra, coño, cuando lo veo en la tele, se me saltan las lágrimas y echo en falta a su madre, a mi Reme... ¿Por qué me miran con esas caras? Coño, ¿no me digan que no son ustedes periodistas? Y yo venga hablar y hablar. ¿Qué son, entonces? Coño, esperen un momento, ¿han venido a decirme algo de mi Julián? ¿Le ha ocurrido algo a mi Julián? ¿Por qué ponen esa cara?

La muda semblanza del gregario

Luis Martínez de Mingo

Viendo al pelotón a vuelo de pájaro deslizarse como una mancha oval sobre altozanos, páramos y bajadas serpentinas, nadie reparó en él; esa fue su gloria. Desde una toma lejana y en picado todos los corredores parecen el mismo, pero lo que quiero decir es que para Martín Piñeiro, que solo aspiró a ser uno más, eso colmaba todas sus ansias. Su meta no era llegar a la meta y levantar los brazos, sino vivir dentro del regazo turbio y caliente de los brazos, las cadenas y las bielas. El pelotón le resultaba, aunque él nunca se molestase en definirlo, grasiento y sofocante como un cuarto de máquinas; o sea, que aquel protozoo gigante y movedizo era su familia, toda su familia. En realidad, y eso sí que le gustaba a Martín Piñeiro repetir, había nacido sobre una bicicleta. Su madre, mujer inquieta, hortelana y gran pedaleadora de la posguerra, sintió las primeras convulsiones de su parto encima de un sillín y, si no se da prisa y acude precipitadamente a casa con el recado, Martín había nacido sobre el manillar, como un encargo cualquiera de puerros y cebollas. Siempre se le vio dando pedales, apegado a la bici, haciendo piruetas sobre el sillín o sentado de medio lado sobre la barra y frenando con la suela rueda trasera, cuando ya no le quedaban zapatas en los frenos. Él y la bici formaban un todo inextricable, y de forma natural era «Martín el ciclista» porque subía y bajaba escaleras, se paraba quieto, con la rueda delantera cruzada, todo el tiempo que quería, y andaba sobre la trasera, haciendo trompos como le daba la gana. Mucha gente le dijo que tenía que ir al circo, que se podía ganar muy bien la vida así, pero a él el circo y la poesía siempre le parecieron muy tristes y por eso, por lo bajinis, se reía porque la gente da consejos y no sabe lo que dice. No, el futuro lo estaba esperando y llegó porque el futuro siempre llega. Fue una mañana de domingo primaveral y gallega y se le apareció en forma de carrera ciclista. El ayuntamiento organizó una prueba abierta, de rango interprovincial, en la que no solo podían participar todos los del pueblo, sino también los corredores de las comarcas limítrofes. De hecho se presentaron más de 50, lo

que estaba muy bien para los premios que había. Martín salió nervioso. Nunca se había metido a medirse con nadie, así que no conocía sus límites. A mitad de carrera, el pelotón de cabeza lo componían ocho corredores y allí estaba el intruso, tieso, atento, controlando las principales ruedas. No daba muestras de cansancio ni aquello era para tanto. Los ciclistas se marcaban, apretaban los dientes y daban arreones secos, pero Martín, sin excesivo esfuerzo, a su trantrán, los cogía y seguía a su ritmo como cuando iba solo. Cuando se acercaron a meta, situada en lo alto del pueblo, tras una subida cruda de más de 500 metros, Martín se engarabitó, se apretó los calapiés y, como el que se despegas de la nave nodriza, se fue para arriba, hacia donde viven las águilas, solo, con la majestad con que lo hacen las figuras. Ganó sin querer. De hecho, pocas veces más ganó una carrera. Vinieron los agasajos, los ramos de flores y el olor picante de las multitudes. La verdad es que todo pasa raudo, pero a Martín se le hizo costoso, porque ni pensó nunca en ganar ni le gustaron las celebraciones. Lo llevó como pudo, pero desde aquel día sí que tuvo claro lo que iba a hacer con su vida: sería ciclista a cualquier precio. Se compraría una bici nueva y viviría encima de ella como el que vive rodeado de libros o se pasa la vida entre bragas y sostenes.

Una cosa es ganar carreras de pueblo y otra que te fiche un equipo profesional y te asigne un sueldo para poder vivir. Martín se compró, mediante un préstamo y avalado por sus padres, que hasta entonces no sabían qué hacer con él, una bici de cine. Como a él le gustaba decir de carrerilla: «Tiene cuadro Macario, con tubo Sefard, recorres Nevers y patilla Campagnolo; tiene bielas Stromling y sillín Sofatti, italiano. Todo lo demás Campagnolo, menos la cadena, claro, que es Regina». Martín Piñeiro tenía, siempre tuvo, dificultades de relación social. Ni destacó en la escuela ni fue cabecilla de ninguna banda desalmada de jóvenes, pero, en cambio, sobre la bici se desdoblaba, no solo se defendía en todos los terrenos, sino que planificaba las carreras como un gran estratega. Había que tirar a ritmo en el falso llano para desgastar a los escaladores natos y que, así, no demarrasen a degüello subiendo, pues allí estaba Martín. Había que preparar el sprint para un compañero, allí aparecía de nuevo. Durante toda su época de aficionado se la pasó siempre alerta, trabajando para los demás y dejando siempre bien claro que era un corredor completo. Fueron solo cuatro años, de los 19 a los 22, pero para los ojeadores fueron más que suficientes. Era sacrificado, nunca

pedía relevo ni tiraba a estrincones secos cuando se trataba de ir a cazar. Pasaba el bidón y la comida antes que nadie, y ni por asomo se le ocurría pedir aumento de sueldo, como hacían muchos, tras una buena actuación. Martín Piñeiro, eso sí, también tenía sus rarezas; siempre dejó bien claro que él no quería ganar; si llegaba con otro escapado, se ponía rueda y no entraba al sprint, y, por supuesto, que nadie esperase que le prestara su bici. Eso era algo que había hecho constar en el contrato. Aunque se cayese el líder del equipo en el último kilómetro y de ello dependiese el triunfo en la clasificación general, Martín Piñeiro no tenía obligación alguna de ceder su máquina al compañero. Era algo superior a sus fuerzas y, como compensaba por tantas otras virtudes, se lo admitieron y a correr.

El Kelme le ofreció un sueldo digno de profesional, como para no preocuparse nada más que de la bicicleta, y él, que no tenía otra cosa en la cabeza, firmó. No tardó mucho en responder a las expectativas. En una de las primeras vueltas de la temporada, la de Mallorca, había que tirar a tope para neutralizar una escapada de los de la ONCE, y Martín Piñeiro, en su segunda carrera de profesional, puso al pelotón en fila india y los llevó así más de 20 kilómetros hasta que como un sabueso atrapó a los forajidos. Todo el equipo lo felicitó, pero, claro, llegó a la meta y aparecieron los del micrófono y las cámaras. Martín quiso decir algo y solo le salió un zurullo de sonidos imposible de descifrar. Y es que Martín, ya es hora de decirlo, era bastante tartamudo. Al principio le dijeron que era cosa de la edad, que, bueno, que casi seguro de pequeño le habrían dado un par de hostias donde había que haberle dado dos buenas razones y que, como era muy sensible y eso, se le habría obturado algún mecanismo. Que con el paso de los años, al hacerse más duro y eso, se le quitaría y que no le diera más vueltas. Pero Martín sabía que aquello tenía mal remedio, porque él tampoco estaba dispuesto a hablar mucho, y que la tortura no era subir el Aubisque, sino ser rey de la montaña y que le hicieran entrevistas. Lo peor fue que se rieron de él, que la canallesca le saca punta a todo y que, al día siguiente, aparecieron viñetas en las que se veía a un corredor con la boca sellada, trepando como un abanto por el calcañar de las montañas sin más correspondencia que el eco de las cunetas y el resuello de los pájaros. «Nunca más», dijo esta vez de un tirón y sin trastabillar al primer compañero que tenía al lado, «no volveré a hacer ni puta declaración porque no tengo nada que decir ni puta falta que me hace. Lo

mío es vivir con la cabeza metida en el manillar, y el que quiera saber de mí que mire a la clasificación». Hasta entonces la relación de Martín con su bicicleta ya había sido especial, univitelina, más bien. Todos los ciclistas cuidan meticulosamente sus máquinas, les gustan bien limpias y no las dejan fácilmente, pero lo de Martín era distinto. Quizá el hecho de no tener apenas relaciones sociales, de sentirse apartado del mundo femenino, porque él veía que las chicas no tenían manillar por donde cogerlas ni sabía cómo se les hacía el cambio de marchas, luego lo de la tartamudez y tal. Lo cierto es que el hombre tenía que subir la bici a la habitación del hotel porque si no no dormía. Al día siguiente aparecía con ojeras y destemplado y ya no rendía como se esperaba.

Tuvieron que concederle ese privilegio. Al poco tiempo, sus escrúpulos de limpieza se antepusieron a cualquier sensatez, y primero se descolgó del pelotón y después se retiró porque había llovido mucho, la carretera soltaba grasilla y él se negó a seguir porque dio a entender que con una bici así no se sentía a gusto y, no solo eso, sino que sufría él más que la máquina y así era mejor dejarlo. Los directores del equipo consintieron porque era quien era, pero se temieron algo raro cuando vieron que en las concentraciones se dedicaba a aprender el lenguaje de los sordomudos, porque llevaba a rajatabla su propósito, y a dirigirle aspavientos, muecas y tejemanejes a la bici, tanto en público como en su habitación, cara a cara encerrados. Aquello no apuntaba bien, pero entre todos acordaron un pacto de silencio y continuaron la temporada. Porque la verdad es que los días normales, digamos, Martín Piñeiro era el de siempre, el alma, iba a decir el lama del equipo. Como nunca regateó esfuerzos, no le importaba hacer de aguador, hacer de liebre hasta quemarse subiendo un puerto en cabeza, sofocando como un pulpo a sus rivales para luego, llegado el momento, dejarse caer a cola del grupo y que el líder, el mejor colocado del equipo, propiciase el hachazo. Martín fue siempre ejemplar, repito, y por eso toleraron sus manías aunque, últimamente, los rumores ser habían materializado en algo más que eso y además en un terreno muy resbaladizo. Resultaba chocante, aunque en el fondo indiferente, que en los días de descanso, mientras los compañeros cogían el coche, o un taxi, para hacer alguna compra, él se agarrara la bicicleta y se la jugase, como una lombriz entre los coches, para comprar linimento o un cepillo de dientes. Resultaba simpático que los compañeros le gastasen

bromas. ¿Qué, Martín, que no sabes vivir si no llevas una tía debajo, no? A ti no se te escapa tan fácil, ¿eh? Y Martín, que no fue nunca sordo, contestaba haciendo sus jeribeques con los dedos. Que no se sabía si era un exabrupto o los sortilegios de un mal de ojo. Lo que ya no pudieron silenciar los del Kelme, y por tanto se convirtió en un secreto a voces, fue lo de las convulsiones y los ojos en blanco. Lo habían observado. Sistemáticamente, cuando hacía un esfuerzo tan generoso como el de provocar que se fueran quedando en las rampas más duras de los puertos todos los rivales hasta dejar la etapa para que la sentencie el líder. Exactamente cuando se dejaba caer, empapado de sudor, de salitre y de mucosidades, Martín Piñeiro entraba en un estado de trance, se refrotaba acrobáticamente sobre el sillín, se volcaba sobre el manillar y, con los ojos en blanco, a riesgo de no volver del viaje o de caer al silencio más remoto en el vientre de un barranco, el ciclista se estiraba sobre la bicicleta y se corría como un bendito, más ingenuo que un hermano fosor. El director deportivo lo sabía hacía ya tiempo porque lo había visto en los entrenamientos, y por eso, y porque no tenía más cojones que dejarlo, se mantenía a distancia y cuando terminaba, porque la suerte es que no le duraba mucho, se le acercaba como si tal cosa y le preguntaba:

—¿Qué, Martín, quieres algo de comer?

—Sí, sí. Pásame lo que tengas —decía entonces con toda nitidez, sin tartamudear ni nada. Y allí mismo se metía dulce de membrillo, tacos de jamón, mermelada, frutos secos y todo lo que rebañase a su alcance. Luego, ya pasado el sofoco, volvía al seno del pelotón y tornaba a ser el mismo obrero al servicio de todos, pero ahí dejaba el número. Si hubiesen sido los tiempos de Bahamontes, cuando las carreras se vivían a través de la radio, pero con las cámaras dispuestas a todo con tal de dar que hablar, aquello ya era una bomba. Nadie se atrevía además a decirle nada porque la cosa sobrevenía como un ataque epiléptico, intempestiva. Lo normal es que hubiera entrado en trance en su habitación, por la noche, pero es que después de un esfuerzo así y sabiendo cómo se encogen las partes pudendas cuando no se las alimenta con la imaginación, aquello solo tenía una explicación. Martín —dijeron los médicos— no tenía aquello asociado a la fantasía, al alma, digamos, si no que, debido a su especial naturaleza, había desarrollado un vínculo instintivo, exclusivamente animal, y lo mismo que estos, cuanto

más se rozaba y se refrotaba con su elemento, más cerca estaba de las convulsiones aquellas.

Martín fue un caso, y realmente resultó difícil tomar una determinación porque no hubo gregario parecido en muchos años. Si tuvo que escaparse para ganar en la clasificación por equipos y meterle 15 minutos al segundo, como nunca contó para la general, los líderes lo dejaban y cuando se daban cuenta era imposible echarle el guante. Eso sí, en la meta ya no hacía ni jeribeques. Martín cambió de tubulares, por supuesto, a medida que fueron llegando los más finos. Cambió también de ruedas cuando llegó la suficiencia económica, y cambió de sillín y de manillar, incluso, porque la tija se le quedó pequeña. Martín admitió el cambio de frenos, de Mafac a Universal, porque le parecieron más livianos. Martín Piñeiro dejó los rastrales y se pasó a los pedales automáticos, aunque eso le costó un tiempo. Lo que nunca aguantó, porque eso le pareció siempre el alma misma de la bici, o sea, la base de su identidad, fue el cuadro. Tuvo una caída grave y el cuadro se le partió. Pues mientras se recuperó hubo que soldarle el cuadro y volvérselo a pintar de azul índigo, tal y como lo tuvo siempre. Cuando llegaron los nuevos modelos, Zeus, Shimano, los compañeros le decían que eran mucho más livianos, que estaban hechos de titanio, de fibra de carbono, de aleaciones ligeras. Le repitieron cien veces que probase y que, si no le convencían, que volviera a su Macario, pero Martín ahí siguió enganchado. «Tiene tubo Sefard, recores Nevers y patilla Campagnolo. ¿Cómo coño queréis que cambie?» —sin trabucarse, lo decía, porque se lo sabía de carrerilla—. «Aquello que nos hace caer, nos ayuda también a levantarnos», solía repetir mucho Martín. «Y viceversa, Martín, y viceversa», le repetían a continuación sus coequipiers, pero eso ya no lo oía porque los ciclistas suelen ser gente con escasa tendencia a la abstracción. Martín Piñeiro, al que quizá algún maduro lector recuerde como el de las grandes galopadas, siguió haciendo una gran labor de zapa, pero cada vez perdía más tiempo en las contrarreloj. Eso, sin duda, era un lastre para la clasificación y, en parte, le sugirieron que podía ser debido al cuadro. Martín zanjó la cuestión con un argumento de la mula Francis, para no hacerse un desdoro a sí mismo: «No sé por qué le dais tantas vueltas. Con este cuadro he llegado donde he llegado y con él voy a seguir hasta la tumba». A Martín no se le conocían más relaciones que las ciclistas y, en general, esas ya saben ustedes cómo son. Que esta noche he tenido

calambres, que no respiro bien, que me salta la cadena en el piñón grande y que voy a cambiar de tubulares porque estos no se agarran. Pero las historias se fueron complicando. Porque Martín le había hecho a la bici una funda impermeable y, receloso de que alguien entrase a la habitación del hotel mientras dormía y se la tocara, Martín le colocaba el preservativo con cremallera, que englobaba también al sillín y al manillar, y lo cerraba con candado hasta el despuntar del alba. Crecieron los rumores, no permitía que se le acercasen mucho ni los compañeros del pelotón —único calor humano a su alcance—, y claro, ante tan alarmante solipsismo, los problemas fueron cada vez más numerosos.

Cuando un día, ya a final de temporada y con espasmos en el corazón, el director deportivo le comunicó que, en fin, que mira Martín, que es que los jóvenes vienen pegando, que hay uno que apunta muy alto y que no tenemos sitio en el equipo, Martín selló su carrera. Era la Volta a Catalunya, que entonces se corría a final de temporada, y la meta estaba en la Pobla de Segur, allá arriba, donde el aire se confunde. Martín se escapó solo, sin contar con estrategias ni juegos de equipo, en el kilómetro veinte de carrera. Enseguida tuvo cinco minutos. El director le ordenó repetidas veces que esperase a Cáchelo, que venía con otros dos también por delante del pelotón. Martín Piñeiro no solo estaba ya mudo, sino sordo también. No escuchó el graznido de los cuervos ni el susurro de los elfos que viven en los árboles. Martín apretó los dientes y, con la mirada clavada en el horizonte, sudando como si le estuvieran practicando una liposucción, se fue abriendo hueco, amplió la ventaja y, por segunda vez en su vida deportiva, coronó el puerto y entró victorioso a la meta. Según el cómputo general de tiempos, Martín Piñeiro era el nuevo líder de la Volta. Le esperaban los comentaristas extranjeros y españoles, la mayoría catalanes. Martín no levantó los brazos al cruzar la cinta de meta. Ante el asombro general, el nuevo líder de la carrera no dio la vuelta ni paró de dar pedales. Al principio esperaron, porque se dijo que tenía que pasar las pruebas del control antidoping, luego dijeron por los altavoces que se estaban duchando y que aparecería ya con chándal en la tribuna de comentaristas. Después ya se dijo que Martín Piñeiro estaba indispuesto y que sería su director deportivo el que recogería el trofeo y el maillot de líder. Martín nunca más apareció en el mundo. Cuando un espécimen así quiere hacer algo sonado, lo suele tener todo muy bien

calculado. A buscar pistas recurrieron los de la canallesca a casa de sus padres, pero no encontraron mucho, entre otras cosas porque su madre ya había muerto y su padre, que sobrevivía entre unas pocas vacas en el puebliño gallego, también era tartaja. Martín Piñeiro, una leyenda viva que se ha tragado el olvido, como lo hará con todos, y que ha pasado a la historia como el único ciclista que no se ha prestado a decir obviedades ni tonterías después de ganar una gran carrera. Los catalanes no se lo perdonarán nunca, pero, en fin, ya sabemos cómo son los catalanes.

Hoy en día es fácil esconderse y renacer desde otra piel en una nueva reencarnadura. Es posible que esta leyenda del ciclismo, ya cuarentón, sea el dueño-dependiente de una pequeña tienda de zapatos en Granada. Yo no sé si se salió del mapa, exactamente igual que las figuras volatineras del cuadro de Chagall. Es muy difícil que muriera porque se habría terminado sabiendo algo de sus restos mortales. La voz del pueblo, que todo lo convierte en romance, habla de que Martín es socio de la tienda de bicicletas que Laudelino Cubino tiene en Béjar (Salamanca), pero ni el propio ex ciclista ni titirimundi alguno confirma ni desmiente la noticia. En fin, si a partir de aquí, semejante mío, te da por investigar y llegas a alguna dársena verosímil, mi dirección en Internet es: www.mingo.com. Te espero.

El sprint final

Ignacio Martínez de Pisón

Durante la temporada de caza solían venir los domingos por la mañana. El primero en llegar era siempre Menéndez, el más gordo de los dos. A eso de las siete oíamos el ruido inconfundible de su coche, un Renault 5 Turbo con llantas de aleación y alerón aerodinámico. También con un gran adhesivo en la luna trasera que decía: «RALLY». Lo oíamos acercarse a toda velocidad por la carretera del hostel y luego frenar con brusquedad ante la entrada del restaurante. Entonces Menéndez pisaba aún dos veces el acelerador y el motor le respondía con sendos bramidos: brruum, brruum. Y él empezaba a gritar:

— ¡Arriba, señores, que ya va siendo hora! ¡Venga, venga!

Sus gritos iban indefectiblemente acompañados de sonoros bocinazos, que solo cesarían cuando alguno de nosotros, desde el interior del hostel, diera señales de vida. Era esa su manera de recordarnos que ahora todo le pertenecía: el edificio de tres pisos con la fachada de ladrillo visto, el rótulo de neón que decía «Hostal Los Pinos Restaurant», el pequeño jardín con un olivo y cinco pinos piñoneros, el espacioso aparcamiento. Ahora todo eso era suyo, suyo y de su socio, y Menéndez seguía dando bocinazos para que las cosas estuvieran claras desde el principio: el que acababa de aparcar el coche era el propietario, y no un viajero despistado que buscara un sitio donde desayunar.

— Ya está aquí ese hijo de... — solía murmurar Juan mientras subía la persiana de nuestra habitación hasta media altura.

Uno de esos domingos, Rafa y yo asomamos la cabeza por el hueco que quedaba libre, y luego también la asomó Juan, que subió por fin la persiana hasta arriba. Estábamos, claro, en pijama, y miramos a Menéndez con expresión torva y desafiante. Él, de pie junto al Renault, volvió a aporrear el claxon a través de la ventanilla. Gritó:

—¡No tengo todo el día! ¡Decidle a vuestro padre que lo estoy esperando! —¡Eres un hijo de puta! ¡Y un ladrón! —le contestó Juan, también a gritos. Menéndez se agachó, cogió una piedra del tamaño de un puño y se dispuso a lanzarla contra nuestra ventana. Antes de que llegara a hacerlo, se alzó la persiana de la habitación contigua y nuestra madre se apresuró a intervenir:

—¡Espere un momento! Ahora mismo sale mi marido.

Menéndez sostuvo la piedra en la palma de la mano y cabeceó con rencor. —¿Así es como educan a sus hijos? ¿Permitiéndoles que insulten a la gente? En mi época, si un joven utilizaba un lenguaje así, se le lavaba la boca con jabón...

—¡Ladrón, que eres un ladrón! —volvió a gritar Juan.

La piedra se estrelló contra el marco de la ventana en el mismo instante en que nuestras cabezas desaparecían momentáneamente de su vista. Cuando volví a mirar, Menéndez tenía otra piedra en la mano y parecía dispuesto a intentarlo de nuevo. Al final, sin embargo, no se decidió. Hizo un gesto en dirección a la ventana de mis padres.

—Mire, señora —dijo Menéndez, y yo me imaginé a mi madre, en bata y camisón, sacando de algún lado un pañuelo y sonándose los mocos—. Comprendo que para ustedes tiene que ser un mal trago, pero ¿qué se cree?, también para mí lo es. Entre todos podemos hacer que esto no resulte demasiado desagradable, ¿no le parece?

Oí a mi madre sofocar un sollozo. Para entonces mi padre estaba ya abriendo la puerta. Salió al aparcamiento abrochándose los últimos botones de la chaqueta. Se notaba que había saltado de la cama y que se había vestido precipitadamente. Menéndez lo miró con dureza. Luego se volvió hacia la antigua gasolinera, inactiva ya y de apariencia casi fantasmal, y lanzó la piedra por encima del tejadillo.

—¿Lo ha oído? ¿Ha oído cómo me han llamado sus hijos? —le preguntó—. Ahora usted me saldrá con la murga de siempre: necesito más tiempo, deme unos días más de plazo... ¿Me equivoco o no?

—Solo hasta fin de mes. Para entonces ya habremos encontrado algo.

—Pero ¿cómo se atreve a pedirme nada después de lo que he tenido que oír? Le dije que le daba de tiempo hasta el miércoles. Se lo repito: hasta el miércoles. ¡Y ni un solo día más!

—Disculpe a mis hijos —mi padre humilló la cabeza—. Están nerviosos. Toda su vida la han pasado aquí y es lógico que...

Mis dos hermanos y yo lo seguíamos todo desde nuestra ventana. Menéndez nos señaló con el dedo y volvió a gritar:

—¿Veis lo que habéis hecho? ¿Os dais cuenta del favor que estáis haciendo a vuestro padre? ¡Mientras él me pide ayuda, vosotros os dedicáis a insultarme! ¿Cómo queréis que alguien sea generoso en esas circunstancias?

Hizo una pausa, como esperando una respuesta que nunca llegó, y lo que entonces oí fue un nuevo sollozo de mi madre en la ventana de al lado.

—¡Vuestro padre es un buen hombre! —prosiguió Menéndez—. ¡Un hombre honrado y cabal! ¡Y se avergüenza de vosotros! ¿Verdad que sí?

Mi padre notó que Menéndez lo miraba y asintió vagamente.

—Se lo ruego —dijo—. Solo hasta fin de mes...

—¡Y solo porque vuestro padre es un buen hombre no os echo ahora mismo de mi propiedad!

En ese momento, un todoterreno azul oscuro pasó por delante del hostel y se paró unos cincuenta metros más allá. Menéndez lo siguió con la mirada. Del automóvil salió Clemente, su socio, y tal vez el hecho de que este se detuviera a observarlo desde la distancia influyera en su repentino cambio de actitud. El caso es que agarró a mi padre por la chaqueta de lana y lo zarandeó.

—¡No quiero volverte a oír! —le gritó—. ¿No te das cuenta de que te podría echar ahora mismo y me quedaría tan ancho?

Lo soltó dándole un empujón que a punto estuvo de derribarlo. Luego, sin molestarse siquiera en dedicarle un último vistazo, se metió en su Renault 5 y arrancó. Unos segundos después frenaba junto al todoterreno de Clemente. Este, a través de una de las ventanillas traseras, acariciaba a sus

dos perros cazadores, que no paraban de ladrar. Si el atuendo de Menéndez apenas delataba la actividad a la que iba a consagrar la mañana, el de Clemente podría considerarse un equipo completo de cazador: recias botas de piel, chaleco con cartuchera y hasta un sombrero de fieltro, cuya pretendida elegancia contrastaba con lo grosero de sus facciones y la brutalidad de sus modales. Abrió la puerta trasera del todoterreno y los perros saltaron afuera y echaron a correr de un lado para otro.

—¡Buenos bichos, buenos bichos! —repetía Clemente con satisfacción. Desde el hostel podíamos sin dificultades oír sus palabras, y tampoco ellos se molestaban en bajar la voz. De hecho, parecía que todo lo que se decían el uno al otro se lo decían solo para que nosotros lo oyéramos.

—¿Qué? ¿Se van o no se van? —preguntó el recién llegado.

—El miércoles, te dije que el miércoles.

—¡Pero, coño, Menéndez! ¿Por qué el miércoles? ¿No es nuestro? ¿No lo hemos pagado? El juzgado les dio un mes de plazo para que abandonaran el hostel y llegas tú y aún les das unos días más... ¡Míralos, mira a esos cabrones disfrutando de lo que no es suyo!

Nosotros, inmóviles, seguíamos pendientes de lo que esos dos hombres pudieran hacer.

—Qué quieres que te diga —oímos decir a Menéndez—. Me dan lástima.

—Con lástima no se llega a ninguna parte.

—Es un pobre hombre acabado, con mujer y tres hijos. Unos muertos de hambre... —dijo aquel, y yo pensé que con sus palabras, en lugar de defender a mi padre, solo buscaba humillarlo un poco más.

Vi a Clemente meter medio cuerpo dentro del vehículo, alargar la mano hacia su escopeta y montarla con gestos rápidos y precisos.

—Lo peor que hay: las mosquitas muertas —comentaba mientras tanto—. ¿Quién te dice que no aprovecharán estos días para hacer algún destrozo?

—¿Qué haces? —preguntó Menéndez al ver el arma, pero sus palabras no sirvieron para frenar a su socio, que se apoyó la escopeta en el hombro y apuntó hacia el tejado del hostal.

—¡Al suelo! —exclamé yo, y desde el suelo oímos el ruido del disparo y las posteriores palabras de Clemente:

—¡Esto, para que se vayan enterando!

Cuando volvimos a asomar la cabeza, el eco de la detonación permanecía todavía en el aire. Los perros, excitados, corrían en torno a los coches y ladraban. Menéndez nos señalaba con una mano.

—Pero ¿estás loco? ¡Podrías haber matado a alguien!

Clemente esbozó una sonrisa feliz, casi infantil. Habló en voz bien alta, para asegurarse de que le oíamos por encima de los ladridos de los perros:

—Un accidente de caza. Esas cosas pasan.

—¡Estás loco! ¡Estás completamente loco!

—Tampoco es para tanto, hombre —le reprendió Clemente, tratando de contener una carcajada—. No te pongas así.

—¿Que no me ponga cómo? —replicó Menéndez, enrabiado—. ¿Eh? ¿Cómo?

¡Venga, dime! ¿Que no me ponga cómo?

—No sé... Así. No te pongas así...

—Pero así, ¿cómo? ¿Cómo? ¿Me lo vas a decir?

El otro volvió a encogerse de hombros. El tono de sus voces era cada vez más áspero, y nosotros presenciábamos aquella discusión con más inquietud que curiosidad.

—¡Que me lo digas! —gritaba Menéndez—. ¿Me estás escuchando? ¡Venga, dímelo de una puta vez!

—¿Qué quieres que te diga?

—¡No te lo repetiré más! ¿Me lo vas a decir o no?

—Pero ¿qué es lo que te tengo que decir? ¡Es que ya no me acuerdo!

Menéndez, sin pensárselo un instante, le arrebató la escopeta, se volvió hacia el hostal y disparó un tiro. Nosotros nos agachamos, los perros ladraron con más fuerza. Cuando volvimos a mirar, Menéndez y Clemente, desafiantes, se observaban en silencio. ¿Qué podía ocurrir? Aquellos hombres se comportaban como dos insensatos, y lo peor de todo era que tenían armas. Yo interrogué a mis hermanos con la mirada, consultándoles lo que debíamos hacer, si teníamos o no que llamar a la policía. Pero no hubo tiempo de nada. De repente, Menéndez soltó una carcajada rotunda, poderosa, y enseguida Clemente se sumó a sus risotadas. Solo al cabo de bastantes segundos los vimos serenarse y reunir las fuerzas necesarias para explicar aquel ataque de risa.

—¡Yo tampoco me acuerdo! —exclamó entonces Menéndez—. ¡Yo tampoco me acuerdo de lo que me tienes que decir!

Mi padre consiguió, de todos modos, unas semanas más de plazo, y visitas como aquella se repitieron los domingos siguientes. El último de esos domingos aquellos dos hombres habían dicho que vendrían solo para vernos marchar, y a primera hora de la mañana habíamos ya formado un montón de cajas, bolsas y maletas junto a nuestra vieja Ford, una pequeña furgoneta que tenía el nombre del hostal en las puertas delanteras y que desde hacía tiempo utilizábamos como vehículo familiar.

—Es raro que no hayan llegado... —dije yo, echando un vistazo a la carretera. Mi padre se encogió de hombros, abrió la puerta trasera de la Ford y empezó a cargar bultos. Las cajas abajo, las bolsas y maletas encima, cuidando de dejar un espacio para dos de nosotros. El tercero viajaría delante, con nuestros padres, y así quedaría un poco más de sitio para el equipaje. Al fin y al cabo, en aquella pequeña furgoneta teníamos que llevárnoslo todo: nuestras pertenencias de los últimos quince años, nuestra casa, nuestros recuerdos. ¿Podían tantas cosas caber en un lugar tan pequeño como la trasera de una furgoneta? Mi padre terminó de cargar, cerró de un portazo y dijo:

—Ya estamos. Ahora solo faltan las bicis.

Colocamos nuestras bicicletas sobre la baca y las sujetamos con varios pulpos.

— Ahora sí que estamos — dijo entonces mi padre.

Luego se volvió a mirar la fachada del hostel, y yo supe que la suya era una mirada de despedida.

— Son las once y esa gente sigue sin venir — dije.

— Pues mientras no lleguen no nos podemos ir — dijo mi madre—. Tenemos que entregarles las llaves.

Los demás asentimos en silencio, pero todos sabíamos que eso no era más que un pretexto: podíamos dejarles las llaves en cualquier lado y largarnos tranquilamente.

— Entonces, ¿qué hacemos? — preguntó mí padre.

— Está claro que esperar — contestó ella.

Volvimos a asentir. Lo que ninguno de nosotros quería era dar el paso decisivo: entrar en la Ford y decir adiós a todo lo anterior, coger la autovía y viajar hacia un lugar llamado Vicálvaro, acudir en busca de ayuda a unos parientes que poco o nada podían hacer por nosotros.

A la una y media, ni Menéndez ni su socio habían dado señales de vida y nosotros seguíamos esperando.

— Tengo hambre — dijo Juan.

— Yo también — dijo Rafa.

Nuestra madre abrió una de las puertas de la Ford y sacó la bolsa con la comida que había preparado para el viaje; bocadillos, empanada gallega y fruta. Nos lo comimos todo y luego seguimos como hasta entonces, esperando, pero estoy seguro de que ahora varios de nosotros nos hacíamos la misma pregunta: ¿y si no venían? Dejé pasar un rato más, exactamente hasta las dos, y dije:

—¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos? Para marcharnos siempre estamos a tiempo... Mi padre se acarició la barbilla pensativo e hizo un gesto en dirección al edificio: —Voy a llamar a Vicálvaro.

Sus palabras fueron como una orden para nosotros. Corrimos a la furgoneta y abrimos la puerta de atrás, y me atrevería a decir que no tardamos ni diez minutos en sacarlo todo y devolverlo a su anterior emplazamiento en el hostel: mucho menos tiempo en todo caso del que a mi padre le había costado meterlo en el interior del vehículo. No sabíamos si sería por unas semanas, unos días o solo unas horas, pero el caso es que de momento volvíamos a nuestra anterior vida, nuestra vida de siempre.

No aparecieron por la tarde ni tampoco al día siguiente ni al siguiente, y de algún modo dábamos por supuesto que esa situación solo podría alargarse hasta el domingo, pero llegó el domingo y, aunque hubo varios momentos en que creímos oír en la distancia el ruido del Renault 5 de Menéndez, lo cierto es que este nunca apareció y que tampoco lo hizo el otro vehículo, el todoterreno de Clemente.

En el pueblo decían que los habían metido en la cárcel, pero nadie se ponía de acuerdo en el motivo: unos aseguraban que era cosa de drogas y otros que de estafas, aunque también había quien decía saber de muy buena tinta que los habían cogido por dedicarse a la compra-venta de joyas robadas. Lo único en lo que todos estaban de acuerdo era en que se trataba de gente sin escrúpulos, malas personas, verdaderos delincuentes que en muy pocos años y gracias a las mafias de las subastas judiciales se habían convertido en dos de los mayores propietarios de la comarca, y nadie se compadecía de su suerte, si es que de verdad les habían metido en la cárcel.

Los días, mientras tanto, seguían pasando y nosotros seguíamos sin tener noticias de ellos, y poco a poco fuimos despreocupándonos del asunto hasta que llegó un momento en que prácticamente lo olvidamos por completo, como si todo se hubiera arreglado de una forma tan oportuna como milagrosa.

Todo esto ocurría el año en el que mi hermano Juan se preparaba para ser ciclista. Quería ser un buen ciclista, acaso un ciclista profesional. Se lo había tomado muy en serio, y todas las mañanas, mientras los demás

seguíamos durmiendo, él cogía su vieja Orbea, despintada y con el manillar forrado de cinta aislante, y hacía treinta o treinta y cinco kilómetros por las carreteras cercanas al pueblo. Después regresaba al hostel y se duchaba, y por la tarde, a la vuelta del instituto, se ponía otra vez la camiseta de Reynolds y el culotte negro y salía a la antigua general para seguir entrenando. Pero entonces no estaba solo. Entonces Rafa y yo le ayudábamos.

—Uno, dos, tres..., ya —susurraba yo, consultando mi reloj de la mano izquierda y poniendo en marcha el cronómetro con la derecha.

Mi sitio estaba junto al talud de la autovía, al final de aquellos cinco kilómetros de carretera muerta. Habíamos pintado una raya blanca en el asfalto y sincronizado los segunderos de nuestros relojes. Al cabo de un par de minutos empezaba a distinguir sus figuras, tan pequeñas desde esa distancia como un acento en un folio en blanco, y tenía que pasar otro par de minutos para que los identificara, primero Rafa delante y Juan detrás y luego al revés, Rafa echándose a un lado de la carretera y dejando de pedalear y Juan adelantándolo y apurando todas sus reservas de energía en aquellos treinta o cuarenta últimos metros. En el instante en que su rueda delantera cruzaba la línea blanca yo pulsaba el botón del cronómetro y retenía en mi interior una visión global de su cuerpo volcado sobre el manillar, su rostro contraído por el esfuerzo, su boca abierta, sus dientes.

—¿Qué tal? —me preguntaban, sudorosos.

—No está mal. Dos segundos menos que ayer.

Al principio, Rafa y yo nos habíamos turnado para llevar a Juan hasta la meta y lanzar su sprint, pero una simple comparación de los tiempos logrados con uno y otro me bastó para renunciar a la bicicleta y optar por el cronómetro. Rafa era, sin duda, bastante más rápido que yo.

—Hay que rebajarlo en otros veinte segundos —añadí. —Veinte, no —corrigió Rafa—. Por lo menos treinta. —Pues solo queda un mes hasta la carrera...

—Suficiente —intervino Juan, jadeando aún—. Diez minutos de descanso y lo volvemos a intentar.

Todos los años, para primeros de mayo, se disputaba una carrera de aficionados entre los pueblos de la comarca. El último año se había corrido en la carretera de la presa de Nalón y los anteriores en la subida al castillo de Viance y los alrededores de Villar de Santa Águeda. Aquel año tocaba correr en nuestro pueblo, y esa era una de las razones que habían animado a Juan a prepararse para la prueba. La otra razón eran los premios. Había pequeñas piezas de cerámica local para todos los participantes y diplomas y medallas para los diez primeros clasificados. El ganador, además, se llevaría una bicicleta. Una bicicleta de competición, igual a la de Perico Delgado. Llevaba meses expuesta en una de las salas del ayuntamiento, y mi hermano acudía de vez en cuando a echarle un vistazo y le acariciaba la barra y el sillín como quien acaricia un caballo de su propiedad. ¡Esa bici tenía que ser suya! Dado que se había propuesto participar en pruebas más importantes, era de justicia que así fuera. La necesitaba. Necesitaba esa bici, y para conseguirla solo tenía que ganar una carrera, una simple carrera, y precisamente en su pueblo. ¿Volvería alguna vez a presentársele una oportunidad así? El propio Juan sabía que no, y por eso se había tomado tan a pecho lo de su preparación.

—¿Qué tal? —preguntaron mis hermanos después de aquella segunda intentona, —Seguimos mejorando —dije—. Habéis arañado otro segundo.

Llegó el gran día, y para entonces Juan había situado su marca personal muy por debajo de la que varios meses antes, cuando comenzó a entrenarse, habíamos considerado óptima.

—Animo —le dije—, ¿qué tiene que pasar para que no ganes?

—Muy optimista te veo —replicaba mi hermano, pero yo sabía que él era quien más creía en su propia victoria.

La carrera debía iniciarse delante del ayuntamiento, completar un sinuoso circuito dentro y fuera del pueblo y luego, tras pasar por delante del Caserón del Muerto, proseguir hacia el hostel, para concluir en la antigua carretera general, la misma en la que Juan había estado entrenándose durante el invierno. En total, un recorrido de poco más de una hora, y si nosotros confiábamos en el triunfo era no solo por el lógico conocimiento del terreno, sino también porque, en una competición de esas características, todo debía decidirse en los últimos metros. Es verdad que entre los ciclistas de la

comarca había algunos muy buenos, pero estos eran o grandes rodadores, hombres sacrificados y silenciosos, proclives al antiguo heroísmo de las largas escapadas en solitario, o recios escaladores, curtidos en la resistencia contra el desfallecimiento, acostumbrados a dejarse el alma en las mortales cuestas del Pico de la Serena. Lo que no había era ciclistas como mi hermano, sprinters de técnica depurada, velocistas de aérea ligereza, capaces de expulsar en cuatro pedaladas toda la fuerza que han ido acumulando en las decenas de kilómetros anteriores.

En un recorrido como el de aquel día, era fundamental que el pelotón permaneciera unido la mayor parte del tiempo. Un corte inoportuno podía ser fatal para un ciclista como Juan. Por eso, no debía en ningún momento perder de vista a los cuatro o cinco mejores, aquellos que, en el caso de que tal corte llegara a producirse, estarían sin duda en el grupo de cabeza. Tampoco Rafa, por otro lado, podía distraerse, ya que su colaboración era indispensable en la preparación de ese sprint tantas veces ensayado. Estas instrucciones y una cuantas más eran las que yo repetía a mis hermanos en la plaza del ayuntamiento cuando apenas faltaba una hora para el comienzo de la prueba.

El pueblo entero se había congregado en ese sitio, y tampoco eran escasos los aficionados llegados de otros lugares. Como en las fiestas, colgaban guirnaldas y banderitas de colores de todos los balcones, y en unas casetas con anuncios de Crees, Kas y Festina unas chicas con pantalones muy cortos y gorrita amarilla regalaban viseras de cartulina y llaveros con propaganda. Con aire satisfecho, el alcalde paseaba de un lado para otro del brazo de Odalys, su mujer, una mulata guapetona a la que había conocido durante unas vacaciones en Cuba y que dentro de un rato tendría el honor de cortar la cinta de salida. Por la megafonía del ayuntamiento sonaban desde primera hora de la mañana canciones que habían estado de moda tres o cuatro años atrás. Luego la música cesó y desde la camioneta de la organización un hombre con un altavoz empezó a leer la lista de los participantes y sus localidades de procedencia.

Cada vez que aquel hombre citaba nuestro pueblo, el aplauso era tan ruidoso y prolongado que impedía escuchar bien los dos o tres nombres

siguientes. Les llegó el turno a mis hermanos, y todos los que se encontraban a su lado se acercaron a animarlos y darles palmadas en la espalda.

— ¡Venga, chavales! ¡A ver si nos dejáis en buen lugar!

Estaban ya a punto de cerrar al tráfico las calles del pueblo cuando me despedí. No dije nada: me limité a hacer con los dedos la señal de la victoria. Luego monté en mi bici y corrí a buscar sitio junto a la meta, situada al final de la antigua carretera, a unos quinientos metros del talud de la autovía. Allí la expectación era inferior. Había un coche de la Cruz Roja, otro de la organización y una furgoneta que vendía botellines de agua fresca y bocadillos de jamón y queso. Por los alrededores, un grupo de niños celebraba su particular carrera ciclista mientras los adultos, no más de treinta, aprovechaban para tomar el sol sobre la hierba crecida.

— ¿Han salido con puntualidad?

Las únicas noticias que allí se podían obtener sobre el desarrollo de la carrera eran las que de vez en cuando proporcionaban los empleados de la organización, que se comunicaban con sus colegas de la plaza por medio de walkie-talkies.

— A su hora — me contestó uno de ellos.

Tampoco me pareció, sin embargo, que aquellos hombres tuvieran muchas ganas de hablar, de modo que decidí limitarme a esperar, calculando mentalmente el tiempo que faltaba hasta ver aparecer a los primeros ciclistas al final de aquella recta larguísima. ¿Y cómo sería ese momento? ¿Distinguiría a un grupito de escapados entre los que sin duda no estarían mis hermanos o, por el contrario, se adivinaría en la lejanía la masa compacta y oscura del pelotón? Cuando faltaba poco más de un cuarto de hora para la conclusión de la prueba, el número de espectadores había crecido de forma considerable. Casi todos procedían de las casas nuevas del otro lado de la autovía. De los que antes habían estado en la plaza no creo que hubiera muchos: las calles seguían cerradas al tráfico, y el pueblo estaba demasiado lejos para venir a pie.

Pasaron unos minutos, y los empleados de la organización, repartidos por diferentes puntos a lo largo de las vallas, disuadían a los espectadores

que trataban de traspasarlas. El final de la carrera se intuía inminente y la excitación crecía entre el público. De vez en cuando alguien creía percibir algún signo de movimiento en la distancia y anunciaba: «¡Ya están aquí!». Yo sabía que era todavía demasiado pronto, y solo cuando hubieron transcurrido sesenta minutos desde el inicio empecé a otear el horizonte. Otra voz volvió a exclamar «¡ya están aquí!» y, esta vez sí, vimos a lo lejos una sombra delgada e incierta que no podía ser sino la cabeza del pelotón. Tardé unos segundos en confirmar la buena noticia: ¡venían todos juntos! No habían sido, por tanto, tan descabelladas nuestras previsiones. Ahora solo faltaba que Rafa supiera situarse entre los que iban delante y que Juan, a su rueda, alcanzara la aceleración necesaria para lanzarse en solitario hacia la meta.

Yo temblaba de emoción. Todo habría acabado en un par de minutos, y para entonces mi hermano Juan tal vez habría obtenido su primera gran victoria. Los ciclistas estaban ahora mucho más cerca y, desde donde yo me encontraba, podía ya distinguir a los dos motoristas que los precedían. Con los ojos entornados traté de identificar la figura de Rafa, que a esas alturas tendría que asomar ya entre los que encabezaban el grupo. No le vi por ningún sitio y, por supuesto, tampoco vi a Juan, y los otros corredores estaban ya iniciando el sprint. Se destacó un grupito de seis, que fueron los que primero cruzaron la meta, y luego llegó el pelotón, alargado y cansino, como si todos al final se hubieran quedado sin fuerzas, y yo busqué a mis hermanos, pero los ciclistas fueron pasando ante mis ojos y entre ellos no estaban ni Rafa ni Juan. ¿Qué había ocurrido?

Detrás de los coches que cerraban la carrera iban también algunas motos, y entre esas motos estaba la Vespa de Manolo, el policía del pueblo, que frenó a mi lado y me dijo:

— Coge tu bici y sígueme. Vamos al dispensario.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté —. ¿Un accidente?

— Tú haz lo que te digo.

El médico estaba terminando de vendar la muñeca izquierda de Juan. Mi padre tenía a mi madre cogida por los hombros y le decía que no se preocupara, que podía haber sido peor y tenían que dar gracias a Dios. Rafa se volvió al oírme llegar.

—Menéndez —dijo—. Menéndez y su socio. Han vuelto.

De lo que entre unos y otros me contaron deduje que los dos hombres habían visto a Rafa y a Juan montados en sus bicis y que uno de ellos, Clemente, el socio de Menéndez, les había dicho: «¡A ver, valientes! ¡A que ahora no os atrevéis a llamarme ladrón!» «¡¿Qué no?! ¡Pues eso es lo que eres! ¡Un ladrón!», le había gritado Juan, que en la riña posterior se había llevado la peor parte: una muñeca dislocada y varios rasponazos.

—Nada grave —añadió Juan—. Lo justo para que no pudiera tomar la salida. —Lo peor es que mañana tenemos que dejar el hostel —intervino mi padre—. Y esta vez sí que no hay vuelta de hoja.

—¡Ladrones, hijos de...! —exclamó Rafa.

—¡Esa lengua! —protestó mi madre.

Manolo, que se había entretenido a la entrada, llegó en ese momento y preguntó a mi padre si pensaba poner una denuncia.

—¿De qué serviría? Peleas como esta las hay todos los días.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Cogeremos nuestras cosas y nos marcharemos. El hostel es suyo.

El dispensario estaba cerca del ayuntamiento. Pasamos por la plaza justo cuando se estaba realizando la entrega de premios: las piezas de cerámica, los diplomas, las medallas y, por supuesto, la bicicleta. Una bicicleta igual a la de Perico Delgado. Nos detuvimos un instante a mirar cómo, entre aplausos, el vencedor de la carrera daba dos besos a Odalys y luego se dejaba fotografiar montado en la bicicleta.

—Una lástima —dijo Juan, echándole un último vistazo—. Una verdadera lástima.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, teníamos la furgoneta lista para la mudanza. De hecho, cuando llegaron Menéndez y su socio, solo nos faltaba colocar las bicis en la baca. Llegaron en el todoterreno de Clemente, aparcaron junto a la antigua gasolinera y se sentaron a esperar. Luego vi que uno de ellos se levantaba y sacaba algo de la parte de atrás del

vehículo. Era un cartel de madera y decía: «Edificio adquirido para sede de la Sociedad de Amigos de la Caza Menor. Rótulo provisional». Así que para eso querían el hostel, para convertirlo en un club de cazadores. Posiblemente era lo único que se podía hacer con él, la única manera de garantizar su supervivencia. No solo eso sino que me pareció una buena idea, y lo que me dolía era darme cuenta de que esa era la clase de ideas que jamás se nos habrían ocurrido a nosotros: a mis padres, a mis hermanos, a mí.

Cargamos, pues, las bicis y cuando ya nos disponíamos a marcharnos vimos venir a algunos de los chicos del pueblo. Serían unos doce o trece, y se pararon al otro lado de la carretera, a unos treinta metros de nosotros y a otros tantos del todoterreno.

—Hemos venido a deciros adiós —dijo el Chato, que era un poco el jefe del grupo.

—Y a desearos buena suerte —añadió Rebeca, la guapa oficial, aunque a nosotros nos parecía una hortera.

—Gracias —dijimos.

Su actitud no dejaba de sorprendernos, porque nuestras relaciones con muchos de esos chicos siempre habían sido tirantes.

—¿Y esos? —oí decir a mi padre.

Por la carretera del pueblo llegaban más chicos y más chicas, y también varios adultos, algunos de ellos amigos de mis padres, otros no tanto.

—También ellos quieren despedirse —dijo Rebeca.

Mi padre asintió con la cabeza y echó a andar hacia Menéndez y su socio. Luego sacó del bolsillo un manojo de llaves y se lo tendió. Menéndez lo cogió sin decir nada y mi padre volvió a la furgoneta.

—Todos adentro —dijo—. Ahora sí que nos vamos.

La furgoneta arrancó y el Chato, Rebeca y los otros nos dijeron adiós con la mano. Con ellos había ahora otros quince o veinte chicos, que también nos saludaban, y cuando salimos a la carretera nos encontramos con unos cuantos más, parados aquí y allá, que hacían exactamente lo mismo. Yo

supuse que la noticia de lo ocurrido el día anterior se había extendido por el pueblo y que eso debía de haber provocado una ola de simpatía hacia nosotros. Un poco antes de la entrada a la autovía, junto a una hilera de chopos, vimos aún un grupito de hombres y mujeres que estaban ahí como esperando para vernos pasar y hacernos un gesto de despedida. Entre ellos estaban Manolo, el alcalde, su mujer, y también el médico, el mismo médico que el día anterior le había vendado la muñeca a Juan.

— Adiós, adiós... —repetía mi padre como para sí.

Salimos por fin a la autovía. La Ford, cargada como iba, avanzaba despacio en aquel tráfico endiablado, y los camiones que nos seguían nos lanzaban ráfagas con los faros para meternos prisa o directamente nos adelantaban. — Vicálvaro —dijo mi madre—. El nombre es bonito.

Sí, el nombre podía ser bonito, pero ninguno de nosotros sentía un interés especial por instalarse en un sitio así, del que muy poco o nada sabíamos.

— Vicálvaro... —volvió a decir.

Cuando apenas llevábamos recorridos veinte o veinticinco kilómetros, dos policías motorizados nos alcanzaron y por señas ordenaron a mi padre que detuviera el vehículo en el arcén. Yo pensé: «Ahora estos nos dirán que a esta velocidad no se puede circular por la autovía». Seguramente también mis padres y mis hermanos lo pensaron, pero lo que el policía nos dijo a través de la ventanilla fue:

—¿Familia Bravo? Tienes ustedes que volver inmediatamente a su domicilio.

—¿Para qué?

— Eso no lo sabemos. A nosotros nos han dicho que los localizáramos y se lo dijéramos.

Fuimos hasta la siguiente salida y allí cogimos la autovía en sentido inverso. Volvíamos a nuestra casa y no sabíamos por qué. En cuanto salimos a la antigua carretera general vimos a lo lejos la pequeña humareda. El hostel estaba ardiendo.

— ¡Dios Santo! — exclamaron a la vez mi padre y mi madre.

De las ventanas del edificio salían gruesas columnas de humo. Donde antes había estado el Chato y los otros había ahora unas cincuenta personas. No hacían nada, solo mirar. Menéndez y su socio, furiosos, iban de un lado para otro, y tan pronto trataban de apagar el incendio como se volvían hacia la gente del pueblo y los acusaban. Cuando nos vieron llegar a bordo de la furgoneta, Clemente nos señaló con el dedo y gritó a Manolo:

— ¡Deténgalos! ¡Seguro que han tenido algo que ver! — Imposible. Ya se habían ido cuando ha empezado el fuego.

— ¡Entonces a ellos! — intervino el otro, mirando al nutrido grupo de curiosos —. ¡Han sido ellos!

— ¿Ellos? ¿Quiénes? No pretenderá que detenga a todo el pueblo...

— ¡Alguien habrá sido! Nosotros estábamos en la parte de atrás y...

— También podría tratarse de un incendio fortuito.

Los del pueblo asistían a la escena con mal disimulada complacencia. Se veía que disfrutaban, que les gustaba estar así, en aquella inmovilidad burlona y casi ostentosa, sin expresar el menor signo de solidaridad o de auxilio. También a mí, como a ellos, ver a aquellos dos hombres afanarse inútilmente y reclamar a gritos la presencia de los bomberos me producía un placer poderoso, irresistible, que tenía algo de perverso y algo de justiciero. Dentro de un rato, del hostel solo quedarían unas ruinas chamuscadas. Eso era todo lo que esos dos hombres iban a tener, y me importaba bien poco quién había provocado el fuego y por qué motivo.

— ¡Esos bomberos! — gritaban los dos hombres.

— Están avisados — decía Manolo —. No pueden tardar.

Las llamas iban devorando el interior del edificio pero la estructura todavía se sostenía en pie, y había una zona, la de las habitaciones, que aún no había sido dañada. De golpe una gran llamarada escapó por una de las ventanas superiores y parte del tejado se vino abajo, arrastrando consigo uno de los soportes del viejo rótulo de neón. Fue entonces cuando comprendí que mi padre no podría aguantar esa visión. Le busqué con la mirada, y justo en

ese momento echó a andar hacia el lugar en el que en otro tiempo había proyectado poner la piscina. Sacó una manguera del cobertizo de las herramientas, la conectó a una boca de riego y apuntó con ella hacia la fachada del hostel. Sin duda, nadie pensó que mi padre pudiera reaccionar así, y aquello hizo que todo cambiara de repente. Menéndez y el otro, que hasta ese instante no habían dejado de gritar, se callaron de golpe y observaron a mi padre con tanta sorpresa como admiración. La gente del pueblo empezó a removerse con nerviosismo, y en menos de un segundo se desvaneció la expresión satisfecha que había iluminado sus rostros. Tres o cuatro chicos corrieron a la gasolinera y enchufaron sus viejas mangueras, y hubo otros que sacaron todas las que quedaban en el cobertizo. Mis hermanos y yo fuimos indicando a unos y a otros dónde estaban las bocas de riego, y todos los que antes habían permanecido inmóviles se aprestaban ahora a colaborar.

Cuando por fin llegaron los bomberos, el incendio había sido sofocado. Los dos hombres, silenciosos y torvos, descansaban junto al todoterreno y de vez en cuando se pasaban la mano por la frente tiznada. Mi padre, antes de volver a la furgoneta, echó una última mirada al edificio. El rótulo de neón colgaba sobre la fachada, pero todavía podía leerse: «Hostal Los Pinos Restaurant». Mi madre dijo Vicálvaro, mi padre arrancó y entonces sí que nos marchamos. Y ya nunca volvimos por allí.

Maniobras nocturnas

José María Merino

— Un cacharro enorme, de hierro, que debía de pesar casi treinta quilos, con el cuadro y los guardabarros pintados y repintados de color caqui. No es lo mismo imaginarse lo que puede ser el servicio militar en un regimiento ciclista que encontrarse nada más llegar con la bicicleta que te corresponde, después de guardar la ropa de paisano en la maleta, ponerte ese mono que te oprime con su apresto y sus costuras todo el cuerpo, calarte la gorrilla cuartelera, con una borla colgante que te hace cosquillas en la base de la nariz. Claro que yo sabía montar en bicicleta, la bici había sido para mí, casi desde la niñez, una máquina familiar, pero aquello que tuvimos que recoger el primer día, uno detrás de otro, mientras un sargento anotaba el número de la que se nos asignaba, era como el antepasado, ahora dirían la madre, de todas las bicicletas que yo había conocido. Tenía las ruedas de caucho macizo y no llevaba frenos. Claro que tampoco los necesitaba, porque funcionaba a piñón fijo. Con añadir que el sillín era también de hierro, está dicho todo.

De vuelta de vacaciones, las tres hijas se habían reunido con el padre aquel domingo de agosto. Era la sobremesa y le escuchaban entre furtivas miradas de mutuo entendimiento, sorprendidas de su propósito de recordar historias tan viejas y pintorescas. En su actitud había también conmisericordia, pues aquel gusto del padre por recuperar ciertos recuerdos antiguos se había hecho insistente tras la muerte de la madre, unos meses antes, y había en él una voluntad melancólica de arañar en el tiempo perdido. Con las hijas estaban el marido de la mayor y el compañero, o novio, como le llamaba el padre, de la menor. Eran los últimos días del mes y soplaba un viento seco, tórrido, que hacía bambolearse el toldo de la terraza y vibrar las persianas, bajadas para oscurecer y refrescar la casa, en un castañeteo que era otra de las molestias de la seca inclemencia del día.

El marido de la hija mayor había estado alabando las virtudes de una bicicleta que acababa de comprarse, el escaso peso, la sorprendente

maniobrabilidad, la precisión en el cambio de marchas, la comodidad del sillín, como si más que describir el objeto quisiese hacer prosélitos en su voluntad de corredor festivo por las carreteras de la comarca. Y fue entonces cuando el padre se puso a evocar el tiempo de su servicio militar, casi cincuenta años antes. Empezó pronunciando el nombre de la ciudad como quien acota un capítulo. Luego aclaró que había decidido hacer la mili en aquel lugar, y que le hubiera dado igual el regimiento ciclista que cualquier otro destino, porque lo que él quería era estar lo más cerca posible de Visi, y al pronunciar el nombre de la madre fue notorio el temblor de su voz. Unos veinticinco kilómetros separan la ciudad donde estaba el cuartel del regimiento ciclista y el pueblo en que la madre residía durante el verano en aquellos tiempos, y ambos podrían encontrarse con rapidez y facilidad los días en que a él le diesen permiso para salir.

—Nos ordenaron que no montásemos, que la llevásemos del manillar con la mano izquierda, porque teníamos que recoger el mosquetón. Formamos otra columna y nos fuimos acercando a unos barriles. Allí, como pescados en conserva, se guardaban los fusiles sumergidos en grasa, con la boca de fuego hacia arriba. Otro sargento nos indicaba que había que agarrar el fusil por el extremo del cañón y tirar de él para sacarlo de la grasa, y luego alejarnos para quedar reunidos en la explanada, delante de una tribuna que debía de servir para la presidencia de los desfiles, con la bicicleta sujeta de una mano y aquella arma pesada y pringosa colgando de la otra. Luego repartieron entre nosotros grandes manojos de borra porque íbamos a dedicar el resto de la mañana a una primera limpieza del mosquetón y de la bicicleta. Pero todavía estábamos allí pasmados, inmovilizados por lo que iban a ser nuestras armas y nuestros vehículos, cuando apareció el coronel Tarazona, subió a la tribuna con firmes pisotones y nos habló. No tenía la voz grave, pero compensaba el tono endeble con ademanes enérgicos. Nos dio la bienvenida, prometió hacer de nosotros unos soldados extraordinarios, y nos aseguró que la bicicleta era un instrumento vital para el ejército, como lo había demostrado en la Primera Guerra Mundial. Aludió a la batalla del Marne como si todos hubiéramos estado allí, y dijo que la moda motorizada que se había impuesto en la Segunda Guerra Mundial, terminada una década antes, no era sino una especie de episodio circunstancial. «El petróleo acabará por agotarse, pero las guerras no terminarán nunca» —vaticinó—. «Debéis

estar seguros de que la bicicleta se hará al fin imprescindible en todos los ejércitos modernos del mundo».

— Buen olfato el de aquel coronel.

— Para qué voy a contaros lo que fueron los primeros días de vida cuartelera, con la carga del mosquetón y de la bicicleta. El que no sabía montar, aprendía a la fuerza, porque lo hacían subir en la bici y lo echaban a rodar cuesta abajo por un terraplén. Así que, aunque con mucha torpeza, pronto empezamos a movernos individualmente y en grupo. Pero fue precisamente en esos días cuando sucedió lo que nos iba a dejar sin el permiso de la jura. Una catástrofe.

— ¿Tan grave fue la cosa?

— Desde nuestra llegada, los veteranos, en el comedor, se burlaban de nosotros a voces. Enseguida el escarnio general se unificó en una sola palabra, novatos, gritada con furia. Más allá de la burla contra nosotros, la palabra parecía expresar una desesperación grotesca. Aquello tenía aire teatral, y hasta operístico, pues se producía después de un silencio solemne. Primero, el toque de corneta nos ponía a todos firmes delante de las mesas, cada uno en nuestro sitio, y sonaba a lo lejos la voz gangosa del cura bendiciendo los alimentos que íbamos a recibir. Luego, la corneta emitía una sola nota breve y aguda, para indicar que quedábamos liberados de la formalidad y podíamos sentarnos y hablar, y en ese momento el alarido unánime, en que enseguida participamos también los novatos con regocijo, se alzaba al cielo con estruendo, como salido de un único pecho: ¡novatos! La segunda vez que emitimos el grito, la cometa volvió a llamarnos a la posición de firmes, y el capitán que estaba de servicio, con la voz alterada por la cólera, nos advirtió de que aquel comportamiento quedaba rigurosamente prohibido, pero al sonar luego el breve cornetazo liberador se repitió el violento grito, un rugido lanzado con rara compenetración: ¡novatos!, al que sucedía una carcajada también general. Aquello ocurrió durante varios almuerzos más. Creo que nadie pensaba que podía tomarse como un juego no inocente, pero nuestros oficiales se mostraban indignados, como si el grito atentase contra el meollo mismo de su autoridad, contra el honor del ejército, qué sé yo. Así, varios almuerzos después, creo que fue el quinto o el sexto día, cuando formamos para la retreta, supimos de boca de nuestros mandos

que, como consecuencia de la actitud de indisciplina colectiva en el comedor, el coronel había resuelto que no se concediesen permisos de ninguna clase, ni siquiera en la jura de la bandera. La noticia acabó con los famosos gritos y nos dejó a todos muy mohínos. Lo que más me dolía a mí era saber que no podría ver a Visi. Además, no había tenido ninguna noticia suya, a pesar de sus promesas de escribirme todos los días.

—Yo había creído que no erais todavía novios cuando tú hiciste el servicio militar —dijo entonces la hija mayor.

—Mamá decía que te conoció por entonces, y que empezasteis a veros, pero que os hicisteis novios cuando terminaste la carrera —añadió la mediana.

—Que ella fue a ver la jura de la bandera porque una prima suya tenía un novio haciendo la mili. Ella pasaba los veranos en casa de aquella prima, la que luego vivió tantos años en París —dijo la menor.

El padre permaneció unos instantes caviloso. El viento hizo temblar fuertemente las persianas otra vez y el padre asumía los comentarios de sus hijas y escrutaba con rapidez los espacios que estaba evocando, para descubrir con asombro que la aparente solidez con que se habían presentado ante él aquellos tiempos, cuando el yerno habló de la bicicleta que se había comprado, empezaban a perder densidad, y que surgían aspectos que su memoria no había desvelado. Claro que no fue Visi, comprendió, claro que no, pero no lo dijo.

—Vaya, no éramos novios, pero nos conocíamos.

—¿Os conocíais?

—Nos habíamos conocido antes, por medio de un amigo, de un compañero mío.

Digamos que no éramos novios, pero que nos caíamos bien.

—¡Si tanto la echabas de menos, claro que debíais de caer bien! —exclamó la hija menor, con una risa.

Claro que no era Visi. Era Charo, su prima, recordó él claramente, y la evocación repentina de sus fuertes resoplidos mientras la besaba le devolvió, bien perceptible, un sentimiento intenso de concupiscencia juvenil.

—Vamos, que no erais novios, pero como si lo fueseis —dijo la hija menor—. ¡Mira que prometerte una carta diaria!

—No sabéis lo que eran las relaciones entre chicos y chicas en aquellos tiempos —repuso él, con gravedad—. No podéis ni siquiera imaginároslo.

—¿Poca fluidez? —preguntó el yerno.

La prima de Visi, Charo. Aparecieron las dos con nitidez en su memoria, y no le agradó recordar que, cuando él conoció a Visi, ella era novia de un compañero llamado Isidoro Noval, un muchacho tan pulcro, atildado y circunspecto que en clase había quien le llamaba Inodoro. Pero él se había hecho muy amigo de Isidoro, asistían juntos a conciertos y conferencias, y conocía su relación, principalmente epistolar, con una muchacha de ojos alegres en las fotos, de nombre Visi.

Uno va abriendo las compuertas perdidas en la memoria, las que tienen los goznes más oxidados, y los recuerdos salen poco a poco, como bestias recelosas de una manada antes inadvertida. Volvió a ver a Isidoro Noval, recién llegados los dos a la ciudad después de las vacaciones estivales, contándole que su novia Visi pasaría allí una temporada, de acompañante de una prima y de una tía a la que iban a operar de algo serio. Isidoro tendría facilidad para salir con Visi si a la pareja se unían la prima Charo y él mismo. Además, podían pasarlo bien los cuatro juntos, irían a pasear, al cine, a bailar. Entre el rebaño de la memoria pudo divisar entonces a Charo claramente. Una chica fuerte, de su misma estatura, de manos grandes, cabello negro y piel sonrosada.

Salieron juntos los cuatro, fueron al cine algunas veces, y también a bailar. La convalecencia de la operada se alargaba. En el trance del baile, que entonces se denunciaba por la Iglesia como muy favorecedor de tentaciones carnales, él descubrió, a través de los apretones de manos y del rozamiento de los cuerpos, que la tal Charo, al contrario que la mayoría de las muchachas con las que a veces bailaba, no mantenía ni la tensión muscular ni la distancia que aconsejaba la estricta castidad, y le dejaba acercar el cuerpo, y que en

aquella cercanía respiraba con agitación y apretaba mucho los labios, como si en el simple abrazo de la danza encontrase un estímulo para sus sentidos. Incluso a los ojos de un joven poco experto en el trato con las mujeres, como él era, aquellas muestras de entrega no podían dejar de ser notadas, y en la siguiente ocasión, cuando las dos parejas fueron juntas al cine, inició con su mano derecha unas discretas caricias en el brazo de ella, y pudo corroborar que Charo no se oponía a sus avances táctiles.

—¿Poca fluidez? Rigurosa separación de sexos, sacrosanta defensa de la virginidad prematrimonial, férreo control de cualquier escarceo erótico por parte de las autoridades civiles y religiosas —repuso.

Todos se echaron a reír.

—El caso es que iba llegando el día de la jura y el coronel no rectificaba. Ya no solo no gritábamos en el comedor, sino que hablábamos todo el día entre susurros, como ofreciendo el sacrificio de un enmudecimiento voluntario, una sordina que fuese capaz de propiciar el perdón de aquel castigo brutal que había aniquilado nuestras esperanzas de tener algo de libertad tras tantos días de automática obediencia a los cornetazos y a las órdenes gritadas, y tantas horas de instrucción, a menudo sobre aquellas bicicletas que parecían resistirse al pedaleo, siempre con el mosquetón como un apéndice forzoso, anquilosado, de nuestros brazos. Pero después de más de un mes, el coronel seguía sin autorizar los permisos. Ni siquiera se permitían los paseos vespertinos fuera del acuartelamiento.

—¿Os dio permiso, al fin?

—Vinieron muchos familiares a presenciar la jura, y el castigo del coronel gravitaba sobre la ceremonia como una nube oscura. Yo creo que entorpecía nuestros pasos y hasta hacía más inseguras nuestras evoluciones. Para qué contaros: el desfile en bici, con el mosquetón en bandolera, la misa, el desfile a pie, el beso a la bandera. Lo peor era el viento. A eso de las diez se había levantado un viento caliente, que cubrió de calima el horizonte y nos envolvía a nosotros en nubes de polvo. El coronel Tarazona había ordenado plantar un mástil gigantesco, para que en él ondease la bandera, pero el viento llegó a tener ráfagas muy violentas, y hacía moverse el mástil entre crujidos que se unían al flamear de las banderas y al aleteo de las ropas

sacerdotales, como otro augurio funesto. Y claro que no hubo permiso. Menos mal que, cuando terminó todo y rompimos filas, pude estar con Visi, que había venido a verme.

—¡Qué romántico! —dijo la hija menor.

Pero la imagen de Visi se había alterado en el recuerdo del padre, como si la de Charo, hecha cada vez más firme, superpusiese sus facciones a las de ella, con la melena sacudida por el viento seco de aquel día. Nada de romántico. Visi le había buscado entre los compañeros, bajo el fuerte sol de agosto. Él le había preguntado por Charo y ella, sin decir nada, le había alargado un sobre cerrado. A él le pareció encontrar en los ojos de Visi una severidad acechante que, a lo largo de todo el tiempo posterior, incluso en aquel mismo instante en que se había visto obligado a evocarla, no pudo descifrar para saber si escondía una certeza y una desaprobación, o si era el gesto de unos ojos que se intentaban proteger de la polvareda y del deslumbramiento de la hora.

Era el rostro de Visi, pero carcomido por una inconcreción que el tiempo parecía haber metamorfoseado en el rostro de Charo. Recordó con exactitud el mensaje que el sobre contenía, y casi sintió otra vez la embestida de aquella inesperada angustia voluminosa, atroz, que suscitaron las pocas palabras calografiadas sin cuidado: He intentado llamarte por teléfono, pero no hay forma. No me baja, tienes que saberlo, no me baja. Estoy muy mal, muy mal, desesperada. Ven a verme, ven de una vez, ven ya.

Mientras Charo estuvo en la capital, durante aquellos primeros días del curso, ambos acabaron encontrando los momentos y los escondites que favorecían sus besos atrevidos y unas caricias que habían cruzado las fronteras del pudor, pero ni los lugares que buscaban les permitían mayores intimidades, ni ellos se atrevieron a llegar todo lo lejos que les hubiera gustado, frenados por el miedo a lo que se consideraba una caída fatal, una falta irreparable, sobre todo para una muchacha decente. Pero cuando Charo regresó a su casa, el deseo que sentían el uno por el otro les hizo sufrir mucho la desgarradura de su separación.

Pocos días después, Charo le escribió para pedirle que fuese a visitarla al sitio donde vivía. En su carta, en un envite audaz, ella le decía que iba a

presentarlo en casa como novio formal más o menos en ciernes. A él le asustó aquella advertencia, porque temía enredarse demasiado en un compromiso, pero añoraba tanto las caricias recíprocas de aquellos días que no pudo resistirse, y cuando se acercaban las vacaciones de Navidad, antes de ir a su propia casa se acercó a la villa en que Charo vivía.

El disfrute renovado de las caricias y los besos clandestinos le haría solicitar la ciudad que tan cercana estaba a la posibilidad de aquellos placeres, a principios del nuevo año, cuando presentó los papeles para el servicio militar. Y fue a visitarla otra vez durante la Semana Santa, mientras la gente parecía absorta en el trasiego de cirios, procesiones y visitas sacramentales.

No habían llegado todavía a cumplir el encuentro completo de sus cuerpos, pero había entre ellos una confianza y una pericia de antiguos amantes. Él era bien consciente de lo peligroso de su relación. Quiso saber qué opinaba el confesor de Charo de aquel noviazgo, pero ella le contestó que había decidido no contarle nada. Luego él pudo comprobar que aquello no la impedía comulgar en la misa, y sintió la terrible congoja de estar viviendo en el corazón mismo de lo que las ominosas advertencias eclesiásticas denominaban pecado mortal.

En los primeros días de mayo, cuando apenas faltaba un mes para que él se incorporase al regimiento, el tren y el coche de línea lo condujeron de nuevo a la antigua villa en que Charo vivía. También faltaba un mes para que Visi llegase a pasar las vacaciones veraniegas. Volvió a visitar aquella casa muy ceremonioso, y a mostrar sus buenos modales ante la madre de Charo y la hermana menor. El padre había muerto en Rusia, voluntario de la División Azul, pero su capote y su gorra de plato, en el perchero de la entrada, parecían asegurar una ausencia transitoria.

El domingo, después del almuerzo, las hermanas prepararon una excursión a la ermita de la virgen patrona de la comarca. Charo conducía el tálburi, y entre ella y él se sentaba la hermana pequeña, que debía acompañarlos, pero que dejó el carruaje cuando iban a salir de la villa, cumpliendo sin duda un pacto cómplice.

Tras el ascenso a la colina, mientras la caballería ramoneaba cerca de las tapias, buscaron un escondite. La hierba estaba alta, y el pequeño valle ofrecía la quietud de la siesta. No había nadie en el paraje y se abrazaron con ansia, para recuperar los besos que tanto añoraban en sus separaciones. La soledad del lugar, lo cálido de la tarde, los llevaron a un embeleso sin cautelas. Al fin, acostados en la manta del carruaje, una determinación exigente y sin temores ni timideces les hizo alcanzar el encuentro profundo de los cuerpos, tantas veces evitado antes. Luego Charo se echó a llorar y él no sabía cómo consolarla, empavorecido por lo grave del hecho. Le pareció que la luz de la tarde, que antes tenía un reverbero de placidez, había alcanzado un tono desolado.

—Decidí que, si no había permiso, me escaparía. El asunto del permiso se había convenido en lo más importante para todos, como si nuestro futuro, la mínima serenidad de nuestros espíritus, dependiese de ello, como si ya no pudiésemos pensar en otro resquicio de salida hacia la más modesta de las felicidades. Y, sin embargo, el coronel Tarazona no soltaba prenda. Supimos que el siguiente viernes habría unas maniobras nocturnas, en un monte al que a veces íbamos a disparar. Nos dijeron que nuestros desplazamientos, la ocupación de los caminos y del monte, irían acompañados de una sesión de fuego real, disparos de verdad de la artillería de la ciudad desde sus baterías. Se afirmaba que nos darían permiso el sábado y el domingo. Todos lo aseguraban, porque todos querían creer que sucedería así. Pero yo, por si acaso, decidí escaparme aquella noche. Ir a verla.

—¡Y eso que no erais todavía novios!

—¿He dicho que había unos veinte kilómetros, más o menos? Total, en dos horas, a más tardar, estaría allí, y en otras dos horas, de vuelta. Imaginaba que las maniobras iban a llevar bastante confusión, mucho lío, y que uno podía perderse fácilmente, lo que llamábamos escaquearse.

—Me imagino a papá en esa situación, con lo legal que es. Que estabas loco por ella, vamos.

—Necesitaba un plano de carreteras, y al fin lo encontré. El furriel de la compañía lo tenía, y hasta una brújula, y el mismo viernes logré escamotearle las cosas con bastante facilidad.

— Además, seguro que tú estabas dispuesto a todo.

— Claro que estaba dispuesto a todo. Y lo sentía dentro de mí con toda seguridad, convencido de que lo iba a hacer y de que nadie podría impedírmelo.

Parecía que estaba recordando solamente una desazón de enamorado, y tal como sus hijas conocían la relación entre los padres, aquel amor que creían descubrir por primera vez, anterior al noviazgo, las enternecía doblemente. Pero en las evocaciones de él no solo habían aflorado sus planes para la escapada de aquella noche, sino todo el desasosiego de cada jornada. Había destruido la breve carta de Charo, pero su mensaje ardía dolorosamente dentro de él. El porvenir se le presentaba de repente sin salidas que no llevasen a la vergüenza y a la desdicha. Imaginó lo que sucedería en su propia casa, el disgusto de sus padres, todas las obligaciones que acarrearía el asunto: una boda repentina que sería la comidilla y la irrisión de unos y de otros, la urgencia de encontrar un trabajo para dar cobijo y alimento a aquella familia pecaminosamente sobrevenida. Acaso ya nunca terminaría la carrera. Apenas dormía, y el lento paso de la noche rajaba su imaginación como un instrumento de tortura. Sin embargo, de día estaba ausente, medio dormido, y merecía a menudo las amonestaciones de los mandos. Incapaz de pensar en otra cosa, era como si empezase a cumplir las primeras jornadas de un castigo de cadena perpetua.

— Aquella noche me preparé bien. Puse en el macuto ropa de paisano y, cuando mi compañía salió hacia la carretera del monte, me uní al pelotón esperando encontrar una curva en que la carretera cruzaba un pequeño puente. Me detuve allí, simulando que la cadena de mi bici se había salido, lo que era bastante habitual en aquellos cacharros, y mientras mi compañía se alejaba me salí de la carretera, me metí bajo el puente, me cambié de ropa, escondí el macuto y el mosquetón, y esperé a que acabase de pasar todo el mundo. El coronel fue el último. Aquel propagandista fervoroso de la bicicleta montaba siempre a caballo, mostrando una de esas incongruencias que solamente puede permitirse la gente que tiene poder. Pero no os voy a contar cómo fue mi viaje de aquella noche. Pedaleaba, pedaleaba, pedaleaba sin cesar. Unas hojas de periódico arrebujaadas en el sillín amortiguaban un poco su implacable rigidez. En algunas ocasiones tuve que bajar de la

bicicleta y empujarla para coronar las cuestas. Llevaba una linterna, pero no la necesitó, porque la noche era muy clara. Clara y perfumada, pero yo no podía disfrutar de ella. Sin embargo, lo que son los sentidos, aquel aroma a bosque seco, a matorrales veraniegos, con el frescor que había sustituido al calor del día, se filtró por debajo de mi desasosiego y de mis esfuerzos y ha quedado en mi memoria como una especie de tesoro desaprovechado. A lo que voy. Pedaleaba, pedaleaba, pedaleaba. Sin parar. Y dos horas después, más o menos, tal como había calculado, llegué al pueblo. Estaba muy cansado.

Había en él mucho cansancio físico, pero sobre todo una fatiga moral, la idea de que encontrarse con Charo sería avanzar un paso más en el camino tenebroso a que lo había llevado su falta de continencia. El pueblo estaba dormido y ni siquiera se oía ladrar a un perro. Buscó la casa de Charo, y cuando estuvo ante ella dejó la bicicleta apoyada en el muro y recogió del suelo algunos guijarros para llamar la atención de la muchacha lanzándolos contra su ventana, que estaba en una esquina, casi sobre la huerta. Sus esfuerzos no servían de nada, y empezó a llamarla por su nombre en voz baja, Charo, Charo, sin recibir tampoco ninguna respuesta. Con su caserío dormido y oscuro, el pueblo tenía aire de escenografía mortuoria. Al cabo, alguien respondió con un susurro en lo alto, y a la luz del foco de la linterna él pudo descubrir el rostro de Visi, sus grandes ojos brillantes como dos tizones súbitos.

Charo bajó al fin y le abrazó con fuerza, pero en su gesto, en vez de encontrar un tacto angustioso, él reconoció una evidente hospitalidad. Charo lo besaba con avidez, y su nariz exhalaba los conocidos resoplidos del deseo. «Ya me vino», murmuró al fin, «no ha pasado nada, ha sido solo un susto». Continuaba besándole con glotonería, pero él se separó. «Tengo que volver», dijo, comprendiendo que Charo iba a quedar fuera de su vida para siempre. «Me he escapado. Estamos de maniobras», añadió, para justificarse. «¿No te puedes quedar ni un ratito? ¿Ni siquiera media hora?» «No, de verdad. Vine solo a saber cómo estabas.» «¡Si supieras lo contenta que estoy! ¡Si supieras el miedo que he pasado!»

Él recogió la bici y, antes de montar, iluminó con la linterna la ventana en que permanecía Visi mirándoles, y de nuevo los ojos de la muchacha relumbraron como dos pequeños chispazos.

—¿La viste y regresaste enseguida?

—Naturalmente. Me esperaban otras dos horas de camino y no quería llegar cuando todo el mundo hubiese regresado al cuartel.

—¡Qué historia tan romántica!

—¿Y cómo fue el regreso? ¿No tuviste problemas?

—Pues otra vez pedalear, y pedalear. Y tenía que bajarme de la bici para poder subir las cuestas. Cuando estaba cerca, empecé a escuchar los cañonazos, y os prometo que me alegré de llegar a tiempo. Otra media hora, por lo menos. Volví a cambiarme de ropa, recogí el mosquetón y me dispuse a buscar a mi compañía. Los cañonazos, que habían parado, volvieron a escucharse y luego cesaron otra vez. Yo sabía que mi compañía tenía que estar al lado de las ruinas del molino, en un sitio al que habíamos ido ya en un par de ocasiones, y me dirigí hacia allí, pero cuando estaba muy cerca del lugar empezaron a sonar explosiones alrededor, y los fogonazos eran tan enormes que me deslumbraron. Me quedé quieto, pensando que me había equivocado de rumbo, porque la artillería disparaba siempre contra una zona muy alejada, el collado de Matacanes, pero tras una pausa comenzaron a sonar los silbidos de los proyectiles y a explotar junto a las ruinas, y hasta cerca del punto en que yo estaba, y sentí que un puñado de tierra me rociaba la nuca y se me colaba debajo el mono.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Me bajé de la bici y me tiré al suelo. El bombardeo se detuvo, pero poco después comenzó de nuevo, y os juro que yo me encontraba en medio de aquel campo de tiro, y que la tierra me caía encima en enormes paletadas, y que el suelo retemblaba a mi alrededor como en el más terrible de los terremotos. Confundido, aterrorizado, yo comprendía que tenía que aprovechar la siguiente interrupción para intentar alejarme de allí. Me levanté, monté en la bici, y entonces escuché una voz a mis espaldas, entre unos arbustos, una voz de mando que me devolvió al automatismo de

tantas jornadas. «¡Soldado!», repitió la voz. Me acerqué y, a la luz de una lámpara de petróleo, descubrí, agachado, al coronel Tarazona. A su lado, un ayudante daba vueltas con desesperación a la manivela de un teléfono de campaña, y otro soldado, sin duda el corneta, lloraba atenazado por lo que me pareció un ataque de nervios insuperable. «¡A la orden de usía, mi coronel!», dije yo, porque a los coroneles se les trataba de usía. «¿Nombre y compañía?», preguntó él, y se lo dije. Entonces me habló como si sus palabras estuviesen recogiendo su última voluntad. Tenía los ojos desorbitados y un resuello al hablar que parecía asmático. Yo debía regresar inmediatamente a la carretera y dirigirme al punto equis, que al parecer era un corral de tapias descascarilladas cercano al recodo de un bosquecillo que había, y buscar allí al capitán Estrugo para transmitirle la orden de retirada general, y que localizase por el medio que fuese a los artilleros de la ciudad para que detuviesen el fuego, porque sin duda se habían equivocado en los cálculos y estaban bombardeando nuestras posiciones, en vez de tirar contra el monte. «¡Por el medio que sea!», gritaba el coronel Tarazona. Aproveché la calma, monté en mi bici y pedaleé con todas mis fuerzas. Mientras me alejaba, las bombas volvían a caer en la zona del molino. Menos mal que no hubo más bajas que el caballo del coronel. Y yo me encontré con que se me citó en el parte, por el valor que había demostrado aquella noche. Y me dieron una semana de permiso.

—Que aprovechaste para estar con mamá.

El padre no contestó nada. Miraba al fondo, a la lejanía, más allá de la terraza.

Lanzó un resoplido.

—¡Qué me vais a contar a mí de bicicletas! —exclamó.

La carrera

Cristina Peri Rossi

Ella le preguntó:

—¿A qué te dedicas?

Él sintió una especie de turbación. Nunca, antes, había temblado, ante una mujer ni ante nadie, al decir:

—Soy ciclista.

Lo dijo en voz baja, como si en lugar de una profesión fuera una confesión. No suficientemente baja, la voz, como para que ella no lo oyera y esbozara una media sonrisa que le pareció más irónica que comprensiva.

—¿Ciclista? —repitió ella, como si fuera lo más extraño que había escuchado en este mundo.

—Sí —dijo él, ahora molesto—. Soy uno de esos tipos de pantaloncito corto y malla reluciente que montan un vehículo de dos ruedas y con la fuerza de sus piernas y de su cuerpo lo hacen andar, recorrer miles de kilómetros, subir montañas, bajar pendientes y todo eso. Y tú —contraatacó—, ¿a qué te dedicas?

Hacía un poco de calor y estaban conversando en la terraza de un bar al aire libre. Bebían cosas frescas y sanas: zumo de naranja él, de melocotón ella. Los transeúntes pasaban alrededor, pero estaban acostumbrados (las parejas, los transeúntes) y no prestaban atención.

Ahora la que dudó fue ella.

—Literatura Comparada —respondió ella.

—¿Literatura Comparada? —repitió él—. Nunca había oído hablar de eso. —Comparar a Poe con Baudelaire, a Kafka con Borges y cosas así —explicó ella, aunque tenía la penosa sensación de que eran nombres

desconocidos para él. —¿Sabes quién fue Eddy Merckx? —preguntó él, que quería recuperar terreno. —No tengo la menor idea —dijo ella, aliviada, porque no deseaba que él se sintiera ridículo, inferior, cosas así—. Los hombres son criaturas muy inseguras hechas para mandar, y una mujer joven y bella que estudia Literatura Comparada en la Facultad de Letras tiene que saber, empero, cuándo debe callar o mostrar su ignorancia.

—Fue un gran campeón —dijo él, ufano—. Alguna vez me han comparado con él —agregó. Era un farol. Pero si ella no sabía quién era Eddy Merckx, él podía hinchar el pecho, como un urogallo. ¿Quién sería ese tipo, Borges? Solo conocía un aceite con ese nombre.

—Seguramente tu fotografía saldrá en los periódicos —concedió ella —, pero no leo las páginas de deportes.

Entonces, ¿qué leería?

—No importa —dijo él—. Tengo muchos recortes de diarios —está también era una bravuconada, porque era un corredor de escasa categoría y no salía en los periódicos, ni la gente solía recordar su nombre—. Las mujeres casi nunca leen las páginas de deportes —agregó, como disculpándola.

—La sección cultural tiene muy poco espacio —reconoció ella.

—No sé quién es Borges —confesó él, ahora más sereno—, ni ese otro que nombraste, Pou o Poe. ¿Debería saberlo?

Ella lo miró con cierta ternura. Era así: hasta que un hombre no le inspiraba un poco de ternura, no le gustaba. Y generalmente le inspiraban ternura cuando más humildes y tontos se mostraban.

—¿Cuántas carreras has ganado sin saber quién es Borges y Poe? —le preguntó ella.

Él meditó una rato. No sabía si mentir o decir la verdad.

—Solo he ganado una carrera importante en mi vida —confesó—, y fue hace dos años. Desde entonces, no he vuelto a ganar. Pero seguramente lo volveré a hacer —afirmó—, especialmente, si tú me ayudas.

Ella lo miró con curiosidad. ¿Por qué ahora, justamente ahora, se había vuelto tan importante que ella lo ayudara, si ni siquiera sabía quién era Eddy Merck?

—La ruta es larga —comentó él.

—No sé nada de ciclismo —admitió ella—. Solo he visto, a veces, los paisajes. Hay caminos bordeados de árboles y pueblos pequeños, hechos de piedra, que parecen muy antiguos...

Un esfuerzo más, un esfuerzo más —pedía una voz, en su interior—. No mires los árboles. No contemples el precipicio. Solo pedalear, pedalear, pedalear. De una manera rítmica, concentrada. Si hiciera bien el amor, ¿correría más?, ¿correría mejor? Se lo había preguntado al entrenador, un tipo parco, rudo, pero con mucha experiencia. ¿Qué clase de experiencia? La que se necesita para ganar carreras. No había dicho «hacer el amor», sino follar, como correspondía a un macho. «Si follara mejor, ¿correría más rápido?» ¿O era todo lo contrario? ¿O había que reservar las fuerzas para la subida, escalar la colina, darle al pedal, sin perder concentración, rítmicamente, echando el cuerpo hacia el costado en las curvas?, curvas es una palabra femenina, las mujeres tienen curvas, los hombres tienen ángulos, entre las curvas y los ángulos prefería mil veces las curvas, las corvas, ¿se corría mejor después de follar o antes de follar? ¿Y por qué correrse tenía ese doble sentido?, él corría sobre la bicicleta, desfilaban los árboles tan rápidos que no los veía, tampoco alcanzaba a divisar al público que se agolpaba a los costados, todos esos espectadores que aplaudían con «entusiasmo generoso», había dicho el locutor, aplaudían el esfuerzo ajeno, y él corría, ¿cómo sería correrse con ella, junto a ella, en ella, dentro de ella, fuera de ella? ¿Le ayudaría a ganar la próxima carrera?

—No tengo tiempo para contemplar el paisaje —respondió él—. Pero presiento que es hermoso.

Ahora ella lo miró con más atención, con mayor dulzura.

—¿Pre-sientes? —repitió.

Él se removió, turbado, en la silla de hierro pintada de blanco de la terraza de un bar al aire libre, esa tarde de principios de verano. «Nunca

folles con una mujer que te turba», le había aconsejado el entrenador. «Perderás el poder y al otro día llegarás último a la meta. Último o penúltimo. He visto a tipos que corrían bien, corrían excelentemente bien, y luego de follar con una mujer que los dominaba, que los turbaba, perdían toda su capacidad de concentración, perdían toda su fuerza, eran como peleles.»

—¿He dicho algo mal? —se defendió, con cierta agresividad.

—No, no —aseguró ella—, todo lo contrario. Me pareció una hermosa palabra: presentir.

—No entiendo de palabras —afirmó él—. Solo entiendo de bicicletas, de pedales, de correr, de cuestas y de descensos. ¿Me ayudarás a ganar?

Ella lo miró con ternura. Era todo lo que podía sentir por un hombre, y tenía que ser un hombre especial, un hombre que aceptara turbarse, que pudiera reconocer su fragilidad.

—¿Es tan importante ganar? —preguntó la muchacha.

—El mes que viene es el cumpleaños de mi madre —reconoció— y quiero hacerle ese regalo. Quiero ganar la carrera para ella. No quería que fuera ciclista. Quería que fuera médico, abogado o cualquiera de esas cosas que le parecen admirables. Pero yo quería pedalear. Sobre la bicicleta, te aseguro, soy otra clase de hombre. Más firme. Más entero. Más ambicioso. Correr es algo solitario —agregó—. (¿Correrse era algo solitario? ¿Aunque dos se corrieran, era solitario?)

—Leer también es solitario —afirmó ella—. Páginas enteras que se vuelven en la soledad de la cama, con la luz apenas encendida, y el presentimiento de que en alguna parte hay alguien, algo, no se sabe bien qué, algo que se está perdiendo, algo que huye, algo que podíamos compartir y no compartimos...

—¿Me ayudarás a ganar la carrera? —insistió él.

Era inútil preguntarle qué pretendía que hiciera. Quizás mirarlo, mientras corría, mientras encajaba los pies en los pedales, quizás esperarlo en un recodo del camino (¿junto a las acacias de flores amarillas o los olivos

quebrados?), quizás pensar en él. Concentrarse en él. No dejar de pensar en él. No abandonarlo, ni en la distancia, ni cuando sus ojos no lo veían, ni cuando no escuchaba su respiración, su jadeo («Me gustaría follarte en marcha, mientras pedaleo, tú apoyada en el triángulo, yo en el asiento, tú con los cabellos al aire, yo con mi malla de colores, y así seguir el camino, enroscados, enlazados, penetrados, seguramente ganaría la carrera, pero qué importa»).

— Necesito saber que alguien está pensando en mí — dijo él.

Y las muchachas contratadas por la organización de la Vuelta que entregaban un ramo de flores y un beso al ganador, extenuado, muchachas que jamás habían pensado en él, ni pensarían, las flores se las iba a regalar a su madre.

— No sé si puedo pensar en ti todo el tiempo — dijo ella.

— ¿Puedes pensar todo el tiempo en el Pou ese? — preguntó él, algo celoso.

— He pensado mucho en Poe — dijo ella —. He leído sus puntos, sus comas, sus acentos, sus versos, sus borracheras...

— No me gustan los borrachos — dijo él —. No son de fiar.

Efectivamente, pensó ella, no son de fiar, pero a veces escriben como los dioses.

— Murió hace mucho tiempo — le informó ella.

— Yo estoy vivo y me gustaría que me ayudaras a ganar la carrera — repitió. Pensó que quizás podía parapetarse detrás de un muro y observarlo, mientras leía alguna cosa. Un poema de Robert Frost o de Octavio Paz. Era guapo, tenía un cuerpo duro y elástico, seguramente era un poco torpe haciendo el amor (¿qué hombre no lo era?), confundiría la pasión con la fuerza y jadearía demasiado, por eso ella tendría que enseñarle. Si una mujer no le enseña a hacer el amor a un hombre, este jamás aprende.

— Voy a ayudarte — le dijo —, aunque no puedo prometerte nada.

Él respiró con satisfacción. Parecía haber llegado a la meta o algo por el estilo. Se sintió tan generoso que encargó más refrescos, compró una rosa a una florista que pasaba, sintió algo así como un principio de locuacidad, pero no pudo decírselo, porque desconocía esa palabra.

—Ganaremos —afirmó él, vanidoso, henchido, orgulloso.

El plural le produjo escalofríos y sintió que podía arrepentirse de su decisión.

—Ganarás la carrera y yo estaré mirándote desde lejos —corrigió.

Él comprendió el mensaje subyacente.

—Yo ganaré la carrera y tú estarás mirándome desde lejos, pero como si estuvieras junto a mí —aceptó—. Eres muy hermosa —agregó.

—No te prometo nada —insistió.

—Solo una vez —dijo él—. Convencionalmente, una vez.

A ella le pareció sorprendente que él supiera usar ese adverbio.

—A cambio —le dijo— creo que tendrías que leer a Baudelaire.

—¿Boqué? —preguntó él.

—Baudelaire —repitió—. No te preocupes. La mayoría de las personas de este mundo no lo han leído y no pasa nada por eso, pero es uno de mis poetas favoritos.

En cierto sentido —le dijo—, tú también eres un poeta: alguien que necesita ayuda para hacer algo completamente prescindible: correr metódicamente subido a un aparato incómodo, ascender colinas, descender laderas, mientras los perros ladran, los árboles están quietos y algunos espectadores aplauden, como si se tratara del circo.

No entendía bien a las mujeres —su entrenador decía que eran criaturas difíciles —, pero le gustaba oírla, quizás podían pasar el resto de sus vidas haciendo eso: él corriendo por delante, los músculos tensos apretando los pedales, ella mirándolo y hablándole. Y con el sonido de su voz y su ritmo atravesarían los vallados, escalarían los montes, un minuto y una décima de

ventaja en la primera vuelta, ¿dónde estás, mi amor, dándome aliento? Un minuto y veinte segundos en la siguiente vuelta, además de Baudelaire tendrás que leer a Poe, ese borracho lúcido, drogado de emociones fuertes; si te gustan las emociones fuertes, inclínate sobre el triángulo, el triángulo de la bici, correremos así, correremos entre los abetos, los pinos, los cipreses, las hayas, las acacias, vadearemos los pequeños ríos de aguas insignificantes, los caminos de piedra, los pueblos abandonados, tan abandonados como tú y yo ahora cuando se ha cumplido la décima vuelta y el ganador resuella, alguien le acerca una botella de agua mineral para que beba, se aproximan las muchachas con las flores pero yo estoy buscándote a ti, a ti, a ti, tus ojos en mi espalda, tu mirada en mi nuca, la fotografía con los besos fríos, convencionales, de las azafatas, te dije que te ayudaría solo una vez, ahora es el turno de Edgar A. Poe.

Un ciclista señorito

Alvaro Pombo

Le dijeron: Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melquisedech. Y les creyó. Fue lo único que creyó. Lo único que cree todavía. El día de su ordenación se sintió único: el sacramento del orden se extendió dolorosamente por toda su piel como un tatuaje invisible. Desde ahí, desde la sensibilidad, desde la piel, se trasladó de golpe a su conciencia. La voz de su conciencia repitió solemnemente: Aleluya, aleluya, aleluya, juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Aleluya. Aquel día se sintió florecer como el cetro de David. Melquisedec, David, aquellos nombres del Antiguo Testamento entrelazados en su conciencia de sí mismo, en su proyecto de ser quien era desde siempre — ¿quién podía ser desde siempre Juan Martínez? ¿Quién sino un simple, un común don nadie? —. A partir de ahora, abriría sus labios en medio de la iglesia y le colmaría el Señor de entendimiento y sabiduría. Aquel día, el Señor le vistió con la estola de la gloria. Juan Martínez, el hijo del Juanín y la Rosuca, creyó todo aquello a pies juntillas, y lo creyó de tal manera que le parecía que ya creía de paso todo lo demás, todos los artículos del Credo, todo lo que hubiese de creer ahora o luego, por mandato de la Santa Madre Iglesia y sus doctores.

Para todos fueron doña Genoveva y don Eduardo, excepto para su madre, que eran el señor y la señora. Su madre trabajaba de asistenta en la casa del pueblo, los veranos, y después de la guerra, en la capital también, todos los días menos uno, móvil, que dependía del día que Isabela —aquella excelente cocinera, siempre inmaculada, de blanco de los pies a la cabeza, una mala mujer— decidiese tomarse libre para ir a la peluquería y, por la tarde, al cine, a la sesión de las siete, con quien iba, que si eran las entradas numeradas, sacaban la última fila un poco en cuesta para sobarse allí a placer. Siempre esto lo supo Juan, y siempre vio en la arbitrariedad del día de salida de Isabela una sobreañadida malicia, negra y no blanca, maculada, y no sin macular, en que se sobasen en un patio de butacas sin limitarse solo a ver

tranquilamente la película. Entre arbitrariedad, sobo e injusticia, vio muy pronto la conexión el pequeño Juan: que la sumisión con que su madre lo aceptaba todo, convertía lo de Isabela en un escándalo mayor, que ningún otro había comparable o pensable. Cuando Juan cumplió diez años, pidió una bicicleta para Reyes, y en el mirador de doña Genoveva le echaron un triciclo. Cuando con catorce cumplidos empezó quinto de bachillerato en los gratuitos del colegio de San Emeterio, pidió una bicicleta de carreras y en el mirador de doña Genoveva se encontró, al subir por la tarde con su madre a tomar el roscón en la cocina, una Orbea con el mando de los cambios en la barra. Había pedido la Orbea por pedir, sin soñar con ella ni siquiera, deseándola en abstracto, como se desean los premios, los cientos por uno, en el Reino de los Cielos. Y ahí estaba la bici: ocupaba todo el mirador, campeaba por encima de los demás regalos, parecía no apoyada en ningún sitio, sosteniéndose a sí misma en sus dos ruedas relucientes, verdaderas: una bicicleta de carreras de verdad. La primera Vuelta a España fue aquel año, aquel verano de 1935, y Juan, desde primera hora de la mañana, se lanzaba cuesta abajo en la perfecta y verdadera bici de doña Genoveva y de los Reyes, hasta llegar con los ojos enramados del relente y la velocidad de tumba abierta a la carretera rectilínea a lo largo de los tres kilómetros que había desde las últimas casas del pueblo hasta la fábrica y la carretera que iba hacia la capital, pasando por delante de la casa de los señores, que quedaba blanca y recoleta, con ventanitas, porque la parte que daba a la carretera era la de atrás. Las habitaciones principales daban todas al jardín escalonado.

Después de la guerra fue, según su madre, una bendición de Dios que a los señores no les molestase lo más mínimo —ni siquiera parecían acordarse— que el Juanín, su padre, se hubiese echado al monte con el maquis tan pronto como oyó la voz de Franco con lo de «cautivo y desarmado», después de haber, tres años antes, sido de los primeros que se unieron a los milicianos de la capital y el pueblo. Que mientras se afeitaba ya cantaba (y la Rosuca y el hijo de diez años bien claro que le oían): Agrupémonos todos en la lucha final, no entonando por cierto el himno nada bien. Siempre había el Juanín desafinado y nunca había parado mucho en casa. Ni antes de la guerra: desde la fábrica se metía derecho al bar hasta las tantas, ni tampoco después de la guerra, como es lógico, que tuvo que huir para salvar su vida. Decía su madre que ni a doña Genoveva ni a don

Eduardo les importó que en las casas del pueblo se supiese y comentase que el Juanín se había echado al monte con el maquis, que a lo que se echaba era a robar, más que nada por comer, por malcomer, por huir, hasta que, agotado, reapareció un día en bicicleta a la entrada de Cebayos, a pocos metros de la entrada principal de la casa cuartel de la Guardia Civil. Salió del monte al mismo tiempo que salía el sol, en la última curva del valle, parecía un pordiosero, un bandido, un leproso, un alma en pena en bicicleta, recién venida del puto purgatorio a este valle de lágrimas para dar avisos a quienes no habían llorado aún lo suficiente: el cabo primero, en camiseta y con el correa por encima. Le dio el alto y le pegó dos tiros que le reventaron hacia atrás, de golpe, a la cuneta, arrojados a la vez la bicicleta y Juanín, con la bicicleta, no se sabe cómo, encima del Juanín como un sudario, y la rueda delantera al aire dando vueltas todavía por sí sola. Cuando el comandante del cuartel, en cuclillas, se puso a registrarle, las vueltas de la rueda de la bici recordaban la ruleta de las barquilleras del gofre-parisién, en los remotos jardines del paseo marítimo de la capital, antaño.

Los padres de su madre, los abuelos; se quedaron a vivir con ellos en el pueblo y se quedaron a vivir algunos años más, después. Habían vivido toda la vida en una granja, de guardeses, más que nada por las vacas, que su abuela las llevaba a la hierba y ahí las dejaban todo el día, y a veces en verano por la noche. Se vinieron a vivir con ellos por miedo a los milicianos, y también porque nadie en todo el pueblo, con la guerra, pensaba en retejar ni quedaban albañiles. Chorreaban las paredes de humedad. A Juanín, el chaval, le parecían sus abuelos maternos dos figuritas muy pequeñas, casi idénticas, sentados a ambos lados de la radio, vivían de la leche y del pan, el pan verde con que se hacían sopas. Cuando había harina de maíz, Rosuca hacía una borona grande, cuyo aroma, al tostarse en el fogón, entristecía a Juanín, haciéndole pensar en otros modos de vivir, en mejores casas con mayores cuartos, con una enorme radio Telefunken como la que tenía don Eduardo en el comedor para oír a la una las noticias de Radio Nacional. Casas de cuartos secos, grandes, soleados. En todas las habitaciones, chimeneas, y en las más pequeñas y en los dormitorios, o una salamandra por cuarto o aquellas modernas estufas eléctricas, mucho mejor que los pestíferos braseros. Pero los abuelos se murieron enseguida, al empezar quinto Juanín no estaban ya sentados a escuchar la radio, ni metidos en sus cuartos —como les vio Juanín

de refilón al entrarles su madre la leche y la borona, poco antes debió de ser de la ya avencidada y diminuta muerte, solo una diminuta muerte, con pasitos de gorrión, la misma igual para los dos, por ahorrar también en eso —. Miró aquella vez por la puerta entreabierta: ahora ya no le gustaba ni mirar ni verlos, porque olían un poquitín a rancio, a queso rancio de la ratonerita que ponía su madre en la cocina, debajo de la pila por las noches. Los vio muy claramente a los dos juntos en la cama grande: un solo bulto con dos cabecitas, acurrucados en la eterna semicálida nocturnidad perpetua de aquella habitación donde también dormía su madre por las noches, regalo de doña Genoveva. Visto y no visto, aquel grabado chico de sus abuelos unificados en la almohada blanca, juntas las cabecitas de avellana como dos ratones que se les para el corazón del susto. Juanín se acordó, muchos años más tarde, el año que le ordenaron diácono, de la razón que a sí mismo se había dado entonces para no querer ver a los abuelos antes de morir, ni muertos, conformarse con haberles visto solo aquella vez acurrucados en la almohada: que si les hubiese vuelto a ver o hubiese ido a verles una o dos veces al día, o, como su madre, día y noche, al dormir en el mismo dormitorio, se le hubieran agigantado, chiquitines, hasta tal punto, en la sesera, que la tapa de los sesos se le hubiera saltado repentinamente a consecuencia de la interna ebullición de las imágenes. Al no querer verles y no querer pensar en ellos, creyó Juanín que se libraba de los abuelos de una vez por todas, pero no fue así: nadie se libra de lo que no quiere ver si deliberadamente rehúsa verlo.

Cuidó la prosodia sobre todo. Cuidó y pulió su entonación: se raspó el deje pueblerino, como una matriz, el pejino, hasta desarraigarlo de toda gestación, ni la más remota brizna, granito negro de alpiste de un canario caído casualmente, que pudiese revelar el origen del ritmo profundo de su yo. Para su yo, se hizo primero un ritmo muy sencillo, sin adornos, didáctico y pausado, apto para redactar las hojas de los exámenes, los ensayos de sermones que todos los seminaristas, sin dejar ninguno, iban por turno pronunciando una vez al mes en el refectorio, mientras almorzaban: el orador veía las coronillas de sus condiscípulos, el ruido de tenedores, cuchillos, cucharas y tenedores: ver y oír desde aquel púlpito del refectorio era deleitoso, era maravillosamente útil y deleitable como las fábulas de Marte y Samaniego.

A la vez que su prosodia, Juan Martínez cuidó sus sentimientos, es decir: los orilló. El seminario menor era un semillero —eso Juan lo vio a los dos días—, y al cabo de cinco años, la visión, esa visión, solo creció, se confirmó, echó florecitas cuyos pétalos, al tacto, daban la impresión de ser papel de seda del color del pimentón: un colorante alimentario. Al mismo tiempo decidió que cuidaría su prosodia y que en el seminario plantaría las semillas de sus sentimientos a fin de tenerlos ordenados a la hora de orillarlos. ¿Quién le dijo a Martínez que los sentimientos eran parte de la carne, consustanciales a la cópula carnalis? ¿Quién iba a decírselo? Nadie se lo dijo. Él solo lo pensó, y al pensarlo se sintió renovado, ajustado a la presente circunstancia de aquellos sus primeros días de seminarista. Pensó que serían un don de Dios, porque lo vio todo repentinamente iluminado: La guerra de las Galias que iba traduciendo y la humanidad entera, vivos y difuntos, gementes et flentes in hac lacrimarum valle. Los sentimientos debían ser sembrados, cultivados, clasificados y orillados, en uno y el mismo acto intencional que, afirmando su existencia inconfundible, los ponía fuera de circulación. Es muy posible que Juan Martínez, entre los diez y los quince años, no supiese lo que hacía al cuidar su prosodia y orillar sus sentimientos en un mismo golpe de intención. Es posible que no fuera explícitamente consciente de lo que implicaba aquella firme decisión estilística y teológica. Fue, sin embargo, intensamente consciente en ese mismo acto, de la imagen dulce, temblorosa, de su madre, lívida y lejana, deslucida, translúcidas las manos deformadas por la artritis, una transparencia infinitamente próxima y alejada de su corazón, hecha de hostias y ceniza, hecha —como un vencejo muerto cuya carcasa de pluma aparece seca entre las bincas enredadas— de vacío, el melancólico vacío del alma de Rosuca (o, al menos, eso es lo que creyó Juan Martínez ver en la imagen liviana de su madre).

Descubrió Martínez que el simple hecho de preocuparse por afinar su prosodia le sacaba del lugar común del habla de sus condiscípulos y le dejaba suspendido, a solas, frente al precipicio del cómo mantenerse en el buen ritmo cada vez que, pronunciada una frase, tenía que formar otra, la siguiente, a tenor de la vivacidad de la anterior. Por un instante se sentía suspendido sobre el conjunto entero de posibilidades expresivas de su lengua materna, de tal suerte que la frase que de inmediato pronunciaba era una síntesis velocísima de lo desechado y lo aceptado que el impulso prosódico —

a juicio de Martínez casi solo eso — imprimía necesidad, novedad, fascinación y, por lo tanto, renovado gusto por la invención verbal, por la elocución y la elocuencia. Y, naturalmente, ese gusto por los fraseos veloces con que los pensamientos pasan a ser frases, y las frases otras y otras frases y otros pensamientos sin término final alguno salvo las arbitrarias interrupciones de las clases, los recreos, las horas de capilla, las horas de comer o de dormir, le condujo hacia el interior de sus recuerdos, que, a simple vista, nada extraordinario contenían o habían contenido hasta la fecha, pero que ahora, al tratar de pronunciarlos y atraerlos y combinar los unos con los otros a fin de ir alineándolos con gran precisión, a gran velocidad, en nuevas oraciones elocuentes, reverdecían y rebotaban en las paredes invisibles de su capacidad intelectual total, cobrando y perdiendo significación rapidísimamente, adentrando a Martínez en la campa germinal, seminal, de su conciencia constituyente. Así, su madre y él, sentados los dos en la cocina, durante la vacación de Navidad: Juanín es ya seminarista, sus abuelos han muerto, la cocina es el sitio más caliente de la casa, el olor de las castañas asadas, que había que pelar rápidamente cada castaña, que abrasaban los dedos calentándolos, excitándolos, aquellas maravillosas castañas recién asadas de la memoria de Juan Martínez traen consigo una escena que ahora el seminarista elocuente recompone, reconstituye, pronuncia de nuevo:

—¿Qué miras hijo? Llevas un rato mirándome fijamente, y no sé si me ves o no me ves.

—Perdona. ¡Claro que te veo! Te miraba las manos artríticas, de tanto fregar platos y fregar suelos y lavar las coladas de las casas. Te veo ya mayor, ¿y qué tienes en las manos? Nada, solo esa castaña asada que te alegra las yemas de los dedos un instante y te engaña como te ha engañado todo en la vida. Todos te engañaron. ¿Qué te queda ahora después de tantos años, madre?

—Te tengo a ti.

—Sí, ¿y yo de qué te sirvo?

—Cuando cantes misa, y te den ya una parroquia en propiedad, aunque solo sea provisional, me iré a vivir contigo, y con lo que ganes tú y con lo que

a mí me queda, que algo tengo ahorrado, pues ya viviremos los dos tan ricamente.

—¿Y si no termino la carrera? ¿Y si me salgo?

Su madre no parece registrar esa pregunta. Y él mismo, ahora, reconoce que era natural no registrarla entonces, porque, al pronunciarla su madre, los dos vieron que carecía de sentido y que era una de esas preguntas retóricas que se hacen solo por hacerlas. Su madre estaba tan segura como el propio Juan Martínez de que nunca dejaría el sacerdocio, nunca colgaría la sotana: la mera idea de hacerlo no se le ocurriría ni una sola vez, porque es imposible pensar lo que no es. Y Juan Martínez era sacerdote desde el primer día que llegó al seminario, y no podía ser pensado o pensarse a sí mismo no siéndolo. No había nada que pensar desde ese lado. Ese lado era el lado desde el cual se pensaba y se vivía todo lo demás.

—Para una madre... un hijo como tú... He tenido tanta suerte.

—Eso no se llama suerte, madre. Yo soy el único hijo que pudiste tener. Eso no es suerte ni azar, es necesidad. Y si de todos modos quieres llamarlo suerte y buena suerte, entonces todo lo otro es en tu vida lo contrario, es decir, mala suerte, que es lo que de verdad tú has tenido, muy mala suerte.

—¡Ay, no, hijo! Eso no es verdad. Gracias a Dios he tenido siempre buenas casas. Al oír eso, le sobresalta todo en la memoria a Juan Martínez, como el brusco golpe de una contraventana trasteada por el viento oscuro de la noche en el monte, y por la garganta, en el recuerdo, asciende la humedad de la casa, que solo el diminuto fogón hace soportable: ¿es un insulto, o es una caricia lo que me dice? Se siente entorpecido por los sentimientos sentidos años atrás, resentidos ahora, presentados de nuevo en su presente, representados: siente rabia, se ahoga, aceza, no puede respirar. Recuerda sin saber por qué —o tal vez no lo recuerda, sino que lo piensa y lo añade ahora— que la fisiología de los funcionarios imperiales chinos hace incompatibles, y por lo tanto prohíbe, que se sientan sentimientos a la vez que se respira. Los sentimientos son todos excesivos, acortan la vida porque malbaratan la respiración, la prosodia respiratoria, oratoria, de las castas sacerdotales dos o tres veces milenarias. La prosodia, que es respiración, y que no puede darse si se respira desacompañadamente, le garantiza la

eternidad del cielo y de la tierra, y del curso de los ríos y las cosechas de arroz en el extremado imperio de los emperadores chinos educados por Confucio.

— Me da rabia verte así, madre. Haciéndote valer tan poco, igual toda la vida. A casa de doña Genoveva, ¿cuántos años llevas yendo? No lo sabes ni tú misma. Y contigo no han tenido ni un detalle nunca, ¿a qué no?

— ¿Y tú educación, qué? Si no es por los señores, yo no hubiera podido pagarte los estudios. ¿Y la bici, qué?

— La bici, sí. La bici — dijo, y se calló.

Aún conservaba, en su cuarto de dormir, la bici envuelta en mantas viejas. Tan flamante como de nueva. ¿Era la bici una atención que los señores tuvieron con su madre? Que lo entendiera así su madre hizo que se avergonzara ahora por ella, como si toda la existencia pusilánime de aquella mujer hacendosa y pusilánime, piadosa y sumisa, a quien él amaba, en quien se reconocía, cobrara ahora el significado de una atención humillante, un regalo envenenado.

Juan Martínez disfrutó mucho con la bici aquella. Los recuerdos del pueblo se enredaban en la bici como una parra virgen que se conservara verde las cuatro estaciones del año. Cada vez que pensaba en la bicicleta, cuando venía de vacaciones como ahora, cuando regresaba al seminario, se acordaba de sus pasadas excursiones aquellos tres veranos de la guerra, tan sombríos para todos en el pueblo, tan sin atreverse nadie a predecir cuándo acabaría todo aquel feroz avance de los nacionales, el recular de los republicanos, indisciplinados, inconsecuentes y geniales como su propio padre, que por fin se iba sedimentando en la memoria de Martínez, en una Internacional canturreada al afeitarse, en el burlesco recuento de su muerte. La Guarda Civil no le dejó ni hablar. Le dispararon sabiendo que no tenía nada que decir ni que añadir. Para lo que hay que ver, mejor muerto — quizá pensó su padre antes de morir tirado en la cuneta bajo su bici.

Juan Martínez contempla a su madre frente a él, en el presente, y ahora en el recuerdo. Los años de seminario transcurrieron como una excursión de un día entero en bicicleta: excitantes, variados, ensimismados, y, a medida que iban acabándose, proporcionando cada vez más firmes lados, más claros perfiles a su profesión sacerdotal, su vocación sacerdotal, su ordenación

sacerdotal y, tras un par de años de coadjutor en una iglesia de la capital, verse convertido en el capellán de la capilla de los señores, que estaba abierta al culto y que hacía las veces de parroquia en el pueblo. Instalado con su madre en la casa del cura. Su madre, casi continuamente arrobada, iba haciendo lentamente las faenas de la casa, que a su paso de anciana, con sus lentas maneras reumáticas, se convertían en tareas infantiles, como si la casa del párroco, y el cuidado del párroco, su hijo, se hubiesen convertido, al final de su vida, en el pequeño ajeteo de una niña con su casita de muñecas: una casita de verdad, con su cocina, y su cuarto de baño y su dormitorio, con la batería de cocina nueva, reluciente, en miniatura, de verdad. Ya no iba a trabajar fuera de casa. Quien ahora salía con frecuencia de casa, todos los días para ser exacto, era don Juan Martínez, párroco del pueblo, que ahora estaba siempre invitado a tomar el té en casa de los señores. En una de esas veladas le refrescaron de pronto la memoria, todo el mundo, porque aquel día había mucha gente, y se reían. Era una anécdota, que se consideraba casi épica, de don Eduardo.

Doña Genoveva y don Eduardo habían sido, casi desde el viaje de novios, dos soledades que mutuamente se respetaban y reverenciaban. Esa no era la idea que doña Genoveva había tenido del amor el día de su boda. Comprendió, sin embargo, que el amor matrimonial solo había de consistir en la mutua deferencia por razón del medio frío que en el que existía su marido. Daba la impresión de no haber querido del todo aquella boda, los dos hijos que tuvieron o las dos elegantes casas en las que vivieron en la capital y en el pueblo. Don Eduardo se relacionaba con las personas y las cosas como si solo mediante un esfuerzo de atención lograra recordar que le pertenecían. Con los años cobró una apariencia cada vez más frágil, como si no pudiera ser tocado o besado o empujado o sorprendido o perturbado o molestado por cualquier otra persona. No se le podía molestar. No se le podía acercar uno nunca del todo. Con frecuencia se quedaba de pie en medio del despacho, con un aspecto grácil, elegante, ausente, como recordando algo u olvidando algo que de todos modos no tenía la más mínima importancia. Hablaba poco y contaba casi siempre las mismas anécdotas: historias de sus viajes con un diácono irlandés, su acompañante o tutor. Cuando estaban solos en la casa, doña Genoveva y don Eduardo permanecían cada cual en su estancia prefijada, bien en el despacho o en la salita, pero cuando estaban

juntos con más gente en la casa, cuando recibían, por lo regular gente de la familia de los dos: sobrinos o aquel par de exclusivos amigos que tenía don Eduardo, entonces, repentinamente encendida y como inspirada, doña Genoveva contaba anécdotas de su marido que, invariablemente, los invitados celebraban sin que parecieran del todo convencidos, viendo al protagonista nominal tan distante y tan amable de que la anécdota o la genialidad referida iba con él. A Juan Martínez le encantaba el ambiente aquel de la hora del té, tan sin pretensiones y, sin embargo, tan protocolario. Sin presionar nunca nadie en nada, como si vida y muerte fueran a ser también siempre así para los dos anfitriones, veladas, llanas, leves, puntuales como eran ellos mismos. Era curioso —y ahí estaba el aguijón— que visitándoles con tanta frecuencia como el párroco visitaba a los señores, nunca nadie hiciera referencia ya a su madre, como si el ser párroco, convertido ya en visita habitual de la casa, le hubiera desnaturalizado al mismo tiempo, cambiado de sustancia o, sin cambiar la sustancia, reconvertido todos sus accidentes en otros cualitativamente distintos y mejores que los del hijo de Rosuca. Le gustaba estar allí, con todos ellos, e invariablemente, simultáneamente, los detestaba y se detestaba a sí mismo por gustarle tanto estar con ellos, que no se referían a su madre nunca, dándola tal vez por muerta o dándole a él mismo por hijo de otra mujer que no era la Rosuca. Era una larvada, móvil, ágil, casi invisible, indignidad, que agujereaba su deleite como un gusano las reinetas. ¿Se les había olvidado quién era su madre? ¿Es que ser cura era mucho? Es por ser cura por lo que me tienen tanta estima. No por mí, sino por cura, si no ¿de qué? —pensaba Juan Martínez.

En cualquier caso, una tarde habían venido a merendar dos sobrinas recién casadas, altas y muy rubias, con grandes ojos frutales, dadivosos, que surcaban como aves insignes por la superficie de don Juan Martínez, ensombreciéndole, aireándole, soleándole, sin pararse nunca en él. Habían venido con sus jóvenes maridos ingenieros, sentados ahora a sus diestras, gárrulas y finas e inocentes, que el párroco, de frente no quería mirarlas, para no deslumbrarse como los faros de los coches por las noches deslumbran a una vaca que cruza por casualidad la carretera. Pero su lugar, su posición, su sitio en aquella mesa, en aquella casa, era tan cardinal, tan indiscutible, tan, por ser quien era y merecerlo por derecho propio y por oposición como una

canongía, que bastaba con estar y merendar prudentemente, sonriendo a su derecha y a su izquierda, o simplemente con su sotana negra y su alzacuellos o aceptando otra taza de té, poniendo un poco más de mermelada de fresa en su recién tostada untada ya de mantequilla.

—Figúrate que, en plena guerra, Eduardo, todos los días de la semana menos el viernes, sacaba la bicicleta a las tres y media en punto, y hasta las cinco y media en punto iba y venía por la carretera, paseándose como Perico por su casa. Yo le decía: «Un día, Eduardo, te cogen y te matan. Deberíamos disimular un poco más. Tal como están las cosas, con milicianos de otros sitios además en el pueblo, a que te den el paseo estás expuesto cualquier noche».

Y el párroco sabía de qué hablaba, y cada vez más claro lo entendía según lo volvía a contar doña Genoveva: las denuncias que hubo, entrecruzadas, los incendios, que la fábrica quemaron la mitad, mujeres de sus casas que se echaban con los monos azules a las calles, desgredadas, las peores las mujeres, las más malas, las más rojas. Según doña Genoveva, quien menos una podrían figurarse, inclusive catequistas, se echaban a la calle, al amor libre alegremente.

—Y todo ese impío guirigay —seguía diciendo doña Genoveva— era en la carretera donde más pasaba y se veía, en la carretera justo delante de la casa, el pueblo entero sabiendo que estábamos en casa.

Tenía entonces diez años Juan Martínez. Y, sin embargo, ya de párroco, se acordaba bien de todo: el miedo que tuvo la Rosuca. Él mismo tuvo miedo algunas veces, aunque ni a su madre ni a él podía pasarles nada: hijos del pueblo como eran los dos y su padre en el frente de Madrid. Llegaban cartas y postales con poca información y muchos ¡Viva la Libertad y Viva Rusia! Y hasta los márgenes mismos de las cartas decorados con hoces y martillos, trazados con tantísima torpeza, como los palotes de las letras de las cartas. Ellos dos estaban bien y muy seguros en el pueblo por mal que se pusiesen las cosas para todos los demás. Y la verdad — pensaba Juan Martínez, el niño sacerdote, el niño párroco de los años triunfales y los veinticinco años de paz —, la verdad es que algunos en el pueblo, algunos ricos, lo que les pasase se lo habían ganado a pulso. Se merecían la muerte muchos de ellos, y lo mismo los señores de la casa donde la Rosuca era asistente, ¿por qué no?

¿Qué hacían ellos que no hubiesen hecho sus tíos, primos y demás familia? Como se vio después, por las venganzas que hubo, mucho peores que los rojos peores. Al alcalde le cogieron entre cuatro, ahora todos de falange, y le bajaron a los lavaderos y le ahogaron en la artesa llena hasta arriba de jabón, que pataleaba y hacía el pino, y ellos tiesos, que lo ahogaron con sus propias manos, entre todos. Le reventaron los pulmones del jabón. Y al maestro le cogieron y le dieron por el culo con botellas de vino de tres cuartos, y le tiraron al río luego en cueros para que follase si quería con las ranas. Sí, Juanín, se acordaba bien de todo. En silencio, mientras tomaba su té de nuevo cuño escuchando el esquemático boceto que hacía doña Genoveva. Y decía: «Aquel horror». Llegaba de la capital el eco de la victoria, con la entrada de las tropas nacionales y los fusilamientos de primera hora y los fusilamientos y encarcelamientos de después.

Y doña Genoveva volvía a decir:

—Pues Eduardo, todos los días sin dejar ni un día, se ponía unos bombachos y una gorra de visera y se paseaba por la carretera en bicicleta. ¿Y tú crees que le insultaban, o qué? Pues nada. Le decían: Buenas tardes don Eduardo, y él contestaba: Buenas tardes. Y así tres años. Milicianas rojas como pimientos de este pueblo y otros pueblos pasaban cantando roncas, el primer año sobre todo, luego menos, y estas mismas a Eduardo le decían: Adiós, adiós. Como si él mismo fuese un rojo. ¿Cómo puede eso haber sido así? Yo no lo sé y nunca lo he entendido. (Y en aquella ocasión añade: Nadie en este mundo creo yo que haya tenido más pinta de rentista y de señorito rico y de derechas que Eduardo con bombachos y una gorra montando en bici por la carretera en el año treinta y seis, y hasta las más rojas le reían la gracia.)

El párroco sabía todo aquello: Rosuca, al volver a casa por las tardes, solía contar casi lo mismo: don Eduardo era un valiente que se paseaba por la carretera entre los milicianos y las rojas, y que como saludaba cortésmente, todos le reconocían el valor. Y el párroco recuerda que a aquel Juanín de entonces que era él, el hijo de Rosuca, que hizo la carrera de sacerdote gracias a las becas de don Eduardo y doña Genoveva, no le gustaba oír contar aquello, y menos por boca de su madre. Porque Rosuca, a diferencia de doña Genoveva, que imprimía al relato una innata chulería, contaba aquel paseo en

bici como si el ciclista, el señor, fuera un santo, y las milicianas unas bobas embobadas por su santidad. Y entonces a Juanín le había herido la incongruencia del relato aquel, la falsedad o el mal giro que tenía la historia. Lo justo hubiera sido, si es que a la revolución de los pobres ha de hacerse justicia, aunque solo sea poética, lo justo y merecido hubiera sido que se liaran a pedradas con aquel creído imbécil. Recordaba que a su madre se lo dijo, y su madre contestó: Juanín, eso no lo digas ni lo pienses, que desear el mal a cualquier persona, y a los señores peor todavía, es mucho peor que incluso hacerlo. Me parece a mí que es mucho peor, porque se pudre el corazón y no podemos recibir la comunión después.

Con Rosuca siempre fue imposible discutir; recuerda ahora el flamante párroco. Era mejor dejarla, pobrecilla, con su credulidad y su respeto y su temor de Dios, ¿pero y él? ¿Y Juan Martínez?

Él, Juan Martínez, párroco ahora de aquella parroquia confortable, que cumplía con decir la misa y el sermón de los domingos, y hacer unas novenas la Cuaresma, la Misa del Gallo lisa y llana, lo normal, lo natural, cumplía. Quienes tuviesen oídos para oír y ojos para ver, que vieses y que oyese la palabra de Dios que, con su mera presencia, el párroco ya testimoniaba y esparcía con los sermones de los domingos y festivos.

Don Juan, el párroco, se acordaba muy bien de aquella estampa contradictoria de don Eduardo en bici por la carretera. Y se acordaba, con una nitidez hiperreal, de la bicicleta misma, una bicicleta de paseo, con sus guardabarros plateados y atrás el transportín, y con su dinamo y con su luz y con un timbre que a veces sonaba un poco por sí solo al pedalear. Aquel paseo contenía en su memoria todo el encanto del ciclismo, toda la soltura, la desenvoltura, el equilibrio desafiante del ciclista que sorteaba las piedritas, los baches, las personas, sin caerse, sin dejar de saludar o de charlar si van con alguien, que se aleja de todos y de todo, carretera adelante, libre al aire libre, y que en un abrir y cerrar de ojos toma la primera curva y ya no se le ve, ráfaga silente de la bicicleta pedaleada sin esfuerzo, que dejaba a todos los obreros, los peatones, los mirones, con dos palmos de narices. Ese recuerdo era más desafiante, mucho más burlón, a juicio de Juanín, a juicio ahora del joven sacerdote, el joven párroco, que cualquier momentánea suspensión de la lucha de clases de aquel tiempo, con todos sus odios y venganzas. La

soberbia del amo, la desfachatez de los señores circulando en bicicleta en plena guerra como si no fuese con ellos. Ahora era, ahora ya, después de todo aquello, ahora es el presente, y don Juan Martínez, con su sotana y su balandrán y la pulcra teja que su madre cepilla cada día, no parece el mismo que odió ver a don Eduardo en bici. Pero es el mismo. ¿Qué duda cabe que sigue siendo el mismo? Por eso ahora, más de una década después, el niño-sacerdote, el hombre-sacerdote, el párroco, se pregunta, ¿y ahora, qué va a pasar ahora? Ahora pasará lo que yo quiera. ¿Y eso, qué es?

En el seminario, al poco tiempo de empezar, el director espiritual le dejó las cosas claras:

—Mira, Juan. El amor de Dios tú puedes entenderlo fácilmente si piensas que en tu vida siempre has sido lo que vas también a ser aquí: un gratuito. Un becado y un gratuito. El amor de Dios es una gracia igual, una gracia gratis data, y tu vocación sacerdotal igual, otra gracia gratis data.

Y Juanín comentó en voz muy baja:

—Yo, a Dios todos los días le doy gracias.

—¡Muy bien hecho! Y además de a Dios, dale las gracias mentalmente también a tus benefactores, que han hecho posible que florezca esta vocación especialísima de ser elegido para el sacerdocio. ¿No me has dicho que te gusta mucho montar en bicicleta? Pues tu vocación sacerdotal es tu nueva bicicleta, espiritual. Toma aquella bicicleta que te regalaron por Reyes, según me has contado, como una señal del amor con que Dios especialmente te ama a ti.

En vista de que el novicio, mientras oía todo esto, no le miraba cara a cara, sino que miraba fijamente al suelo, el director espiritual le dijo:

—Te veo como murrio, chico. Murrio y mustio. Eso no son las maneras ni las caras que quiere ver nuestro Señor. Ahora te voy a dar la bendición y quiero verte sonreír y mirar al frente, bien alta la cabeza. Así es mejor.

Juanín había alzado la frente, había contemplado a su director espiritual fijamente, había sonreído. Y en ese instante había decidido enviar, hacia las dos opuestas direcciones que el tiempo tiene en la conciencia, hacia atrás y hacia delante al mismo tiempo, un mismo mensaje: tantas gracias no me han

hecho nunca gracia, siempre he sentido y siempre sentiré, por todos ellos, aborrecimiento. Y a la vez pensó: Esto, mejor decirlo ahora. Recibió la bendición devotamente, y una vez los dos de pie y charlando, Juanín dijo:

—Creo que no he sentido nunca por mis benefactores gratitud. Más bien he sentido lo contrario.

El director espiritual alzó las cejas y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso, hijo, qué es lo contrario de la gratitud?

—Lo contrario de la gratitud es el aborrecimiento, o sea, la ingratitud —respondió el chico.

Y el maestro dijo:

—Mira, Juan, con esto no te vas tú a atormentar, y esta es una orden que te doy. Tan grande es tu deseo de amar a Dios y amar a tus benefactores y agradecerles lo que por ti han hecho, que de puro grande que es, te entran escrúpulos de si no será la suficientemente grande todavía. Sí. Es grande y cada vez será más grande, te lo digo yo.

—Si usted lo dice, padre, usted sabrá —dijo Juanín—. Y comprendió entonces que mediante esa frase había depositada su aborrecimiento, o ingratitud, o lo que fuese, en manos de Dios por medio de aquel sacerdote, y que, por consiguiente, allá ellos. Él pensaba obedecer, sin comentarios. A partir de aquel instante creció en él... ¿Qué creció en Juan Martínez a partir de aquel instante?

Seamos serios —pensaba el director espiritual—: en el corazón de un joven tan volcado entero a la vida espiritual (que a tanto había renunciado, a tantos placeres, lícitos incluso, para consagrarse única y exclusivamente a la santificación de esa nación santa que es el pueblo cristiano, un joven como aquel, un joven corazón, separado —«separado», repetía el director espiritual— como yo mismo, como Juan y como tantos y tantos santos diáconos, santos presbíteros y santos obispos, como a lo largo de los siglos han constituido y constituyen el ordo sacerdotalis o ecclesiasticus, ahí estaba Tertuliano, ahí estaba inclusive el pobre Orígenes, que no dejarían mentir al director espiritual, ni a Juan, ni al Papa), tan volcado como él y como yo y como todos, de puro hincado que estaba el corazón de Juan en la interior obra

de llegar a ser un perfecto sacerdote, que lo que parecían sombras de maldad y de malicia y de desvío, eran signos claros de la voluntad de amar a Dios que sentía el joven. Esto el director espiritual, bien sabe Dios que lo iba a repetir y repetir para que su joven educando prosiguiera sin interrupción la gran tarea. Así lo hizo aquel buen hombre, un alma cándida, devota, sin malicia quizá. El caso fue que Juan Martínez descubrió desde un principio, no solo que en la edificación espiritual propia no debe nunca la mano derecha saber qué hace la izquierda, sino que, incluso si por casualidad llega a saberlo, deberá fingir que no lo sabe y mirar para otro lado, para no convertirse en un diabólico narciso que se ahogó en la fuente fría y clara que lo reflejaba y en su propio reflejo se pudrió entre los nenúfares. En esa tentación no caería Juan. Así como en la otra, paralela tentación, que consiste en buscarse uno a uno mismo entre los vericuetos de la voz de su conciencia y de su alma. Para no encontrarse, Juan empezaría por no buscarse ya desde un principio. No se buscaría. Se guiaría por el instinto espiritual de su director espiritual, de tal manera que la edificación de su alma y su vida, de seminarista primero y de sacerdote propiamente dicho, después, la haría con esfuerzo y con ahínco, desconociéndose a sí mismo todo el tiempo. Pondría Juan Martínez su interés en otras cosas mejores y más altas que sí mismo, trascendentes a la propia egolatría de su ego: sería, como Descartes, simplicísimo.

En cuanto cargo que el sacerdote individual ejercía en circunstancias determinadas y concretas, era, desde el punto de vista de la sociología descriptiva, un ascenso en el orden natural, jerárquico, de la sociedad civilizada. Esto es lo que para Juan Martínez acabó sobre todo siendo su vocación sacerdotal: una subida desde la humildad de su origen hasta la dignidad presente, posición que incluía, además de una parroquia, una invitación perpetua a tomar el té de las seis de la tarde con doña Genoveva y don Eduardo. Y naturalmente, al hallarse en otra posición social, se atrevió a ejercer ya sus funciones propias de director espiritual. Era el confesor de doña Genoveva y el confidente de don Eduardo. Visto de cerca, don Eduardo era un personaje inmaduro, egoísta, muy bien educado, que para no ser molestado, nunca llegaba a molestar a nadie. Pero Juan Martínez veía el asunto de otro modo: le parecía un timador, un falsificador, un señorito rico con dos o tres o cuatro generaciones de riqueza a la espalda, que durante la

guerra tomó el pelo al pueblo entero paseando en bici por la carretera entre el almuerzo y la cena. Y las volubles glorias de una parroquia en propiedad y una invitación permanente al té, y una madre en casa, guisándole y planchándole la ropa como siempre, surgían como insignificantes premios de consolación para una vida de humillaciones que le venía de los humillados huesos de sus abuelos maternos y paternos y de su padre abatido a tiros por la Guardia Civil, y de una guerra que los suyos perdieron por indecisos, por no haber sido capaces de sacudirse el yugo del señor. El sacerdocio le sirvió para darse cuenta de que le correspondía mucho más alto honor del que le daban. Es arriesgado decir que la progresiva conciencia de todas estas cosas acabó fraguando en un acto de mala voluntad. Quizá no fue un acto libre. Quizá fue solo un impulso mecánico, un empujón inconsecuente.

Una tarde, al llegar a la casa a su hora, se encontró con don Eduardo solo. Doña Genoveva había salido y no volvería hasta la cena. Don Eduardo le recibió tan encantador como siempre, y Juan dijo:

—Con este tiempo tan maravilloso que tenemos, don Eduardo, ¿por qué no aprovechamos una tarde para darnos una vuelta en bicicleta? Yo conservo mi antigua bicicleta, y estoy seguro de que usted conservará la suya.

Don Eduardo accedió encantado, y decidieron que la tarde siguiente saldrían en bici, después de comer, los dos de paseo, hasta un bello paraje sombreado por las cañas y los maizales, donde se elevaban las márgenes del río casi en talud, y se formaba una poza bien profunda donde grandes sombras de carpas y de lucios emergían de tanto en tanto como torsos o brazos musculosos, rebrillaban al sol y se hundían de nuevo. La excursión valía la pena. Al día siguiente, en efecto, los dos pedalearon hasta aquel lugar y se llegaron justo hasta la orilla de una roca plana y verde que la lengua musgosa de la laguna lamía y relamía con un ruido frío, fresco y constante: un sonido pulmonar, profundo, cavernoso, respiratorio. Don Eduardo dijo:

—No creí que esta poza fuese tan profunda. Hace muchos años que no vengo por aquí.

Estaban alineados uno junto al otro, aún con un pie en tierra pero montados en las bicicletas, solo había un palmo de terreno entre las dos ruedas de don Eduardo y la laguna. Como quien se acerca al oído para

cuchichear alguna cosa, se acercó Juan a don Eduardo, y apoyadas las manos en el manillar de la bicicleta y en el hombro, arrojó al agua, anciano y bicicleta, en un revoltijo instantáneo, estrambótico. Bicicleta y ciclista se hundieron de inmediato con un chasquido alegre de chapuzón de bañista. Juan Martínez se arrojó al agua tras ellos. Un pescador, inadvertido, que se acercó al lugar al oír el chapoteo, declaró horas más tarde ante la policía: el señor cura se tiró detrás para salvarle, a todo trance le quería salvar, incluso a costa de su propia vida, yo le vi, pero no pudo, por desgracia.

En el atestado del cuartel de la Guardia Civil del pueblo se hizo constar que, por un accidente desdichado, la bicicleta se había interpuesto entre don Eduardo y el sacerdote, impidiendo que este le detuviera en su rápido hundimiento poza abajo. El rescate no fue posible. Don Juan emergió a la superficie, salió del lago con ayuda del pescador. Una vez fuera de peligro, don Juan Martínez extendió la mano derecha en el aire e hizo solemnemente el signo de la cruz, diciendo: Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén, respondió el pescador, de rodillas, gorra en mano.

Todo quedó hermoso, pulcro, frío, sin señales ya de guerras ni de luchas, el aire de la creciente atardecida, tras la excursión en bicicleta hasta la poza, hasta la fuente fría, fonte frida, fonte frida, sin amor.

Elogio del blobero

Miguel Sánchez-Ostiz

Para la familia Garmendia Galarregui

Veo una bicicleta, pero no es una bici de carreras, es una burra, una burra Orbea, pesada, sólida, algo descangallada, hecha para recorrer grandes distancias, para ir de aquí para allá, de pueblo en pueblo quiero decir, llevando en la parrilla un maletín de muestras sin valor comercial alguno, pacotilla pura, como en las películas, igual, y como mucho para hacer equilibrista en la plaza de algún pueblo, por fiestas, cuando el párroco, o mejor el coadjutor, que era el de las ideas, organizaba carreras que discurrían por unas carreterillas improbables, totalmente improbables, de tierra y piedras, y los paisanos, tus paisanos, mal que os pese a ambos, te podían descerrajar la cabeza de una pedrada para apearte de la burra en alguna curva y para que, en consecuencia, no ganaras nada en la meta aquella de polvo, gritos y algún que otro trago de zurracapote. No se ganaba gran cosa con aquellas carreras, no había viseras, tal vez un balón cochambroso, algo de pasta, no sé, no recuerdo bien, no gané ninguna, eran cucaña pura, juegos de envite, suerte o azar más que deporte, el remedo torpón de las que vimos pasar algunas veces por la carretera general que estaba algo más asfaltada que las de nuestras carreras, no mucho.

Con una de aquellas burras fue con la que intenté enrolarme en el Circo Americano, de equilibrista, hace mucho, tal vez demasiado, y salí escaldado, expulsado del paraíso para siempre, cuando también quise ser blobero, o, lo que es lo mismo, proscrito de la bicicleta. Vocación, vocación, lo que se dice vocación para ser ciclista de carreras, no sé si tuve alguna vez, me parece que no, a verdadera vocación me refiero, lo veía muy cansado, no tenía ni tendría fuelle para eso, y, además, te salían, decían, furúnculos, mal asunto este, malo. Eso sí, la bicicleta me gustaba a rabiar. Habría sido cualquier otra cosa, pero de los arrabales del negocio, de los aledaños, de donde la jarana. Yo no

puedo contar que mi padre era un aficionado furibundo a Loroño, el de Larrabezúa, ni de aquel que subía el Tourmalet rezando el rosario, ay que joderse la afición, el milagro, el milagro, ni mucho menos que cuando la carrera pasaba por nuestro pueblo lo llevábamos a dormir a nuestra casa, con bicicleta y todo, y que el ciclista dormía con su bici en la cama de al lado, qué cosas, qué mundo. Casi no puedo contar nada, puedo escuchar lo que otros cuentan, y no siempre, solo a veces, no es lo mío, echa otra de Karpi, mozo, antes de irme carretera adelante a ver si llegan, a ver si esta vez de una vez llegan los ciclistas, mis ciclistas. Tener o no tener «una bici de carreras». Solo los más afortunados la tenían. Una vez me prestaron una para que me diera vueltas, las que quieras, por ahí, tú tranquilo, el tiempo que quieras, ya me la devolverás mañana, me dijeron, sí... Genial... Sillín rompeculos, cambios, piñones, ruidico silabeante... Era la época de las carreras, de los circuitos, el de Pascua, cuando los ciclistas se la pegaban en la curva de La Perla, iban gritando entre ellos, de mala hostia, se estorbaban, derrapaban y zaborrazo que te crió, un jolgorio, así que me dije: «De esta me enrolo en las carreras», como si estas tuviesen un banderín de enganche, como aquel que había al cabo de la calle y del que salía gente arremangada y despechugada jurando en arameo con voz ronca. La bici, de carreras, legítima, la estoy viendo, y no debiera, me la dejó uno que era mangui, manguta, descuidero antes de dar en espadista. Uno que más tarde, ese sí, se apuntó al banderín de enganche de las voces aguardentosas y no regresó nunca más. No reparé en el detallico, mira. Pero el detalle, el dichoso detalle, reparó en mí, porque cuando más tranquilo estaba pedaleando por una calle desierta e imaginando que doblaba y doblaba y me escapaba en solitario hasta un lugar tan lejano que no había ni carrera siquiera y llegaba a mi ciudad anunciado por los bloberos, noté una garra en el lomo, me vi en globo, en un remolino de rabia y muy rudos juramentos, el detallico me tenía cogido con una mano y a la bici, de carreras, con la otra, dudó entre uno y otra, pero pudo más la codicia, la precaución tal vez, yo qué sé. Vi en su cara que temía soltar sus presas, entre la bici que podía rayarse, decía: «Ya me la habrás rayao, seguro!», y la captura del delincuente, del creminal, que no era tal, sino poseedor de buena fe, fiduchia de esa, le habría dicho yo más tarde, me soltó a mí, momento que aproveché para echar a correr y dejarle con su bici de carreras en la mano, y aún le daba el otro a la matraca: «¡Espera, cabrón, manguta!». Sí, ya, para eso estaba. No volví la vista atrás y me metí en una iglesia providencial que había por allí, la

de los guardias, mira tú que es casualidad, me acogí a sagrado como quien dice, y el tío detrás, sin soltar la bici, para por si acaso, se le echó el sacristán encima, que a ver qué hacía con la bici en la iglesia, «que es de carreras», argüía el otro, «ya, pero da igual», «que me l'an robao», «venga p'a fuera», allí entablaron un diálogo que nadie en su sano juicio mantendría, así que yo me largué por otra puerta como quien no hace nada, como quien viene de celebrar y salí a la primavera, a las bicis, al mundo... Las bicis de carreras... joooder... Alergia debería tenerlas, pero no, qué va, de qué, son un veneno, si lo pruebas te envenena para siempre, como el Karpi foral, igual.

Las bicis hacían su aparición con la primavera, y dejaban un rastro de leyendas, de nombres que luego hemos olvidado y alguno recuerda, tarde en la noche, y recita como quien recita un mantra, y nos lleva de la mano, por la sugestión de los nombres y los hitos de las carreras, a otro tiempo, y aún creemos que podemos volver allí, a las carreras, al asfalto ardiente de junio, a los proyectos de futuro, a la nada, a la blobería del alma: Eddy Merckx va y grita «¡Gora Euskadi!», rampas y curvas del Galibier y el Aubisque, en las que merendar y ser libres durante unas horas, con el acordeón y la merienda de categoría, y ver pasar a Vam Impe y a Anquetil y a Charlie Gaul y a Baldini, y, claro, claro, se me olvidaba a Jesús Galdeano, a Carmelo Morales, a Bidaurreta y a Urrestarazu y a Antonio Barrutia..., y no hay Karpi que valga para este trago, mozo, no lo hay, se nos ha ido la vida en ellos.

Yo, visto que aquello de las carreras de verdad, sin equilibrimo y sin riñas, estaba muy por encima de mis posibilidades, tenía auténtica admiración a los bloberos, que digo yo si no serían globeros, arrambladores de globos de aquellos que daban en la caravana dichosa, entre las discusiones de los ciclistas, sus preparadores, y todos aquellos con el silbato al cuello, siflando a todo siflar, los sudores, las gafas de sol, las gorras y camisetas que llegaba por primavera. Cómo saberlo a estas alturas cuando aquello, aquel Tragantúa que olía a rayos y por cuyo culo salíamos despedidos, todo aquello es niebla pura, inexistencia.

Ser blobero, y decir yo los vi primero, yo llegué antes, ahí vienen, esquivando guardias y bastones y los abrazos aviesos de esos espontáneos que siempre salen en apoyo de los guardias para que a lo mejor les den algo, una medalla, un purito, o por espíritu de cuerpo, yo qué sé, gente de orden,

los que saben cómo está organizado el universo, y las carreras ciclistas por añadidura, que tocaba atrapar bloberos, se atrapaban, eran un peligro público, estropeaban la imagen, le ponían lamparones a la foto, allí unos desarrapados con cara de creminales, qué iban a pensar los extranjeros.

Los bloberos salían al encuentro de la Vuelta Ciclista, y cuando la veían llegar de lejos, es decir, cuando al cabo de la carretera, allá lejos, aparecían los primeros signos inquietos de la llegada de los escapados o de los coches de la caravana o de nada, sobre todo de nada, había que tener una vista de lince, saber que había un sitio desde donde se podía vislumbrar la carretera general, la de Logroño, qué chicharrina, madre, qué chicharrina, apretar a correr, entre descampados, talleres, pedalear como posesos en unas burras imposibles, casi todas de marca, a intentar llegar antes de que llegaran los ciclistas al grito de «¡Qué vienen, qué vienen!». Y los ciclistas unas veces venían y otra no, sobre todo lo segundo. Esa era la historia, había que apreciar en la distancia y en el desierto, la calidad de aquello que se vislumbraba a lo lejos, que lo mismo podía ser la caravana, los motoristas, o el pelotón, lo que fuera, un cambio en la distancia, un mogolloncillo, un temblor del aire de junio, y aire, a correr, a burrear, a inquietar a la modosa ciudadanía, a que rugieran en falso. No era fácil. Los de las burras eran primero doblados por los de las bicis de carreras o por sus ángeles guardianes, motos, coches, que igual te daban un empujón desde la ventanilla, que es que hay mucho cabrón suelto, mucho, y luego arrollados o apaleados por los guardias, que los quitaban de en medio sin contemplaciones, a empujones, a gritos, a soplamocos, los que tenían bicis de carreras y un poco una nada de lujo en los piñones, en los cambios, tenían más posibilidades de éxito, de burlar a aquellos japís que salían con los brazos en cruz a atrapar al blobero como si este fuera un cangrejo, un bicho fugado, a no dejarle triunfar con su «¡Que vienen, que vienen!» en la tarde bochornosa, hecho maletilla de los pedales... Todo lo demás eran las carreras con las chapas de las botellas de cerveza, Cruz Azul, sobre todo, la de los alemanes, en el suelo de tierra, las foticos de los ciclistas recortadas y metidas por detrás, muy cucas ellas, y los ciclistas de plomo y luego de plástico y los juegos que eran codicia y aburrimiento, y nada más, poco más, y haber visto, haber oído también, haber oído, el silbido de las ruedas, las imprecaciones,

las caras exhaustas, famosas, pero exhaustas, nada que ver con las fotos de los bares, nada.

Ser blobero (¿o es globero?) era todo un empeño, tenía un no sé qué de furtivo, de arriesgado, de casi delictivo, y tú eras de la cuadrilla, participabas sin participar en las carreras, entrabas en ellas por la gatera, por la puerta falsa, que también tiene su mérito, te movías en aquel ambiente de sudorina, discusiones, gritos, viseras, porquerías de propaganda, margarina, tragantúa por el que salir echo cuesco del alma... La gloria.

Yo, con todo, solo me eché una vez a la carrera, a verlos venir, al mogollón de los bloberos, de los forajidos de los pedales, a la subversión del espectáculo. Pensaba que por equilibrista tenía más posibilidades de llegar que aquellos julas, pero nada más arrancar me quedé descolgado y enseguida me cogió un guardia, se me echó encima, materialmente encima, como una vaquilla embolada, me agarró por el cuello y me gritó: «¿Dónde trabajas, chaval?!». Y yo le dije: «Que no trabajo, que soy nieto del alcalde», cosa que era cierta (sobre poco más o menos, más menos que más, todo hay que decirlo), pero que al guardia aquel, que sudaba a chorros metido dentro de su gabán verde grisáceo, lo enfureció de muy considerable manera, porque, por lo visto, un nieto del alcalde no podía ser blobero, no, no podía, tenía que ir a tribuna o a parte alguna, así que para que aprendiera cuál era mi sitio en el mundo, en la vida, en las carreras, me metió una manta de hostias, zamorana total. Tampoco esta vez se me quitaron las ganas de ciclismo para una larga temporada, pero le cogí una afición enorme a gritar: «¡Que vienen, que vienen!». Y unas veces son los ciclistas, y otras los de siempre, así que aquí me tienes, mozo, blobero for ever, amorrado al Karpi.

La bicicleta del señor Micheletto

Sara Rosenberg

El señor Micheletto ya había cumplido los 75 años. Era conocido en la ciudad como un hombre austero, pero a todos les sorprendía que siguiera usando su vieja bicicleta para ir cada día al trabajo.

Era dueño de una pequeña empresa dedicada a la fabricación de muelles para sillines y, aunque tenía una buena situación económica, jamás se compró una bicicleta nueva. Se decía que cuidaba esa bicicleta más que a un hijo, que por cierto no tuvo.

La gente pensaba que la obsesión por esa vieja bicicleta se debía a que el señor Micheletto, siendo muy joven, había encontrado trabajo en la fábrica gracias a ella, años más tarde había ascendido a jefe de planta y después, al casarse con la hija del dueño, Georgina, se había hecho cargo de la dirección de la empresa. Cuentan que su mujer intentó regalarle otra bicicleta, último modelo, con palanca para cambios de velocidad, pero él la guardó en el garaje y nunca la usó.

Nadie podía afirmar si esto era cierto, porque el señor Micheletto era hombre de muy pocas palabras y además no tenía amigos. Era religioso, eso sí, y honrado como pocos.

Solían verlo pasar bien vestido, con sombrero al tono, las pinzas cuidadosamente puestas en los pantalones y el maletín en el portaequipajes, todos los días hábiles del año a las ocho y media de la mañana. La bicicleta siempre brillante, impecable a pesar de sus años.

Desde hacía tres días, cuando su mujer le habló de joven que estaba haciendo una tesis sobre esa película, Micheletto había empezado a sentirse mal.

Fue a ver al médico, pero después de hacerle una serie de pruebas, solo le dijo que estaba sano, y le recetó un poco de descanso. Él no podía

descansar, debía cumplir con sus obligaciones y tenía un importante pedido de muelles de sillines para una fábrica de Génova.

Ese jueves, al señor Micheletto, el pasillo del edificio de su empresa se le hizo largo, más largo que otros días. En los años que llevaba allí lo había atravesado miles de veces y jamás había sentido esa distancia ni tampoco que el suelo tuviera desniveles que ahora se le hacían insalvables. Hacía frío y las paredes blancas le parecieron témpanos a la deriva; se movían con lentitud, es cierto, pero tuvo miedo de apoyar su espalda y no encontrar sostén en ellas.

Se detuvo y cerró los ojos, con la esperanza de que aquel paisaje familiar se aquietara para poder seguir caminando hacia el comedor. Tenía previsto comer con el ingeniero Rapello, el jefe de planta. Maldijo su suerte cuando, al abrirlos, vio otra vez delante de él esa inmensidad angosta, que se perdía en la puerta oscura del fondo. Y maldijo también el nudo que sentía alrededor del estómago y que ascendía hacia la garganta.

Dio unos pasos, alcanzó a doblar hacia otro pasillo que llevaba al jardín y allí por fin encontró un sillón donde poder sentarse. Más tranquilo, el señor Micheletto cerró los ojos y descansó.

No supo cuánto tiempo había permanecido así hasta que oyó la voz suave y ronca de su secretaria, que le apoyaba en el hombro la mano huesuda.

—¿Le pasa algo señor Micheletto?

—No, gracias, estoy bien —contestó, y trató de sentarse con la espalda erguida.

La secretaria lo observaba con tal preocupación que se sintió molesto.

Se levantó, miró su reloj y comprobó que se había retrasado demasiado. —Busque al señor Rapello, por favor, y dígame que no podré comer con él. Lo espero en mi despacho a las cinco, para tomar café.

La secretaria asintió y se dirigió al comedor para transmitir a Rapello el mensaje, mientras el señor Micheletto se encaminaba a su despacho. El pasillo ya no le pareció tan largo y las paredes, por suerte, habían dejado de

moverse. Cerró la puerta, abrió las cortinas para ver el enorme jardín, se sirvió una copa de coñac y se quedó de pie frente a la ventana. La corneta entró con un solo altísimo y casi enseguida el tambor se sumó a la vieja melodía. Sorprendido, el señor Micheletto se volvió para ver si su radio había quedado encendida, pero al acercarse comprobó que estaba apagada.

Regresó a la ventana y buscó en el jardín el origen de la música que seguía retumbando dentro de su cabeza. El jardín estaba desierto y caía una lluvia fina.

La inquietud era un sentimiento poco frecuente en él; desde su juventud, en aquellos años terribles de la guerra, nunca se había sentido de verdad inquieto por nada, y consideraba que gracias a esa gran seguridad había conseguido tener una vida cómoda, y no solo cómoda, tenía una situación económica que más de uno envidiaba. Además del respeto de la gente. Era cierto que nunca más había tenido un amigo, pero tampoco lo echaba de menos; había aprendido a estar solo. La amistad es un asunto de juventud, pensó, y siempre se acaba.

Pensaba esto, cuando le pareció ver que el césped húmero ondulaba como habían ondulado antes las paredes del pasillo. Cerró los ojos de inmediato y se sentó en su gran sillón frente al escritorio. Apretó el botón del interfono.

—Por favor, señorita Baldi, ¿hay alguien tocando una trompeta en el edificio? —No, señor; no creo, pero enseguida lo averiguaré. —Perdone... ¿Usted no escucha cómo suena?

—No, señor; en mi despacho, no. Bajaré a preguntar, si usted lo desea.

—No, no pregunte nada, gracias, debo haber dejado mi radio encendida.

Colgó. La trompeta continuaba con el solo y era una música tan dulce, tan diáfana, que por un instante el señor Micheletto tuvo ganas de llorar. Y al mismo tiempo sintió algo parecido a la vergüenza. Esa melodía antigua le recordaba algo, no podía precisar qué, pero estaba seguro de poder recomponer alguna imagen, algún momento de su vida en el que esa música ya existía, probablemente en su barrio, ese sucio barrio obrero de las afueras.

Lo cierto es que durante años lo había olvidado y no guardaba ningún recuerdo agradable de ese tiempo. Ni quería guardarlo.

En un gesto involuntario se tapó las orejas para alejar el ruido del tambor que comenzaba otra vez a hacer el contrapunto a la trompeta. No lo consiguió, pero encontró en su cajón los tapones de goma que usaba cuando visitaba las instalaciones de la fábrica; nunca había soportado el ruido de las máquinas y menos aún el de montaje en cadena, donde había pasado tantos malos años.

Ya en silencio, abrió la carpeta con los cálculos de producción y revisó concienzudamente las cifras. Debía tener listo el informe mensual para la junta de accionistas del día siguiente. Cuando estaba en la segunda columna de porcentajes, sintió una larga punzada en el pecho que lo dejó sin aire por unos instantes. Había olvidado tomar su medicamento. Con rapidez abrió el bote, sacó dos pastillas y las masticó.

Al levantar la vista vio a su secretaria, la señorita Baldi, de pie junto a la puerta y gesticulando. Nadie le había dado permiso para entrar así a su despacho. Abría y cerraba los brazos y la boca de una forma extraña. Cuando advirtió que no oía por los tapones, se quitó uno y pudo comprender lo que decía.

—Su mujer está en el teléfono, señor, llevo intentando decírselo, pero como no me oía...

—Dígale que la llamaré más tarde, que estoy reunido —trató de que su voz no denotara el temor que sentía.

—Sí, señor. Me ha pedido que le recuerde que la cena es hoy.

Le resultaba imposible hablar con Georgina. Su malestar, lo detectó inmediatamente, aunque no pudiera decírselo al médico ni a nadie, había comenzado justamente después de una llamada suya para decirle todas esas tonterías del joven documentalista de cine. Y no estaba dispuesto a tolerarlo.

—Ha llamado un joven director de cine, un encanto de persona, tan culto y agradable que no puedes ni imaginarlo —le había dicho—. Está haciendo su tesis sobre Vittorio de Sica y ha descubierto el origen de la historia del Ladrón de bicicletas. ¿No te parece fantástico? Seguramente

quiere empaparse del mundo de la bicicleta y ha pensado en ti. Georgina hablaba excitada, con su voz aguda. Lo recordaba perfectamente.

—¿En mí? —contestó él con acritud, y sintió la primera punzada en el pecho. No podía responderle; el escritorio se transformó en una mancha oscura que descendía de nivel, como si de pronto fuera blando. Nunca le había pasado algo semejante, nada sólido se ablanda de esa forma.

—En ti, querido, en ti. Creo que ha encontrado una antigua fotografía en los archivos históricos que le interesaría comentar contigo. No sé, no he entendido bien, me hablaba del neorrealismo, de cine documental, de un señor llamado Sabbatini, y yo, claro, no entendí bien, pero tratándose del mundo del cine pensé que te encantaría conocerlo. Será una publicidad estupenda para nuestros muelles. ¿Te imaginas? Estoy tan contenta, siempre he deseado poder estar cerca del cine, es una oportunidad única. ¿No te parece?

—Sí, Georgina, sin duda —el escritorio seguía moviéndose y esperó pacientemente a que ella terminara de hablar. Mientras tanto tomó dos pastillas y trató de serenarse.

Había días que no merecían existir y ese era uno de ellos.

—Me dijo que quiere conocerte, y yo, no sé si tú estás de acuerdo, le he propuesto que venga a cenar el jueves a casa.

—¿A cenar a casa?

—Sí, claro, no sé por qué me gritas.

—Disculpa, estoy un poco nervioso. ¿Te ha dejado su número de teléfono? —No, pero ha dicho que te llamará y vendrá sin falta.

—No quiero que me llame, ni quiero cenar con él, ni quiero saber nada con el cine de De Sica ni con ningún tipo de cine. ¿Lo entiendes? Yo solo soy un empresario y me dedico a mis bicicletas. O sea, que si te llama, le dices que he enfermado, que me he ido de viaje, lo que quieras: no estoy.

—Me estás gritando, querido.

—Lo siento, Georgina, pero haz lo que te digo, y ahora te dejo, tengo mucho trabajo.

—No lo olvides, el jueves vendrá a cenar con nosotros.

Cuando su mujer colgó, empezó a sentirse mal. No era posible que cuarenta años más tarde alguien pretendiera hablar con él de un asunto olvidado. Absolutamente olvidado. La historia se la había inventado alguien que deseaba perjudicarlo, y De Sica, si la creyó, tenía derecho a hacerlo. Un director de cine puede contar cualquier historia y decir que es real. Un empresario no puede hacerlo, un empresario no cuenta historias más que reales. Los números y acaso algún chiste de sobremesa.

Durante tres días volvió a la casa tarde, para encontrar a Georgina dormida y evitar que hablara de cine. No hubiera podido soportarlo.

Ni iba a soportarlo ahora, cuando debía entregar un importante pedido y analizar los presupuestos. Se sirvió otro coñac y se lo bebió casi de un trago.

Antes de sentarse, se detuvo otra vez en la ventana. Detrás del jardín alcanzó a ver el espacio cubierto por las bicicletas de los trabajadores, como un ejército, alineadas, algunas de colores, otras más viejas, quietas bajo la lluvia fina. La imagen jamás le había molestado, al contrario, cuando miraba el terreno de estacionamiento se llenaba de orgullo por el orden logrado en su pequeña empresa. Pero en ese momento sintió miedo y enseguida tuvo ganas de hacer pis. Fue hasta el servicio y escuchó caer su líquido, más tranquilo, pero cuando estaba lavándose las manos, creyó ver que otra vez la pared blanca comenzaba a oscilar. Salió rápidamente y fue a sentarse por fin en su sillón, detrás del escritorio.

A los pocos minutos, alguien golpeaba su puerta.

—Adelante —dijo.

Había olvidado la cita con Rapello, que abrió la puerta y atravesó el despacho con una carpeta bajo el brazo y una sonrisa quieta en los labios; se acercó y lo saludó con amabilidad.

—Estuve esperándolo. Se ha perdido usted un extraordinario arroz a la florentina. Le devolvió el saludo y lo acompañó a sentarse en los sillones

cercanos a la chimenea. No deseaba hablar de presupuestos, pero necesitaba estar con alguien. Es más, casi no podía hablar.

Sin que Rapello se diera cuenta, se quitó el segundo tapón de la oreja izquierda y lo escondió en su bolsillo. Pero no bien lo hubo hecho, una nota altísima de la trompeta le atravesó por dentro. Se llevó la mano a la cabeza y Rapello lo miró sorprendido.

—¿Le duele algo?

—No. Estoy bien, un poco de jaqueca, pero nada grave. ¿Quiere tomar algo? —Sí, gracias.

El señor Micheletto sirvió dos copas y se sentó frente al ingeniero. Rapello abrió la carpeta y empezó a hablar. No podía escucharlo, su voz empezaba a estar tapada por la entrada suave del fagot y otra vez, muy bajo, el solo de trompeta. Rapello continuaba leyendo. Cuando terminó, le pidió su opinión, pero Micheletto solo tenía en su cara una sonrisa benevolente. Rapello pensó que estaba de acuerdo con él y cerró la carpeta.

—¿De verdad se siente usted bien, señor Micheletto? —Rapello lo miraba fijamente, pero él tardó en responder.

—Dígame, Rapello, ¿usted es siempre una sola persona? —Claro, señor Micheletto —dijo sorprendido y sin pensar mucho.

—Pues yo, desde hace unos días, creo que soy varias. Y eso que toda mi vida no he tratado más que de ser una.

—¿Cómo dice?

—Eso digo. Si le dijera a usted que hay un documento, una fotografía simplemente, que atestigua que soy otra persona, usted no me creería.

—Yo siempre le creo, señor Micheletto.

—Claro, claro —Micheletto apuró la copa.

—¿Se siente usted bien? —insistió Rapello cada vez más confundido. Su jefe nunca le había hablado así y menos aún de temas personales.

—Sí, hombre, sí. Nadie me creería si dijera ahora que yo fui quien robó esa bicicleta a un amigo, Rapello, a un amigo; entonces los dos éramos muy pobres, pero él al menos tocaba la trompeta.

—¿Robó una bicicleta? No es posible.

—Así es. Hay una película que lo cuenta, una película bellísima por cierto.

—Pero me está hablando usted de una película.

—Eso es. La película cuenta la historia del hombre al que le roban esa bicicleta. Pero nadie ha contado la historia del ladrón. El ladrón debía estar callado. O lo hubieran descubierto, ¿no le parece?

—Claro, señor —sorprendido, Rapello dejó caer la carpeta y la recogió con rapidez.

—¿Conoce usted esa película?

—Creo que sé de qué película me habla, es una antigua.

—Sí. Es antigua; no solo robé la bicicleta, sino que se la robé a mi mejor amigo, y él le contó la historia del robo a otro. Y así llegó hasta De Sica. O hasta Sabbatini, que escribió la historia. Si no fuera por esa bicicleta, yo jamás hubiera conseguido mi primer empleo en esta fábrica. Exigían tenerla. Eran tiempos difíciles, tuve que hacerlo, y tuve también que olvidarme de mi amigo, el trompetista. Pero ya ve, él tiene una película, y yo, sin embargo, no tengo la mía.

Micheletto se tapó con las manos las orejas.

—¿Se siente bien, señor Micheletto?

—¿No escucha usted la trompeta, Rapello?

—No, señor.

—Lástima, es fantástica.

Rapello se levantó con discreción, saludó amablemente a Micheletto y se marchó. Dicen que desde aquel día no se vio nunca más al señor Micheletto en su vieja bicicleta. La señorita Baldi afirma que escuchó ruidos

metálicos y supone que el señor Micheletto desmontó la bicicleta. Otros dicen que esa tarde lo vieron pasar rumbo al río, iba con un paquete en las manos, que probablemente lanzó a las aguas. Nadie sabe con certeza si cenó con el joven documentalista, lo único cierto es que el viernes, el señor Micheletto llegó a la empresa en taxi, a la misma hora que todos los días.

La bicicleta soñada

Javier Tomeo

Todavía me acuerdo de la bicicleta que me regaló mi tía Liduvina el día que hice la primera comunión —le digo esta mañana a Ramoncito—. ¡Oh, sí! ¡Era una bici estupenda! Tenía el manillar niquelado, el cuadro pintado de azul cielo y un par de ruedas perfectamente circulares.

—Por lo que cuentas, era una bicicleta como cualquier otra —me interrumpe Ramón, que siempre está dispuesto a chafarme la guitarra—. Todas las bicicletas del mundo son iguales, incluso las que algunas tías solteras, vírgenes y mártires regalan a sus sobrinos preferidos. Todas, al fin y al cabo, tienen un manillar, un cuadro, un par de pedales, una cadena y dos ruedas.

—Lo que pasa es que aquella bicicleta volaba —puntualizo.

—Todas las bicicletas vuelan cuando se pedalea con la suficiente rapidez —observa Ramón—. Piensa, por ejemplo, en Miguel Indurain.

—Mi bicicleta volaba en el sentido literal de la palabra —preciso—. Le dabas tres veces seguidas al timbre y después se elevaba por los aires y te llevaba a donde querías.

—Lo siento, pero eso no me lo puedo creer —opina mi amigo, encendiendo su cigarro puro de todos los días a esta misma hora—. Además, me parece una perogrullada decir que tenía dos ruedas circulares.

—¿Por qué?

—Porque todas las ruedas, por el mero hecho de serlo, son circulares. De lo contrario, ya no serían ruedas. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de ruedas cuadradas?

—Tú sabes muy bien lo que quiero decirte. Ramoncito —respondí, apartando con la mano la nube de humo que me envía a los ojos con la peor

intención del mundo —. Eres un fumador impenitente y tienes los pulmones hecho polvo, pero no eres tonto. Puede que sea una perogrullada por mi parte aludir a la redondez de las ruedas, pero tienes que aceptar conmigo que hay unas ruedas más redondas que otras.

Ramón se encoge de hombros y levanta la mirada al cielo porque una nube negra que acaba de llegar del norte se ha plantado justamente delante del sol.

— En eso, por lo menos, tienes razón — acepta.

Estamos sentados en uno de los bancos de hierro que instalaron hace unos años cerca de la entrada principal del parque, frente a un parterre repleto de geranios rojos y blancos. Alrededor del quiosco de música, media docena de niños morenos juegan a perseguirse y a tirarse piedras sin que sus padres, que están sentados un poco más allá y fingen leer el periódico, se tomen la molestia de amonestarlos. Esos niños intrépidos y feroces se entrenan cada día en este rincón del parque para poder afrontar el día de mañana con ciertas garantías de éxito todos los desafíos que muy probablemente les planteará una sociedad cada vez más competitiva e inmisericorde. Inician su preparación descalabrándose, es cierto, pero cuando cumplan los doce años empezarán a estudiar informática y ciertas técnicas orientales de lucha corporal.

— Hay algunas bicicletas que tienen la llanta de las ruedas abolladas — insistió. En el gran paseo central una docena de ciclistas adolescentes — todos mayores de dieciocho años — se embisten recíprocamente con sus bicicletas de combate y estallan en grandes risotadas cada vez que uno de ellos consigue derribar a su oponente. Esos ciclistas continuarán luchando hasta que solo quede en pie una sola bicicleta, y el muchacho que conduzca esa bicicleta victoriosa será invitado a participar la semana que viene en nuevas eliminatorias.

— De vez en cuando, viendo a esos chicos, me siento bastante pesimista — suspira mi amigo —. ¿Adónde te parece que vamos a parar?

— Pues no lo sé — respondo —. Yo también lo veo bastante negro.

— Algunos piensan que se acerca el fin del mundo — susurra Ramón.

Está a punto de echarse a llorar. Deja el cigarro sobre un extremo del banco y se suena con un gran pañuelo de color azul oscuro.

—Vamos, vamos, estábamos hablando de mi bicicleta y de sus dos ruedas circulares —le recuerdo, para sacarle de sus tristes pensamientos—. También esas bicicletas tienen dos ruedas, pero no se parecen en nada a la que me regaló mi tía Liduvina.

Ramón vuelve a ponerse el puro entre los dientes, se encoge de hombros y levanta la mirada al cielo. De ese modo tan simple consigue que la nube que estaba ocultando el sol se aparte del astro-rey y continúe su paseo hacia el sur. Los ancianos y las ancianas del parque que están tomando el sol vuelven a ponerse las gafas oscuras, pero los ciclistas del paseo central, indiferentes al recuperado esplendor de Febo, continúan luchando encarnizadamente. Del medio centenar de adolescentes que empezaron a combatir a primeras horas de esta mañana solo queda una docena en pie.

—Si quieres que te diga lo que pienso, no creo que tu bicicleta volase —me dice de pronto Ramón, que se ha recuperado completamente—. Más todavía: ni siquiera creo que tuvieses una tía que se llamase Liduvina. No es ese un nombre que se use en nuestro país, ni ahora ni antes, en los tiempos en los que tú hiciste la primera comunión. La conclusión, por lo tanto, es de lo más preocupante: un nombre imaginario para una tía imaginaria. Según mis informes, ni tu padre ni tu madre tuvieron hermanos o hermanas.

—Es cierto —reconozco, comprendiendo de pronto que mi amigo es muy listo y que no voy a poder engañarlo—. Mi padre y mi madre fueron hijos únicos.

Otra vez vuelve a echarme a la cara una espesa nube de humo —lo hace seguramente para castigarme por mentiroso— que me obliga a entornar los ojos.

—¿Por qué habrá en este mundo tantos chicos que se inventan tías maravillosas? No sé qué responderle y vuelvo una mirada errática hacia los ciclistas adolescentes. En cierto modo, lo que está pasando en el paseo central resulta bastante divertido: cada vez que uno de los ciclistas consigue derribar a su oponente, retrocede unos cuantos metros, coge impulso y procura pasar

las ruedas de su bicicleta por encima del cuello del caído antes de que tenga tiempo de levantarse.

—Además —prosigue mi amigo—, suponiendo que esa tía hubiese existido realmente, y suponiendo, también, que te hubiese regalado una bicicleta con el cuadro pintado de azul celeste, dime: ¿por qué le buscaste un nombre tan raro? ¿Por qué no te conformaste con llamarla Josefina, Carmen o Asunción, que es como se llaman casi todas las tías?

—Liduvina me parece un nombre muy hermoso —le contesto—. Es una deformación del germánico Leudwin, que significa «pueblo victorioso». Siempre soñé con una tía que llevase un nombre tan sonoro y que, además, me regalase una bicicleta.

Mi amigo prefiere ahora lanzar la columna de humo hacia el otro lado. Eso significa que acepta mi justificación. Los niños continúan dando vueltas alrededor del quiosco sin dejar de apedrearse. Una de las piedras pasa por encima de nuestras cabezas y cae sobre el parterre de los geranios.

—Si nos dan a nosotros, tal vez podríamos hablar también de daños colaterales —suspira Ramón, sin quitarse el puro de entre los dientes.

—Tampoco tuve nunca una bicicleta azul con el manillar niquelado —le confieso

—. Y menos todavía que fuese capaz de volar.

—Lo suponía —dice Ramón—. Seguramente descubriste esas bicicletas voladoras en una película que se estrenó hace ya bastantes años. Los de aquella película, sin embargo, eran niños gringos. No tenían mucho que ver con los chicos de este país.

No tengo más remedio que afirmar con un par de movimiento de cabeza. Luego nos quedamos los dos callados —Ramón, en realidad, es hombre de pocas palabras— y los chicos del quiosco establecen también una pausa para recuperar fuerzas. Los ciclistas del paseo central, sin embargo, siguen arrollándose recíprocamente. Para ellos no hay pausas que valgan. Nada los detiene. En estos momentos solo quedan siete supervivientes. Es evidente que se aproxima la hora final.

El oso y los transitólogos

Ignacio Vidal-Folch

Empieza esta historia la noche del 23 de febrero de 1999. Seis extranjeros —cinco hombres y una mujer— están bebiendo con avidez en el cabaret subterráneo del hotel Cosmos. Botellas y vasos sobre la mesa, el camarero va y viene servicial, y todo a media luz, pero al día siguiente tienen que abandonar el país por mandato expreso del ministro de Asuntos Exteriores; no recuerdo su nombre; sé que la presencia de testigos occidentales le estorbaba para cometer alguna tropelía, y que al final de aquel mismo año cayó en desgracia, fue juzgado y condenado e ingresó en la cárcel para una estancia de diez años, de los que cumpliría seis. Y el ministro, precisamente cuando la prisión lo ha convertido en ser humano, cuando ha aprendido la humildad y cuando podría servir de algo a alguien, sale de la historia y se pierde en la niebla del no ser, en el limbo que rodea la literatura.

Aquellos hombres y mujeres estaban unidos, entre sí y a otros ausentes, por lazos más estrechos que la amistad. Aunque ninguno de ellos lo supiera, y cuando algunos lo supieron, otros ya habían muerto, como Sebastián (que no estaba allí esa noche), y se espera para uno de estos meses la noticia de la muerte de Federico, y los demás se comunican solo por chrismas lacónicos, con frases de forzado entusiasmo, por alguna llamada intempestiva de Alonso el errabundo a Jorge:

—Estoy aquí en Madrid —farfulla, y a Jorge le parece que por el cable del teléfono llega a su dormitorio el humo del cigarrillo turco, el aliento ácido impregnado en alcohol—, anda, toma un taxi y nos encontramos en el Lima-Lima.

JORGE. —¿Y para qué?

ALONSO. —¡Joder, no seas así! Joder. JORGE. —Pero oye, ¿tú sabes qué hora es?

ALONSO. —Las... espera, hombre..., las dos... no, las tres de la mañana. ¡No me vas a decir que estás durmiendo!

JORGE. —¿De dónde vienes? ¿De dónde has llegado? En España son las cuatro.

ALONSO. —¿Eh?

JORGE. —Las cuatro de la mañana y cuarenta y tres años.

ALONSO. —¡Pero si nosotros siempre tendremos catorce!

JORGE. —¿Qué?

ALONSO. —Pero si siempre tendremos catorce años.

Tienen de los adolescentes los pensamientos perezosos y vagabundos, el blasón secreto de la tristeza, la tendencia al solipsismo. Jorge se ha librado de la peligrosa compañía de un Alonso rayado, pero se siente insatisfecho, egoísta, mezquino. Soy un solitario en el peor sentido de la palabra, se dice. No tengo amigos de verdad. No soy capaz de alegría, de espontaneidad, estoy perdido.

Con Alonso, Federico, Pascual, Andjela y un tal Gonzalo, estaba la noche del 23 de febrero de 1990 a la media luz del cabaret del Cosmos, donde una orquesta de falsos zíngaros, disfrazados con chalecos de fantasía y camisas abullonadas, y peinados por un barbero delirante, destruían el folclor de los Balcanes para una audiencia constituida solo por la mesa en la que Jorge se aburría de firme escuchando cómo sus compañeros abominaban del régimen, del clima, de la comida infecta, del carácter de los lugareños... y de tener que irse.

Hasta hacía pocos meses, se cruzaba con aquellos hombres y mujeres en recepciones de embajada, en los vestíbulos y escaleras automáticas de los aeropuertos, intercambiaban saludos y sonrisas, unas tarjetas de visita, luego se separaban y Jorge se quedaba un instante pensando, y a veces se daba la vuelta para verlo alejarse, una silueta de espaldas elevándose o hundiéndose en la escalera mecánica.

De repente el Telón de Acero se rasgó de parte a parte y ellos empezaron a aparecer en los mismos hoteles de las mismas capitales al

mismo tiempo, y a pasar juntos las primeras horas de la madrugada. Aunque en aquellas tarjetas figurasen las profesiones de profesor, periodista, historiador, ingeniero y delegado comercial, ahora trabajaban como ojeadores de los transitólogos. Pero aquí quizá debería recordar qué fueron los transitólogos.

En los años ochenta y noventa fue tal el prestigio mundial de la pacífica conversión de la dictadura española en una democracia, que una docena de diputados españoles recorría las capitales de Europa del Este pronunciando conferencias para explicar los secretos del proceso constituyente a las elites políticas que deseaban imitar el ejemplo español y evitar un baño de sangre. Con feliz ironía, Jordi Solé Tura, que fue uno de ellos, los bautizó como «transitólogos».

De manera menos conspicua, también fatigaban esos países los representantes de unos cuantos partidos políticos de Alemania, Francia y otras potencias occidentales para establecer contactos con partidos políticos hermanos, y ejecutivos de grandes empresas oteando el lugar ideal para establecer la sede de una nueva planta con mano de obra barata. A estos supuestos conocedores del secreto de la prosperidad y los trucos del capitalismo se les escuchaba como a oráculos; ellos ejercían gustosamente de transitólogos.

Como la situación en esos países era convulsa, fluida, incierta, impredecible, antes de viajar a una ciudad contactaban o enviaban por delante a algún experto que les preparase el viaje y la estancia, redactase dossiers, estudiase las condiciones de seguridad en el aeropuerto, el hotel, la sala de conferencias, remitiese informes sobre las personalidades que les recibirían. Estos eran también transitólogos, aunque de tercera fila.

Aquella noche en el Cosmos se habían reunido Alonso, con base en la avenida Louise de Bmselas (más adelante, base en Túnez, y más tarde aún, una granja de cría de avestruces en la provincia de Madrid), y Andjela, que vivía en Belgrado y años después, exiliada en Hudson, NY, USA, se compraría un televisor de pantalla panorámica para contemplar en éxtasis masoquista los bombardeos sobre su ciudad, y Pascual, que vivía en Sofía y tenía una alta estima de sí mismo porque en todo conflicto pensaba en favor de los más débiles —¡aunque fuesen turcos o gitanos!—, y un tal Gonzalo,

que vivía en Barcelona y era algo borroso, pero que con los años tendría el raro privilegio de asistir a los incendios de dos teatros de la Ópera: La Fenice y el Liceo, y, más tarde aún, a un tercer privilegio, aunque no tan raro, el de caminar sobre muertos.

En el estrado los músicos se impacientaban, no vale la pena tocar para público tan escaso y desatento, ya se lo dijo Beethoven a aquellos aristócratas que se atrevieron a charlar durante su concierto, cerrando de golpe el piano: «Yo no toco para cerdos». En la mesa de los transitólogos la conversación giraba y volvía sobre la insoportable situación política, lo desagradable que es que te echen de un país por orden gubernamental, la eventualidad de que siguiera nevando durante toda la noche, con lo cual por la mañana el aeropuerto estaría impracticable y tendrían que quedarse, y, en tal caso, cuáles eran sus posibilidades de ser detenidos hacia el mediodía.

— ¿Habéis visto el monumento al soldado desconocido?

— La lámpara votiva está apagada.

— Es la nieve, que cae en huracán.

— No, es que se han quedado sin combustible.

El vino caliente y azucarado que bebían sumió a Jorge en un estado soñador y por su conciencia desfilaban otras alusiones a la nieve, desde la canción en que Bing Crosby sueña con unas Navidades Blancas para sí mismo y también para Jorge, hasta los versos de ese otro Jorge, Jiri Orten, al que le fascinaba su blancura:

¡Siempre nieve! Cae silenciosa,

es como una mano que escribe,

¡cuántas cosas debe recubrir!

Abriéndose camino en la nieve, su espíritu se evadió de la ajada taberna del Cosmos y salió a la plaza de Skanderberg, y pasó ante la nevada estatua al Soldado Desconocido, y junto a la nevada estatua del Príncipe Feliz de Wilde,

y voló a Praga, donde volvió a visitar a su amiga Bozena en su jardín cubierto por una alfombra de nieve, bajo el cielo de plomo. Bozena y Jorge de pie en el jardín, hundidos en la nieve hasta los tobillos, ella con una bufanda roja ataba bajo el mentón lamenta que los días sean tan cortos y grises, y para animarla él se pone a hablarle de Orten y de su dramática vida trágicamente segada a los 22 años —los años que Bozena tenía entonces...

... Pero esto no puede ser, debo de estar confundido, Jorge le hablaría de algún tema menos terrible, porque si no ¿cómo se explica que Bozena inclinase la cabeza hacia el suelo y cerrase los ojos como solía para recordar mejor, y se sonriese de afuera adentro?

—¿En qué piensas? ¿Qué es tan divertido? —En algo que me dijo mi amigo Ludvik...

Una vez, yendo los dos en el tranvía, ella apoyó el índice en la ventanilla: «Ese es Ludvik»: por la empinada acera de la calle Konevová bajaba a grandes pasos despreocupados un chico rubio y lírico con la guitarra al hombro como el hacha del leñador. A Jorge le hubiese gustado conocerlo, pero el tranvía lo dejó atrás, mutis ahora de Ludvik, un papel bonito, con disfraz vistoso.

No: en el jardín encantado, nevado, cerrado al público, pero que podemos visitar cada vez que contemplamos las fotografías de Josef Sudek tomadas en el jardín de su amigo el doctor Procházka, con sus sillas de pintura blanca roída por la humedad, sus árboles y matorrales, hojas muertas y florecillas azules, como diminutas margaritas azules allí llamadas «pomienka», «pensamientos», Jorge no le hablaría a Bozena del pobre Orten, sino —eso sería más lógico, cuadra con lo que ella le contaría luego— del enorme oso que treinta años atrás cazó Alexander Dubcek en los montes Tatra, y del escándalo que se armó.

A aquel oso pardo que diezmaba las majadas de Eslovaquia, Dubcek lo tumbó de un certero disparo de escopeta en abril de 1967, durante una pausa en sus funciones de secretario general del partido comunista checoslovaco, y luego posó para una fotografía: en cuclillas, la mano izquierda sobre el hombro de su ojeador, la derecha sostiene la escopeta, y, en primer término, los despojos de la fiera. Luce Dubcek su característica sonrisa y el cabello

engominado, un cabello, podría decirse, en optimista retirada. Viste una guerrera con el cuello rojo, vagamente militar o ferroviaria, viste con el esmero y elegancia de dandi que lo distinguieron incluso en los años de guarda forestal. No calculó las connotaciones simbólicas y consecuencias políticas de aquella foto, que atizaron sus enemigos, los hombres del Kremlin en Praga, Strougal y Husak: pues el oso es el animal totémico de la madre Rusia, y la gesta cinegética de aquel cazador tan elegante confirmaba las sospechas de su íntima rebeldía, su desafío a Breznev. Poco después las divisiones acorazadas de cinco potencias extranjeras se adentraban por las carreteras de Checoslovaquia, empezando veinte años más de dictadura. De lo cual se deriva la idea de que basta con la muerte de un oso —menos aún: con la fotografía de un oso muerto y un cazador sonriente— para provocar una catástrofe nacional.

Y debió ser entonces cuando Bozena, riéndose de fuera adentro, le explicó a Jorge la historia de Pavel y Ludvik, los cazadores alemanes y el oso, la misma que dos años después, estando medio borracho en el bar subterráneo del Cosmos, en compañía de transitólogos, afloró a su conciencia.

—¿En qué piensas? ¿Qué es tan divertido? —al alzar la mirada, enjugándose las lágrimas de risa, Jorge vio que Alonso, Federico, Andjela, Pascual y un tal Gonzalo lo miraban expectantes, y entonces les contó la historia. Pero para agilizar la narración de las anécdotas hay que eliminar narradores intermedios, así que suprimió del relato a Bozena, aquí la joven checa nos da la espalda, se echa a caminar hacia el fondo del jardín nevado, donde la masa sombría de unos arbustos proyecta su oscuridad húmeda, Bozena sale del relato (y va a perderse al limbo...).

Lo que Jorge les contó

Jorge les dijo que un amigo suyo, un joven llamado Ludvik, estudiante juerguista y vagamente músico, sin oficio ni beneficio reales, discurriendo cómo ingeniárselas para conseguir un poco de dinero fácil, convenció a su amigo Pavel de que le pidiera a su padre las llaves de la casa de verano, un frío chalet de piedra cerca de la aldea de Jilihava, en los bosques del norte de Bohemia, donde se recluirían durante quince días de primavera supuestamente para preparar los exámenes de licenciatura. Luego Ludvik

insertó en la sección de anuncios por palabras del diario Bild un anuncio que decía:

¡OSOS!

Paraíso del cazador,

albergue de ensueño

y coto de caza privado

en Bohemia Septentrional.

Económico, piezas aseguradas.

Quince mil coronas por cabeza.

Los dos amigos se sentaron a esperar las llamadas de teutones frustrados por la severidad de las restricciones cinegéticas en la RFA y ávidos de matar osos.

No hubieron de esperar mucho, al cabo de una semana dos prusianos prototípicos se presentaban a la puerta de la casa de campo: herr Kuttenmeyer y herr Böll vestían ropa deportiva de impecable gamuza, capas cortas, botas y correaes de cuero negro, llevaban encasquetados sendos sombreros tirolese sobre los que se balanceaban airosas plumas de faisán, cargaban cuatro escopetas de reluciente metal azul dotadas con mira telescópica, y cananas llenas de proyectiles de gran calibre trazaban x convexas sobre sus barrigas. Pavel, que hacía las funciones de «mayordomo», guisó para ellos sopa y carne con kniheli, y Ludvik entretuvo la cena con fabulosos relatos sobre la gran abundancia de osos feroces en la región. Los cazadores cenaban en silencio, llevaban las cabezas rasuradas, se acostaron temprano en «la mejor habitación del albergue», que era el dormitorio de los padres de Pavel, y al alba, Ludvik los acompañó al «apostadero»: un zarzal de moras en el linde del camino que serpea por el bosque entre las aldeas de Jilihava y Parjudibice.

—Un oso gigantesco —susurró Ludvik— que tiene aterrorizada a la comarca pasa cada mañana por este sendero forestal para abrevarse en un manantial que brota entre unas rocas, más abajo. Sobre todo, cuando

aparezca no marren el tiro, porque el bicho ya ha probado la carne humana y su ferocidad no concede segunda oportunidad.

— Por eso no se preocupe — dijo herr Kuttenmeyer, una pizca arrogante.

— Pero este sendero es muy ancho — se extrañó herr Böll.

— Parece más bien un camino vecinal — dijo herr Kuttenmeyer.

— He visto carreteras más estrechas — dijo Böll. Ludvik zanjó el tema:

— El oso está al llegar. Alerta, que nos jugamos la vida.

La víspera, los dos muchachos se habían acercado al circo de gitanos que por aquel mes alzaba su remendada carpa en Parjudibice. Negociaron con el director y compraron por mil coronas un oso viejo, tinoso, desdentado, manso y soñoliento, al que mantuvieron en ayunas todo el día atado a un árbol. Ai alba, Pavel recorrió el camino del bosque, sembrándolo de olorosas salchichas de cerdo. Luego liberó al oso y se quedó contemplando satisfecho cómo el viejo animal se alejaba oscilando pacífico por el camino en la dirección correcta, deteniéndose cada cien pasos para, yum-yum, zamparse otra rica salchicha, relamerse y seguir a por la siguiente.

Ludvik y los cazadores apenas llevaban un cuarto de hora aguardando tensos en el «apostadero»... cuando vieron asomar sobre los matorrales que crecen donde el camino traza una curva cerrada, la negra cabeza de un oso que parecía desplazarse hacia ellos a gran velocidad. Los cazadores se echaron las armas a la mejilla, apuntaron...

— ¡Ahora! ¡Disparen! — les urgió Ludvik.

El oso se acercaba rápida, rápidamente por el camino.

— ¿A qué esperan? ¡Abatan a esa fiera!

Los alemanes habían bajado las escopetas, estaban perplejos, no podían recuperarse de la sorpresa. Herr Kuttenmeyer dijo:

— ¡Pero... ese oso... va en bicicleta!

En efecto, ante sus narices pasaba el oso viejo y tiñoso, montado en una bicicleta y pedaleando regular y pacíficamente.

Un kilómetro atrás se había cruzado con la señora Franciska, lechera jubilada en Parjudibice; al toparse de manos a boca con el oso la matrona sufrió un patatús y se desplomó. El oso la olfateó y lamió, afectuoso. Luego le llamó la atención la rueda de la bicicleta que giraba en el vacío con suave crepitar de mecanismo bien engrasado, e hizo lo que había hecho durante toda su vida: encaramarse al sillín y echarse a pedalear.

—¡Pero ese oso... —herr Kuttentmeyer se encaró con Ludvik— en bicicleta va! ¿Cómo es eso posible?

Alzando un índice doctoral, Pavel improvisó una explicación del enigma:

—Es que los osos checos... son muy inteligentes.

Cuatro meses más tarde, en la puerta de la librería francesa de Varsovia, en la calle del Poeta Herbert, Jorge se encontró con Sebastián, el decano, el mayor de los transitólogos, satisfecho porque acababa de encontrar y adquirir la *Petite Encyclopédie Polonaise* de 1916.

(Han dado ese nombre a la calle en recuerdo de Zbigniew Herbert, el gran poeta recientemente fallecido, autor también de esta prosa titulada *Los osos*:

«Los osos se dividen en pardos y blancos, o en cabeza, tronco y extremidades. Tienen buenos morros, pero los ojuelos, pequeños. Les encantan las golosinas. A la escuela no quieren ir, pero una siestecita en el bosque —oiga, con mucho gusto. Cuando les queda poca miel, se llevan las manos a la cabeza y están tan tristes, pero tan tristes, que ni sé. Los niños, que tanto quieren a Kubús Puchatek, se lo darían todo, pero por el bosque anda el cazador y con su fusil apunta entre esos dos ojos pequeños».)

Las apariciones de Sebastián solían suceder en el vestíbulo de un gran hotel y quizá merecen ser descritos con algún detenimiento: sentado en un diván de cara a la puerta, junto a un cubo de hielo con una botella de champán boca abajo, dormía con imponente dignidad, como realizando un acto de poder, incruento pero inapelable. Vestía trajes azules irreprochables, funcionales, y camisas blancas pulquérrimas y muy bien planchadas; la cabellera canosa brillaba con liquidez de colonia, como la de un niño travieso

recién peinado. Dormía sentado, con el ceño ligeramente fruncido. La papada se desparramaba sobre la pechera y le mantenía recta la cabeza. El brazo era corto; la mano regordeta, con un anillo heráldico en el dedo anular, colgaba del reposabrazos como sosteniendo un guante ideal con la punta de los dedos. Así es como los transitólogos se lo encontraban en el Gran Hotel de Vilna, el Intercontinental de Lubliana, el Athenée Palace de Bucarest y otros hoteles. Acabado su trabajo, Sebastián se sentaba a beber y a mirar a la gente que entraba y salía, hasta que el sueño lo vencía; en cuanto llegaba algún conocido, él, alertado por una intuición que se infiltraba en su sueño o por la corriente de aire que ponía en marcha la puerta cristalera al abrirse, despertaba con un respingo y el recién llegado tenía garantizada conversación y borrachera en la compañía de aquel cincuentón erudito en mil temas.

Cuando Jorge le vio por última vez, estaba empezando el verano, y desde el verano pasado Sebastián había envejecido horrores, los huesos de los pómulos empujaban la piel del rostro, su hermosa papada de sapo se había reducido a unos tristes pellejos colgando de la barbilla como cortinajes ajados, el traje azul flotaba arrugado alrededor de su cuerpo, y la corbata se había alargado, ahora era una prenda tétrica.

—¿Qué libros has comprado? ¿A qué hora sale tu tren? —dijo Sebastián—. Nos sobra tiempo para una copa. Te voy a llevar a un sitio muy especial, la más antigua cervecería polaca, el alcalde suele tomar allí el aperitivo.

A Jorge no le impresionaba especialmente encontrarse bebiendo cerveza junto al alcalde de Varsovia, pero comprendió que para Sebastián hacer de anfitrión era la excusa perfecta para saltarse el severo régimen analcohólico al que los medios lo habían condenado. Les sirviéronlas jarras de porcelana, se bebieron los primeros tragos y naturalmente se pusieron a hablar de los últimos acontecimientos de política internacional. Pues en aquellos años en que caían y se levantaban como castillos de naipes los gobiernos y las naciones, los transitólogos, que creían cabalgar a lomos del tigre de la historia, hubieran considerado una pérdida de tiempo, o algo peor, un síntoma de necedad, comentar asuntos personales, y sus vidas privadas, emociones y proyectos asomaban a las conversaciones muy de vez en

cuando, de pasada, con desdeñosa sorpresa. Los transitólogos se creían protagonistas de la historia, porque estaban siempre allí donde esta se estremecía.

En cuanto a Sebastián, tenía certezas absolutas sobre el sentido y dirección de la Historia y sabía muy bien dónde esta había descarrilado: con el asesinato del archiduque Fernando en Sarajevo. Desde aquel disparo irreparable cada acontecimiento es un paso errado, fatal, por el camino al caos. Ahora se hallaba en Varsovia en el séquito del canciller Kohl, durante su viaje de buena voluntad para mejorar las relaciones con un pueblo que miraba a los vecinos alemanes con temor y desdén.

—Desgraciadamente —explicó Sebastián—, los polacos todavía nos reprochan las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, cuando no nos consideran unos brutos técnicos forrados de marcos, eficientes y carentes de verdadera inteligencia, y, sobre todo, de alma.

Jorge se sonrió. ¡Sebastián había nacido en Cáceres! La educación en el Colegio Alemán de Madrid, quince años en Viena y su admiración por la civilización centroeuropea lo habían convencido de que era alemán.

—... Hay una anécdota divertida —prosiguió— que ilustra bastante bien estos prejuicios. Si quieres te la explico.

Y le contó lo siguiente:

—Unos amigos míos tienen dos hijos, Bronislaw y Andrzej. Son dos chicos muy pícaros que siempre andan a la última pregunta; un día, pensando pensando cómo ganar un poco de dinero, se les ocurrió poner un anuncio en la prensa de Berlín, un anuncio que decía: «Se ofrece coto de caza. Abundancia de osos».

Jorge enarcó las cejas, por lo demás se mantuvo impasible.

—Bueno, pues al cabo de dos semanas aparecieron en su casa de campo, cerca de Catowice, dos cazadores prusianos... Tú ya sabes cómo son los prusianos: cabezas de piedra que...

Y en el fluido de su relato, demorado por largos tragos de cerveza, por apariciones del camarero para llevarse las jarras vacías y traer jarras llenas, y

por el entusiasmo y placer con que Sebastián, escritor fallido, se recreaba en detalles nuevos, en variaciones sobre el tema principal, comparecieron ante Jorge los dos señores de Alemania vestidos con sus loden, tocados son sombreros tiroleses en los que temblaba una pluma de faisán, portadores de escopeta. Llegan a la casa de campo en la linde de un bosque, duermen, madrugan, son conducidos al apostadero, pasa el oso en bicicleta y Andrzej dice...

—No se asombren... ¡Es que los osos polacos son muy inteligentes!

Mientras Sebastián la explicaba, mientras al amanecer el oso pasa en bicicleta ante los maravillados cazadores alemanes, Jorge iba reconstruyendo el trayecto de la historia que él había oído en Praga y repetido cuatro meses atrás en un cabaret de Tirana. Tenía en la cabeza los horarios de los aviones y no le costó mucho rato deducir que probablemente Alonso, de regreso a Madrid, había hecho escala en Viena, y que allí habría pasado la noche para, a las ocho de la mañana siguiente, empalmar con el primer avión a Madrid. Habría pasado la noche bebiendo y hablando con su viejo amigo Sebastián.

Meses más tarde, en Vilna, le maravilló que un joven transitólogo al que apenas conocía le contase la misma historia; esta vez los dos picaros que engañan a los alemanes eran lituanos.

En Budapest, durante una cena en la embajada que entonces dirigía don Rodrigo de Sotomayor, volvieron a contarle la historia: los dos chicos despabilados eran húngaros, y se llamaban Laszlo y Janos.

A cada nueva versión del relato que escuchaba, luego en su habitación del hotel se deleitaba desandando los pasos que habría seguido hasta llegar de nuevo hasta él. Europa, que en aquellos años se contraía y arrugaba y expandía y desgarraba como un mapa viejo, para Jorge también era una red de autopistas y pasillos aéreos por donde circulaba danto tumbos la caravana de gitanos con su circo ambulante, y en cuyos nudos cada uno de los amigos de aquella noche en el cabaret del hotel Cosmos iba encontrándose con alguien a quien transmitía la historia, alguien que a su vez deformaba el relato y lo transportaba más lejos...

Checoslovaquia se partió en dos pedazos y cada pedazo se hundió en su propio ensueño perezoso y desengañado, y los persas invadieron Kuwait y

luego los occidentales la liberamos e invadimos Persia, y Yugoslavia se partió en cinco y por cada una de las cinco partes libró una guerra civil en las que unos y otros se pasaron a sangre y fuego, y la tierra tembló en Turquía y se tragó a miles de personas, y Rusia fue perdiendo una tras otra sus naciones como cuentas de un rosario, hubo varias guerras contra Chechenia, y también guerra en Afganistán y en Daguestán, y el gigantesco emperador ruso Boris aparecía borracho y confuso en lo alto de las escalerillas de los aviones, y, en España, Federico se curó milagrosamente de su grave enfermedad. Ha pasado mucho tiempo y cada vez que Jorge recuenta para alguien un episodio de su vida, se ha acostumbrado a añadir, con coquetería, la coletilla: «... pero de esto hará lo menos diez o veinte años».

Y ahora por esos pasillos aéreos corre la noticia de la muerte de Sebastián. Le ha sorprendido en Viena, como él deseaba. Recuerdo una noche, una noche de champán en la terraza de un ático sobre la plaza Venceslao iluminada, en que nos contó que querían cerrar su oficina vienesa y que él se trasladase de nuevo a Moscú. Él no volvería, pasara lo que pasase, a Moscú. Le horrorizaba la idea de volver a Moscú. «¡Moriré en Viena!», clamaba.

El tiempo de los transitólogos había concluido, él viajaba lo menos posible, se había organizado una rutina cotidiana de paseos por el Groben, café y prensa en el Brucken, veladas en el piano-bar de los húngaros, donde Bela Koreny toca el piano y su esposa Andrea Malek canta canciones magiares. Había resistido las órdenes de mudanza fingiendo no haberlas recibido, pretendiendo que no estaban claramente expresadas, que por el momento era imposible ejecutarlas. Había dado largas con mil excusas. Finalmente, lo despidieron e indemnizaron y se preparó, a sus cincuenta y cinco años, para vivir una nueva vida bohemia, quizá escribir algunos libros. Pero enseguida encontró otro trabajo menos cómodo que el anterior y no tan bien remunerado, pero con derecho a quedarse en su querida ciudad.

—¡Moriré en Viena!... ¡Yo, en Viena! —clamaba, indignado como un noble al que quieren despojar de un privilegio.

Nadie le expolió su muerte. Fulminado cerca del Strauss de oro.

Jorge recibió la noticia con incredulidad. Pensó: no me afecta. Pero esa noche se sorprendió llorando.

Veo caer la nieve, caer la nieve sobre un jardín vacío.

Claro, todos somos transitólogos: hablamos, y nos vamos. Pero el quimérico oso ciclista seguirá recorriendo los cotos imaginarios, y asombrando a parejas de cazadores apostados para verlo pasar pedaleando ante zarzales cuajados de oscuras moras, en bosques de Carinthia, de Eslovaquia, en bosques de Galitzia, de Polonia y de Hungría. En bosques rumanos, de Moldavia y Besarabia, en bosques de Asturias y del Alto Aragón, en bosques de Bohemia... invulnerable y puro como una idea.



Cuentos de ciclismo

M. Antolín Rato Alfredo Bryce Echenique Carlos
Casares Martín Casariego Alfredo Conde Jesús Ferrero
Alejandro Gándara Luis G. Martín Javier García
Sánchez Ramón Irigoyen Luis Martínez de Mingo
Ignacio Martínez de Pisón Juan Madrid José M^a Merino
Cristina Peri Rossi Álvaro Pombo Sara Rosenberg
Miguel Sánchez-Ostiz Javier Tomeo Ignacio Vidal-Folch